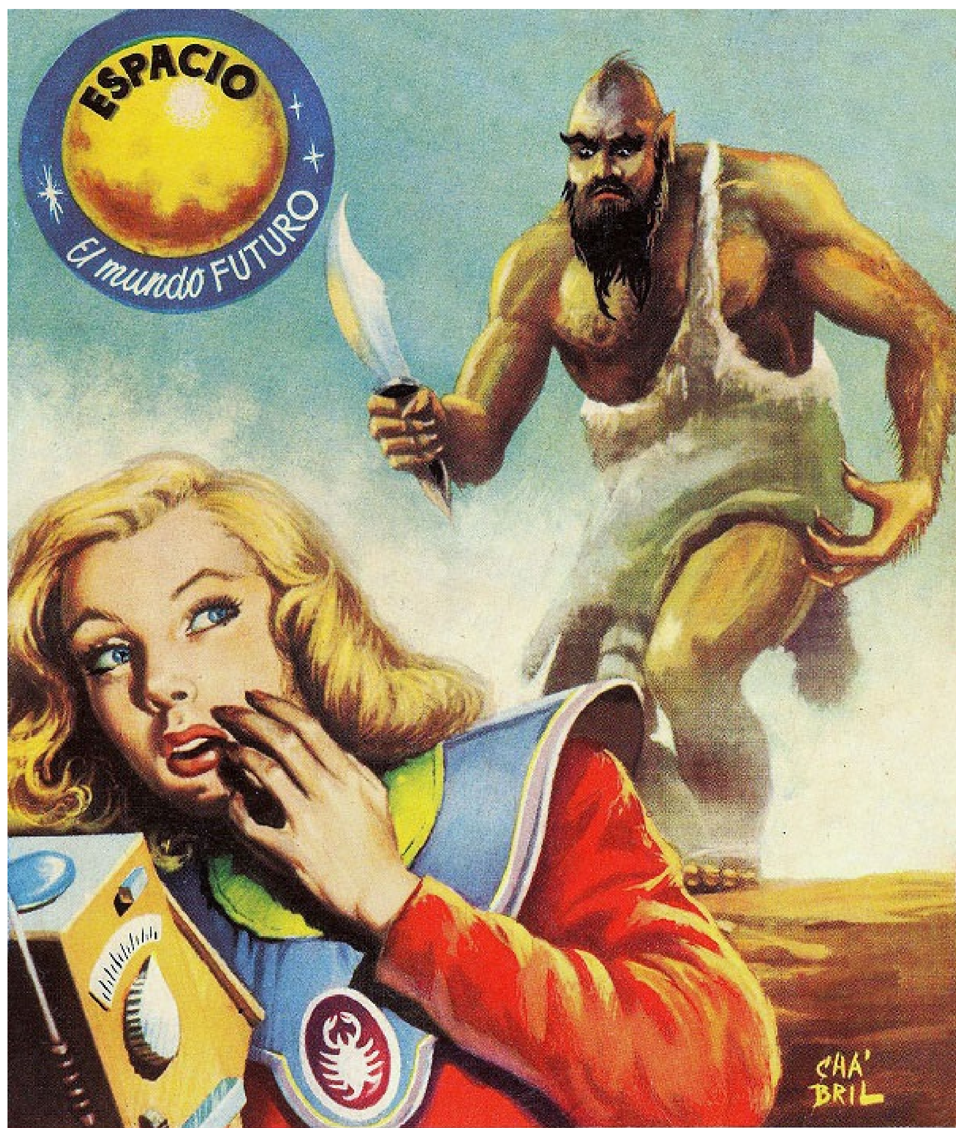


EL ÁTOMO JUEGA SU BAZA

S. D. HALTES-FALMOR

Los antitanques occidentales empezaron a funcionar. Cañones sin pólvora, disparados desde lejos por medio de un pulsador que ponía en acción la carga atómica, lanzando el proyectil a tremenda velocidad y casi sin ruido. Algunos de los monstruos de acero sufrieron los efectos de los proyectiles y quedaron convertidos en chatarra; los demás siguieron avanzando, mientras los cañones de sus torretas disparaban sin cesar.

La escena, sobre la gran pantalla de televisión, hubiese parecido a un espectador de mediados del siglo XX una magnífica película en color bien logrado y en excelente relieve sin necesidad de las incómodas gafas. Cuando los proyectiles disparados por los tanques avanzaban silbantes hacia el espectador, muchos hubiesen agachado la cabeza, temerosos, a causa de la tremenda sensación de realidad.

Y realidad era, en efecto, lo que se proyectaba sobre la pantalla; acuella batalla se libraba de verdad en Europa, y no decimos la lejana Europa porque gracias a los adelantos de la aviación, que había desechado ya los motores de reacción por anticuados y lentos y se movía exclusivamente por medio de la energía atómica, el Viejo Continente se hallaba escasamente a dos horas de vuelo de América.



S. D. Haltes-Falmor

El átomo juega su baza

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 1

ePub r1.1
xico_weno 03.09.15

Título original: *El átomo juega su baza*
S. D. Haltes-Falmor, 1954

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2



A José Ariño, afectuosamente,

EL AUTOR

CAPÍTULO PRIMERO

Sobre la enorme pantalla de televisión se reflejaba en aquel momento una cruenta fase de la batalla. Una división de tanques sin tripulantes, dirigidos por radio y accionados por energía atómica, avanzaba hacia las posiciones defendidas por las fuerzas de Occidente; los tanques eran sobrevolados por nubes de aparatos también sin piloto y dirigidos por el mismo procedimiento, con precisión matemática.

Los antitanques occidentales empezaron a funcionar. Cañones sin pólvora, disparados desde lejos por medio de un pulsador que ponía en acción la carga atómica, lanzando el proyectil a tremenda velocidad y casi sin ruido. Algunos de los monstruos de acero sufrieron los efectos de los proyectiles y quedaron convertidos en chatarra; los demás siguieron avanzando, mientras los cañones de sus torretas disparaban sin cesar.

La escena, sobre la gran pantalla de televisión, hubiese parecido a un espectador de mediados del
siglo XX
una magnífica película en color bien logrado y en excelente relieve sin necesidad de las incómodas gafas. Cuando los proyectiles disparados por los tanques avanzaban silbantes hacia el espectador, muchos hubiesen agachado la cabeza, temerosos, a causa de la tremenda sensación de realidad.

Y realidad era, en efecto, lo que se proyectaba sobre la pantalla; acuella batalla se libraba de verdad en Europa, y no decimos «la lejana Europa» porque gracias a los adelantos de la aviación, que había desechado ya los motores de reacción por anticuados y lentos y se movía exclusivamente por medio de la energía atómica, el Viejo Continente se hallaba escasamente a dos horas de vuelo de América.

La pantalla de televisión era un enorme rectángulo de cristal que

ocupaba casi todo el muro del fondo del gabinete de trabajo del profesor Charles J. Ralston, del Instituto Especial Científico, del Estado de Nueva York. Un pequeño aparato situado encima de la mesa permitía conectar con la emisora deseada, no sólo de América, sino del mundo entero, ya que su radio de captación era prácticamente ilimitado.

En la estancia no había más que dos personas: el profesor, hombre de unos cincuenta años, de facciones enjutas y pelo entrecano, y un joven que no llegaba a los treinta, alto, vigoroso y de trazos enérgicos aunque no desagradables; el prototipo del «galán duro» de todas las épocas. Se llamaba Frank Costain y estaba especializado en la dirección de expediciones científicas a lugares remotos, habiendo desempeñado con éxito cuantas se le habían encomendado hasta la fecha.

Ralston y Frank, sentados en cómodos butacones, seguían en silencio los acontecimientos que se reflejaban en la pantalla. En silencio, pero no con calma; el profesor, especialmente, se mostraba muy nervioso y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, tirándolos a medio consumir.

Los tanques habían detenido su avance, obstaculizados por el fuego anticarro de los occidentales; pero entonces entraron en acción los aviones, lanzándose en picado contra las piezas sin servidores cercanos. Algunas fueron destruidas, pero las otras enfocaron sus bocas hacia arriba y se convirtieron en poderosos antiaéreos. Era una lucha feroz de máquinas contra máquinas, como si cada una de ellas poseyera un cerebro inteligente que la hiciese actuar del modo más adecuado para preservarla de la destrucción.

En realidad era así, puesto que los servidores de las máquinas, aunque no estuviesen junto a ellas controlaban todos sus movimientos desde el interior de los blindados «bunkers», constituidos en puestos de mando y dirección.

La pantalla abandonó por unos momentos el terreno de lucha para enfocar un punto del cielo en el que se vieron aparecer numerosas escuadrillas de aviones occidentales, que acudían a dar batalla a sus enemigos. Se cortó la visión y apareció en primer plano sobre la pantalla el rostro de la locutora.

—Las fuerzas de Occidente resisten con firmeza la agresión enemiga —dijo—. Según el comunicado que acaba de sernos

transmitido, el Mando confía poder obligar a los atacantes a volver a sus líneas de partida e incluso hacerles solicitar un armisticio. Las pérdidas experimentadas por el enemigo son de gran consideración. Esta visión parcial de la batalla que estamos retransmitiendo se debe a la audacia de nuestra joven periodista, la señorita Lizzy Ralston, que sin reparar en los riesgos, no ha vacilado en acudir al campo de batalla para facilitarnos uña visión real de los acontecimientos.

Al oír el nombre de Lizzy Ralston, el profesor arrojó furioso el cigarrillo que acababa de encender.

—¡Lizzy! ¡Debí figurármelo! —exclamó, rompiendo el silencio con que hasta aquel momento habla presenciado la retransmisión—. ¡Nadie más que ella es capaz de lanzarse a una locura semejante!

—Cálmese, profesor —dijo Frank, tratando de apaciguar sus nervios—. Son muchos los reporteros gráficos que en estos momentos, además de su hija, han acudido al frente de lucha para cumplir con su deber informativo. La trascendencia de los acontecimientos lo impone así…

Frank se levantó y se dirigió a una estantería en la que se veían algunas botellas de licores.

—Unos sorbitos de coñac no le sentarían mal, profesor —repuso.

Iba a escanciarlo, cuando en la pantalla se produjo un nuevo cambio: el rostro de la locutora fue sustituido por otro también femenino, pero más joven y mucho más encantador. El de una muchacha rubia, de bellísimos ojos azules, qué no debía contar más de veintidós o veintitrés años; estaba instalada en el interior de un «bunker» y sonreía sosteniendo el micrófono con una mano, mientras con la otra manejaba las palancas que conectaban con los diversos aparatos transmisores de televisión, instalados en lugares estratégicos del frente.

—¡Hola, papá! —dijo—. Te hablo así porque estoy segura de que en este momento me ves y me escuchas. No te sabe mal que cumpla con mi deber de informadora, ¿verdad? A ti y a todos los que siguen esta retransmisión desde el frente, les dedico un cariñoso saludo.

¡Lizzy! —gritó el profesor, adelantándose hacia la pantalla, como si su hija pudiese escuchar sus palabras—. ¡Lizzy! ¿Por qué has tenido que darme ese disgusto, yendo a exponer tu vida sin ninguna necesidad?

Pero ya la pantalla había cambiado de escenario.

En el amplio frente de combate se hablan Instalado diversos aparatos transmisores, convenientemente protegidos, y Lizzy desde su «bunker» no tenía que hacer otra cosa que conectar con el que en un momento dado le parecía más interesante para dar a conocer el curso de la batalla.

Al rostro precioso de la joven sucedió la escena de lucha entre las escuadrillas de aparatos sin piloto de ambos bandos beligerantes. Lo mismo que hacía Lizzy con la televisión, los técnicos dirigían el combate desde sus puestos de control y lanzaban los aparatos a la lucha con la máxima precisión; desde pequeñas pantallas iban siguiendo la evolución de las aeronaves y cada técnico modificaba, según las circunstancias, la velocidad y dirección del pequeño grupo que le correspondía.

Las ametralladoras, movidas por fuerza nuclear, disparaban inacabables ráfagas de balas, cuyas cintas se reponían automáticamente, y de vez en cuando, alguno de los aparatos, alcanzado en un punto vital de su mecanismo, se abatía hacia el suelo. Sin incendiarse, porque en su construcción no llevaba materia combustible de ninguna clase, sólo al llegar al suelo, en casi todos ellos hacía explosión la carga de bombas y entonces el espacio se iluminaba con una tremenda llama seguida de horrísona detonación.

Las bombas eran de pequeño tamaño, pero cargadas de un explosivo más de diez veces superior en potencia al trinitrotolueno, que pulverizaba instantáneamente a cuanto cogía en su radio de explosión. Por entonces sé había ya abandonado definitivamente el uso de artefactos nucleares, debido a los tremendos peligros de la radiactividad que amenazaban con eliminar definitivamente la vida de la tierra; no fue por motivos humanitarios, sino simplemente porque el peligro era idéntico para todos y nadie se atrevía a lanzar dicha clase de bombas.

Frank Costain seguía con interés las facetas del combate aéreo. Al aparecer la aviación occidental, los cañones habían dejado de disparar hacia el cielo y lo hacían de nuevo contra los tanques, que se vieron forzados a efectuar marcha atrás, no sin dejar muchos montones de chatarra por el camino.

—Ya retroceden, profesor —dijo el joven a su compañero—. Es

evidente que las fuerzas están muy niveladas y dudo que esos locos se empeñen en persistir en su temeraria empresa.

Ralston no contestó. Había dejado de tener interés por los acontecimientos y su mente estaba concentrada en los eventuales peligros que podía correr su única hija, Lizzy, a la que amaba entrañablemente.

—Era lo único que me ataba a este mundo desde que falleció mi esposa —murmuró, por fin—. Si la pierdo…

Frank le interrumpió, acercándole una copa de coñac.

—Vamos, profesor. Habla usted como si Lizzy hubiese muerto, y le aseguro que tiene que darle aún muchas rabietas antes de abandonar esta vida. Beba; esto le reconfortará.

El profesor tomó la copa, maquinalmente, y se la llevó a los labios.

—Esta intentona del loco Iruschov no pasará de ser una escaramuza que le costará algunos centenares de tanques y aviones, que buena falta le harán luego. Ya verá como no ocurre nada, profesor.

—Pero Lizzy se ha ido allá, Frank, ¿no lo comprende? —repuso el profesor—. Y aunque nuestras fuerzas sean capaces de aguantar la embestida, puede ocurrirle algo a ella.

—¡Bah! Lizzy sabe bien lo que se hace y no se dejará pillar.

El joven explorador hablaba así para animar al padre de Lizzy. Pero en su fuero interno, Frank no las tenía todas consigo y temía también por la muchacha. Aunque no se lo había dicho todavía, Frank amaba a Lizzy, y la amaba precisamente por aquel temperamento aventurero de la muchacha, tan parecido al suyo propio, que la hacía lanzarse a audaces misiones al servicio de su carrera periodística.

—¡Un frente de combate no es lugar para mujeres! —insistió, malhumorado, el hombre de ciencia—. ¡Nunca debió ir allí! Y le aseguro, Frank, que no sé si podré contener el deseo de darle unos azotes cuando vuelva a tenerla en casa.

—Lo cual significa que volverá a tenerla aquí, ¿no es así, profesor? —dijo Frank, sonriendo—. Vamos, cálmese y piense en su trabajo. Ahora más que nunca la situación del mundo exige que lo acabe usted con la mayor rapidez.

Las ideas de Ralston cambiaron momentáneamente de curso.

Pareció animarse.

—Ya sabe que está muy adelantado, Frank. Tal vez antes de quince días pueda dar los planos definitivos de la nueva pistola. Lo difícil va a ser el material.

—¿Por qué, profesor?

—Conoce usted sobradamente las dificultades que vamos a tener para conseguir el tunstilo; hasta el momento, los únicos yacimientos conocidos están en el Himalaya, precisamente controlarlo por las huestes de Iruschov. ¿Qué pasará si organizamos una expedición y adivinan nuestras intenciones?

—Podemos fingir que se trata de una exploración meramente científica, como tantas otras de las que hemos realizado.

—¡Ja, ja, ja! —La risa del profesor expresaba su gran nerviosísimo—. La última vez que estuvimos en el Himalaya se toleró nuestra presencia porque el Orienté se hallaba sumido en una profunda conmoción interna, en terrible lucha por el poder. Ahora la cosa es distinta; parece que Iruschov ha consolidado su mando y hasta se atreve a lanzar ataques contra la línea de demarcación. ¿Qué pasaría si se enterase de nuestros proyectos? Seguro que no regresaríamos, Frank…

—Tal vez tenga usted razón —repuso el explorador—. Pero una expedición organizada con el mayor secreto…

—No sea ingenuo, muchacho. Ya no estamos en el siglo XX, en que el espionaje era obra de aprendices, Hoy día se sabe todo lo que se quiere y ni tan sólo tenemos la seguridad de que esta conversación que sostenemos no sea escuchada por agentes al servicio del enemigo. No, Frank; no pretenda engañarse a sí mismo. Iruschov y su camarilla saben lo que yo estoy preparando y no me dejarán dar un paso. Tal vez esta intentona sea ya en vistas a adelantarse a los acontecimientos. Es por esto que temo por Lizzy; ¿qué pasaría si mi hija cayese en poder de los orientales y me amenazasen con asesinarla si yo me negara a abandonar mis trabajos?

Mientras, en la gran pantalla seguían sucediéndose las imágenes de la lucha. Hasta aquel momento todo se había reducido al forcejeo entre máquinas, dirigidas unas contra otras por los controles de retaguardia; ningún ser vivo había aparecido en el

campo de batalla. Pero, de pronto, la situación cambió y empezaron a verse combatientes del bando oriental.

Surgieron inopinadamente de detrás de los tanques. Unos seres de apariencia humana, pero de estatura superior a los dos metros y cuerpos totalmente recubiertos de espeso pelaje. Algunos vestían uniformes que les venían cortos y estrechos, y otros, la mayoría, sólo llevaban un corto pantalón, dejando al descubierto su velludo tórax. Empuñaban modernísimas ametralladoras pesadas, de disparo atómico, que sostenían como sí se tratase de pequeñas pistolas.

Estos extraños seres se lanzaron al asalto, profiriendo gritos guturales.

—¡Dios mío! —exclamó el profesor, palideciendo— ¿Serán, por fin, habitantes de Marte o de…?

—Fíjese bien en ellos, profesor —le interrumpió Frank—. Tal vez Iruschov pretende hacerlo creer para asustar a nuestras fuerzas, o, lo que es más probable, los emplea simplemente por su ferocidad; pero son seres tan terrenales como usted y yo. Y no es la primera vez que los vemos; haga memoria. Recuerde la expedición al Himalaya de que hablábamos hace un momento.

Ralston guardó silencio, parte porque meditaba, parte porque se sentía arrebatado por el tremendo espectáculo que reflejaba la pantalla.

—¡El Hombre de las Nieves! —exclamó, al cabo de unos momentos.

—Exacto. El misterioso Hombre de las Nieves, del que se viene hablando desde mediados del siglo pasado, pero cuya realidad aún no se había podido comprobar de modo evidente. Nosotros vislumbramos algunos ejemplares en el Himalaya, de forma bastante vaga. Y ahora los tenemos aquí con toda su siniestra realidad. ¡Los bárbaros del siglo XXI!

—¿Y cómo habrá podido atraérselos Iruschov?

—Secretos del mundo oriental, profesor. Allí el espionaje es mucho más difícil y debemos contentarnos con la vista de la realidad. Lo que interesaría saber es el número exacto de estos salvajes elementos. Tal vez no sean más que un pequeño grupo,

pero… ¿Imagina usted la sensación de pánico si algunos millones de estos seres se desparramasen por Europa, pasando las ciudades al saqueo? La gente sabe muy poco o casi nada de ellos y los tomaría por habitantes de otro planeta, invulnerables a nuestros medios de lucha. Ahora mismo deben estar ya aterrorizados todos aquellos que, como nosotros, contemplan esta retransmisión.

—Diremos la verdad, para que el mundo entero la conozca.

—Si nos creen. Ellos harán propaganda en sentido contrario y quedará la duda.

Los Hombres de las Nieves seguían avanzando, acercándose al primer plano de la pantalla. Se vio claro que algunos eran alcanzados por las rociadas de balas que les dirigían las fuerzas de Occidente, pero la gran vitalidad de aquellos seres les permitía seguir avanzando, pese a las heridas. Esto podía confirmar el mito de su invulnerabilidad y tal vez los que los habían lanzado a la lucha contaban ya con ello.

De pronto, uno de ellos, que estaba más adelantado que sus compañeros y su enorme cuerpo se proyectará en primer plano de la pantalla, alzó su ametralladora como para golpear a un invisible enemigo. Se produjo un gran ruido de cristales rotos y la pantalla pareció fraccionarse en mil pedazos, con tanta sensación de realidad que Ralston y Frank se agacharon, temerosos de recibir alguno de los impactos. Luego, la proyección se interrumpió.

—¡Cielos! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Frank, al reponerse del susto.

—Una cosa muy sencilla —contestó el hombre de ciencia—. Ese individuo se encontró frente a una de las pantallas emisoras y la destrozó de un golpe, dándonos la sensación de que era la nuestra la que se rompía. Por esto se ha interrumpido la retransmisión.

—Lo cual puede formar parte del plan de ataque, en su aspecto psicológico —repuso Frank—. Iruschov sabe que nuestros servicios de información han instalado pantallas transmisoras en el sector de la lucha y habrá dado orden de localizarlas y destruirlas antes que el mundo vea las bajas que nuestras armas han de causar indudablemente en sus salvajes combatientes. ¡Muy bien planeado, pero no le servirá!

Otra pantalla transmisora empezó a funcionar, mostrando un nuevo aspecto de la batalla. Los Hombres de las Nieves estaban

asaltando una trinchera occidental; con sus velludas manos arrancaban las alambradas protectoras, insensibles, al parecer, a la fuerte corriente atómica que circulaba por las mismas.

—¡Demonios! —exclamó Frank, que era ahora el que dudaba—. ¿Será cierto que son invulnerables?

—Puede tratarse de un truco ingenioso —aclaró el profesor—. Estos individuos no arrancan las alambradas directamente con las manos, sino que llevan seguramente unos guantes aislantes recubiertos de vello; forma parte, o al menos así lo supongo, del montaje de escena general.

Limpio el terreno de alambradas, los Hombres de las Nieves cayeron sobre la posición. Por primera vez se vieron los combatientes occidentales; junto a sus enemigos parecían enanos, pero se defendían con valor. Algunos de ellos fueron agarrados violentamente y despedidos lejos; a otros les fueron arrancados los fusiles de las manos, que los Hombres de las Nieves rompieron como si se tratase de sencillos listones de madera. Fue un cuerpo a cuerpo brutal, en el que entró en acción el arma blanca como si se estuviera en épocas mucho más primitivas.

Uno de los asaltantes fue atravesado limpiamente por Una bayoneta, pero no se pudo ver si cala o podía seguir luchando, porque la pantalla transmisora se rompió de pronto, como había sucedido con la anterior.

Momentos más tarde aparecía el rostro de Lizzy. Aunque no sonreía como antes, la joven demostraba enorme serenidad.

—Unos extraños seres nos están atacando, como habrán podido comprobar ustedes —dijo la muchacha—. Ignoramos de momento quiénes son, aunque parece que se han puesto al servicio de la potencia oriental. Pese a todo, nuestros soldados resisten con entusiasmo y esperamos rechazar el ataque de modo definitivo —una sonrisa, algo forzada, iluminó sus labios al añadir—. No te asustes, papá; sabré portarme como debe hacerlo una corresponsal de guerra.

El profesor Ralston notó que las lágrimas acudían a sus ojos. Lizzy continuó hablando y anunció que se hacía difícil transmitir nuevos aspectos de la lucha porque el enemigo iba destrozando sistemáticamente todas las pantallas.

—Pero desde este puesto les iré comunicando todos los informes

que se reciban de los puestos de combate. Cumpliré hasta el fin la misión que me ha sido encomendada.

Algo ocurrió en el «bunker». Lizzy se volvió horrorizada y lanzó un terrible grito de angustia. Un brazo velludo avanzó y la última de las pantallas se rompió en mil pedazos, interrumpiéndose definitivamente la retransmisión.

—¡Lizzy! ¡Lizzy, hija mía! —gritó Ralston—. ¿Ha visto, Frank? ¡Uno de esos hombres ha penetrado en el «bunker»! ¡Dios Santo! ¡La habrán destrozado!

Apareció la locutora de la estación neoyorquina.

—Sentimos que la gravedad de los acontecimientos nos obligue a interrumpir la retransmisión directa desde el frente. Todos los detalles de la lucha que se vayan recibiendo por radio les serán comunicados para tenerles al corriente dé la situación. Parece que, a pesar de todo, nuestras tropas se mantienen firmes.

—¡Mi pobre Lizzy! —exclamó, llorando, el profesor—. ¿Qué me importa a mí lo que pueda ocurrir si ella ha muerto? ¡Esto va a ser mi propio fin, Frank!

El joven, dominando su propia angustia, trató de calmar al padre de Lizzy. Buscó distraerle con una conversación de tema científico, aunque estaba seguro de no ser escuchado. En el fondo, Frank hablaba para intentar distraerse a sí mismo.

—Es posible que el Hombre de las Nieves sea una raza que entronque con la prehistórica de Neandertal. Sabemos que los neandertaloides fueron exterminados en Europa por sus sucesores, los hombres de Cro-Magnon, casi con la misma saña empleada por nuestros congéneres del siglo XIX para exterminar a los indios americanos, salvando las diferencias de época. ¿Qué ocurrió en Asia? ¿Se dedicaron al mismo exterminio los antepasados de los mongoles? No lo sabemos, y quizá no lo sepamos nunca. Pero cabe en lo posible qué algún residuo de dicha raza se refugiase en los inaccesibles valles del Himalaya y subsistiese allí hasta alcanzar los tiempos actuales. Podría muy bien ser que…

Frank se calló, interrumpiendo su breve conferencia, que pronunciaba sin entusiasmo ni interés. Por una parte, Ralston no había escuchado una sola de sus palabras, y por la otra, acababa de

aparecer de nuevo en la pantalla el rostro de la locutora.

—Tenemos la satisfacción de comunicar que el extraño enemigo está siendo rechazado por nuestros bravos soldados y se ve forzado a regresar a sus posiciones de partida han quedado muchos cadáveres sobre el terreno, lo que permitirá a nuestros medios científicos investigar sobre el origen de nuestros atacantes. Sentirnos tener que comunicar que entre el número de bajas propias se cuenta la de nuestra valerosa corresponsal de guerra, la señorita Lizzy Ralston, cuyo cuerpo no ha podido ser hallado.

—¡Lizzy muerta! —gritó el profesor—. ¡Mi pequeña Lizzy! ¡No podré verla más!

Anduvo por el gabinete como un loco, gritando y llorando al mismo tiempo. Frank trataba inútilmente de calmarlo.

—Piense en su trabajo, profesor. Si Lizzy ha muerto, mayor motivo para que lo concluya; debemos vengarla.

—¡No podré hacer ya nada! —se lamentaba el desconsolado padre—. ¡Ya no serviré para nada, si es que sigo viviendo!

De pronto, como si hubiese recibido un martillazo en mitad de la frente, se desplomó en medio de la habitación. Se había desmayado.

Frank corrió a auxiliarle. Y en aquel momento, la pantalla proyectó una vez más el rostro de la locutora.

—¡El enemigo ha renovado su ataque y está desbordando nuestras defensas! ¡Una avalancha de seres, cuyo origen desconocemos, se infiltra hacia nuestra retaguardia! ¡Europa va a ser invadida!

Durante el breve tiempo que Frank tardó en reanimar al desvanecido profesor, las noticias se sucedieron con rapidez de vértigo, cada vez más alarmantes.

—¡Planeadores conduciendo horripilantes seres, han aterrizado en las inmediaciones de París!

—¡Pánico en la capital británica, donde han visto aparecer ya a los primeros invasores!

—¡Gigantescos proyectiles cohete, superiores a los conocidos hasta ahora surcan el espacio por encima del Atlántico, rumbo a las costas americanas! ¡Nuestras ciudades van a ser destrozadas! ¡Les siguen aviones transportes, al parecer repletos de los extraños seres cuya procedencia ignoramos!

Y una palabra retumbó en los aterrorizados cerebros de los

habitantes del mundo occidental, transmitida y repetida machaconamente por infinidad de emisoras: ¡Invasión! ¡Invasión! ¡INVASIÓN!

CAPÍTULO II

Al finalizar el
siglo XX
el mundo estaba dividido en dos poderosos moques antagónicos e irreconciliables, aunque aparentemente existía entre ellos el estado de paz: el bloque Occidental, en el que se agrupaban las naciones libres con lazo cada vez más sólido, y el Oriental, bajo cuyo yugo gemían esclavizados millones y millones de seres humanos.

Pero el Oriente estaba muy distante de constituir un bloque sólido y seguro; la gente estaba cansada de recibir falsas promesas a cambio de su trabajo forzado y desde hacía algunas décadas la situación se mantenía muy insegura. Conmociones internas, cambios en los mandos y depuraciones de gran estilo estaban a la orden del día. En la inmensa Siberia no quedaba espacio para los campos de forzados, muchos de los cuales conseguían escapar y constituían núcleos de peligrosos guerrilleros.

El general Arcadio Petrovitch Irusenov estuvo acusado de haber querido derribar a uno de los efímeros gobiernos, cuya duración en el poder no pasaba en muchos casos de las dos semanas. Tuvo suerte, porque el gobierno que le juzgó era ya sucesor de aquel que había pretendido derribar, y en consecuencia la pena fue más leve; en vez del casi ritual tiro en la nuca, se le condenó a trabajos forzados en Siberia.

Pero consiguió escapar, conjuntamente con todo el grupo de forzados que formaban parte de la expedición y con la complicidad de los hombres que constituían su custodia. Iruschov fue proclamado jefe del nuevo grupo rebelde, siendo su primera acción el asalto a uno de los poderosos depósitos de armamentos siberianos, en el cual los guerrilleros se abastecieron de armas y pertrechos modernísimos.

El gobierno trató de destruir a los rebeldes por medio de

refuerzos mandados urgentemente con helicópteros de combate. Fue una lucha cruel en la que las huestes de Iruschov llevaron la peor parte; aunque consiguieron abatir algunos de los aparatos atacantes, la diferencia de medios era excesivamente manifiesta para que se pudiese tener la menor confianza de éxito. Después de sufrir numerosas bajas, los hombres del cabecilla rebelde se vieron forzados a ocultarse en los espesos bosques para escapar al aniquilamiento total que les llegaba desde el aire.

Pero la caza continuó, implacable, y el exgeneral se vio forzado a emprender el camino del sur, con una docena escasa de supervivientes, buscando un refugio seguro donde poder ocultarse.

De esta forma llegaron a las estribaciones del Himalaya. Vivían allí pueblos primitivos, sin el menor asomo de civilización, que les recibieron con hostilidad; Iruschov no consideró prudente permanecer junto a ellos, temeroso de que le vendiesen a sus enemigos por alguna partida de víveres, que andaban muy escasos, y decidió esconderse en lugares todavía más solitarios. No en vano la camarilla gobernante había puesto su cabeza a buen precio.

Fue entonces cuando Iruschov y sus derrengados compañeros escalaron la cordillera considerada como techo del mundo. Cierto que el intento era ímprobo, pero en él estaba su única posibilidad de salvación. Allí nadie les perseguiría; vivirían de la caza, olvidados de todos, y si la suerte les fuese propicia podrían incluso pasar a la India, al otro lado de la cordillera, y desde allí pedir asilo al mundo occidental.

Durante semanas, pasando enormes penalidades, cruzaron elevadas sierras cubiertas de nieves perpetuas y plagadas de peligrosos ventisqueros; descendieron a valles prácticamente desconocidos y se fueron internando cada vez más hacia el corazón del enorme macizo. De los doce hombres, ocho hallaron la muerte en el curso de tres inacabables meses de ruta por territorios en los que no había, ni sendas, puesto que jamás, antes de ellos, habían sido hollados por pies humanos. Los cuatro restantes, con Iruschov al frente, siguieron implacables su marcha en busca de unas cada vez más precarias posibilidades de libertad.

Fue en el curso de esta larga Odisea cuando germinó en el corazón del general ruso el odio feroz hacia sus semejantes; hacia aquellos que le habían forzado a verse en tan desesperada situación

y hacia los que no tenían la menor culpa de cuanto le ocurría. Iruschov no hizo distinciones; se propuso, simplemente vengarse de la humanidad.

En las terribles noches que se pasaba temblando junto a una hoguera cuando encontraban leña, o apretado contra los cuerpos de sus compañeros las veces que no la había, el ruso meditaba su plan. No tenía la menor idea de cómo lo llevaría a cabo, pero estaba seguro de poderlo realizar algún día y está sola idea le daba esperanzas para seguir soportando las penalidades. ¡Se erigiría en dueño del mundo! ¡La humanidad entera tendría que soportar su tiranía y se cobraría con creces los sufrimientos que ahora se veía forzado a padecer!

Si le hubiesen asegurado que todo aquello era sólo fruto de su calenturienta imaginación, de su cerebro debilitado por la falta de alimentos y el agotamiento físico, él no lo habría creído. ¡Tan seguro estaba de poderlo realizar!

Y la suerte le favoreció de modo inesperado. Estaban escalando una difícil pendiente que había de darles paso a un nuevo valle, uno más de los innumerables de aquella inmensa y agreste reglón, más cruel que los enemigos que tan implacablemente les habían perseguido hasta sus inmediaciones. De pronto, algo silbó y uno de los compañeros de Iruschov cayó con el pecho atravesado por una flecha.

—¡Alto! ¡Todos al suelo! —gritó el general—. Hemos de descubrir de dónde procede este ataque.

Prepararon sus armas automáticas. No comprendían cuál podía ser el enemigo que les atacaba con medios tan primitivos, pero se dispusieron a la lucha. Otras flechas silbaron por encima de sus cabezas, sin hacer blanco, pero sirvieron a los fugitivos para orientarse sobre la procedencia del ataque.

—¡Ved, allí! —exclamó uno de los compañeros de Iruschov—. ¡Es un mono de enorme corpulencia!

—¿Un mono? —contestó el general—. ¡Imposible! ¿Desde cuándo hay monos en el Himalaya?

Pronto tuvieron que rendirse a la evidencia. Un ser de gran estatura, con el cuerpo cubierto por espeso vello y vestido solamente con un breve taparrabos de piel, era quien les había dirigido las flechas y estaba aún con el tosco arco en las manos,

preparándose para lanzar más.

—¡Seres armados con primitivos arcos, en el siglo xx! —exclamó Iruschov—. ¡Pero no se trata de un mono! Este individuo es…

Iruschov reflexionó breves momentos antes de pronunciar su opinión. Era un hombre ilustrado y conocía las extrañas teorías que desde mediados del siglo xx se habían venido sustentando acerca de un extraño pueblo que habitaba regiones inaccesibles del Himalaya. La teoría, como todas, era defendida por unos y negada por otros; hubo quien anunció haber visto alguno de los monstruosos seres y hasta haber seguido sus huellas, pero sin conseguir darle caza. En concreto, nada se había demostrado. Ahora era distinto, porque el monstruoso personaje estaba allí, frente a ellos, parcialmente oculto por una de las rocas de la montaña. Por fin, Iruschov exclamó:

—¡El Hombre de las Nieves! ¡Tenían razón quienes anunciaron su existencia! ¡Miradlo; lo tenemos delante!

El gigantesco personaje, cuya estatura rebasaba los dos metros, seguía entretanto lanzando flechas y al mismo tiempo profería unos gritos agudos que podían tener cierta semejanza con un lenguaje humano muy primitivo. Las flechas no ocasionaron más víctimas entre los rusos porque Iruschov y sus dos restantes compañeros se habían parapetado de forma que quedaban a cubierto de los toscos proyectiles; en cambio, las voces del Hombre de las Nieves tuvieron mucha más eficacia porque pronto aparecieron a su lado otros varios seres de su misma raza.

Todos chillaban mientras el primero de ellos señalaba el lugar donde estaban los rusos, y luego, cuando pareció que se habían puesto de acuerdo, se prepararon para utilizar sus arcos. Un diluvio de flechas cayó sobre las piedras tras las que se protegían los fugitivos de Oriente.

—Si no obramos con rapidez nos aniquilarán, por muy primitivos que sean sus medios de ataque —dijo Iruschov a sus dos compañeros—. Son demasiados contra nosotros y es posible que aún surjan más. Tal vez estamos rodeados sin saberlo.

—¿Qué más da morir de un flechazo que de las calamidades a

que nos vemos sometidos desde que estamos en esta fatídica región? —contestó uno de los hombres—. Empiezo a sentir haberme escapado. Por lo menos, allí nos hubiesen dado muerte más aprisa.

—No seas imbécil —le replicó el general—. ¿Olvidas los trabajos forzados, y el horario agotador? ¿Y el látigo? ¡Vamos, dejaos de reflexiones tontas y empezad a disparar!

Hablaron las armas automáticas. Los fusiles de disparo atómico, sin estampido y revestidos de una capa de pintura especial aislante para impedir la radiactividad. Dicha pintura se empleaba en toda clase de elementos que funcionaban mediante energía nuclear, fuesen armas o motores, e impedía la salida al exterior de las radiaciones que inevitablemente se producían al liberarse la fuerza del átomo; naturalmente, al no poderse hacer lo mismo con los artefactos explosivos, se tuvo que prescindir de su uso.

Los Hombres de las Nieves empezaron a caer, sin que en sus primitivos cerebros se explicasen la causa que motivaba la muerte de varios de sus compañeros. Surgió el pánico, y se inició la desbandada que fue coreada, por aguaos gritos.

Iruschov y sus dos compañeros quedaron vencedores y dueños absolutos del campo de batalla.

—Podemos acercarnos sin miedo —dijo el general—. Seguro que a partir de este momento, esos infelices nos atribuirán un poder sobrenatural que les impedirá reiterar su actitud agresiva.

La victoria pareció animar incluso al que antes se había mostrado tan pesimista y los tres hombres se aproximaron a los cadáveres de los monstruosos seres para examinarlos con más detención. Vieron unos individuos de apariencia y facciones simiescas, pero de cuerpo mucho más desarrollado que cualquiera de las especies de monos conocida; elevada estatura, tórax enorme, brazos gruesos y musculosos, y piernas algo más delgadas de lo que correspondía a su corpulencia general, y también algo cortas. Pies grandes, pero de configuración humana, no prensiles como los de los simios. En resumen, seres humanos, resto de alguna extraña y remota raza prehistórica, que desde tiempos inmemoriales debía haberse refugiado en aquella región donde vivió aislada durante milenios sin que nadie pudiese llegar a comprobar su existencia de modo cierto.

Iruschov, que aparte de sus ideas antihumanitarias era hombre

de cultura, dio a sus compañeros una breve explicación de carácter antropológico. Se interrumpió al ver que uno de los heridos se movía.

—Éste no ha muerto —dijo—. Ayudadme; vamos a intentar curarlo y lo tendremos prisionero. Quién sabe si podrá sernos útil como rehén mientras no hayamos salido definitivamente de esta enmarañada región.

Entre lo poco que habían podido conservar los tres fugitivos en sus equipos figuraban algunas reservas de medicamentos modernísimos, especialmente unos sueros que cerraban las heridas con rapidez impresionante. Se apoderaron del herido, el cual se resistió emitiendo agudos chillidos y hasta, pese a su estado, pudo derribar de un manotazo a dos de los rusos que trataban de sujetarle; pero al fin lo dominaron y el general le aplicó el famoso suero contra las heridas.

La actitud del monstruo cambió instantáneamente al ver restañada su sangre y cerrado el boquete producido por la bala. Su hostilidad se transformó en respeto y temor, puesto que en su primitivo cerebro aquella rápida curación era un inexplicable prodigio. Dando muestras de gran sometimiento, les hizo señas que los rusos interpretaron como deseos de que le acompañasen.

—No me fío un ápice de este individuo —dijo uno de los rusos.

—Haces mal —replicó Iruschov—. Después de lo que ha ocurrido no es fácil que se les ocurra volver a atacarnos. Y en sus pobres mentalidades no entra la doblez; este hombre nos ofrece amistad y estoy seguro de que no pretende engañarnos. Vamos con él y llevemos las armas preparadas por si juzgamos equivocadamente.

El Hombre de las Nieves condujo a los fugitivos a un extenso valle al otro lado de la vertiente donde había tenido lugar el combate. Por el camino se cruzaron con varios seres de la misma especie, al parecer centinelas avanzados de su reducto, y todos ellos dieron muestras de gran respeto tanto hacia los rusos como hacia el individuo que les guiaba.

—O mucho me engaño, o hemos salvado la vida nada menos que a un importante jefe de esta extraña tribu —comentó Iruschov—. ¿No os dais cuenta del respeto con que le saludan sus compañeros?

Llegaron al valle, al parecer centro principal del reino de los

Hombres de las Nieves. Su acceso era sólo posible por estrechos y peligrosos desfiladeros, bien vigilados por centinelas permanentes; precisamente al acercarse los rusos a uno de dichos pasos habían motivado la lucha contra los primitivos personajes.

En el valle vieron algunos grupos de Hombres de las Nieves, que contemplaron a los rusos con curiosidad y daban a su acompañante las mismas muestras de respeto que los del camino. Era evidente que se trataba de un personaje principal.

—Le llamaremos el Príncipe —indicó Iruschov—. Y tal vez lo sea, ya que su apariencia es de juventud si lo comparamos con otros de los que se ven por aquí.

El Príncipe dirigió unas palabras a los individuos que estaban en el valle y acto seguido éstos echaron a correr, como obedeciendo una orden. Entonces los rusos se dieron cuenta de un detalle que les había pasado desapercibido en los primeros momentos; el valle estaba rodeado de grutas, cuyas bocas de entrada se abrían en las faldas rocosas de los montes cercanos. Y hacia las grutas se dirigieron los supuestos súbditos del Príncipe, emitiendo los agudos gritos con los que ya los rusos se empezaban a familiarizar.

Respondiendo a las voces de llamada, una muchedumbre de Hombres de las Nieves empezó a salir de los agujeros; hombres, mujeres, chiquillos, jóvenes y ancianos, todos vestidos con tosquedad y a base de pieles sin curtir, fueron brotando al exterior en interminables riadas.

—Pero ¿es que esas cuevas son verdaderas ciudades subterráneas? —preguntó uno de los compañeros de Iruschov.

—Sé lo mismo que tú —contestó el aludido—. Pero debemos suponer que han conseguido establecer comunicación con profundas simas y es muy posible que gracias a ello puedan vivir aquí sin sentir los rigores del crudo invierno del Himalaya. El interior de estas grutas se halla tan caldeado como nuestras casas modernas provistas de calefacción nuclear y aire acondicionado. Casi imagino su vida, que habrá sido idéntica durante milenios: los dos o tres meses que el clima lo permite, precisamente éstos en que nos hallamos ahora, salen a hacer gran provisión de caza que almacenan y de la cual viven durante el resto del año. Les hemos sorprendido en su época de máxima actividad. Luego, durante el invierno, ¿quién sería capaz de imaginar que bajo estas montañas

plagadas de ventisqueros viven tal vez millares de seres sin sentir lo más mínimo las inclemencias de la temperatura?

Mientras Iruschov explicaba su hipótesis, la muchedumbre de Hombres de las Nieves se había apiñado en el centro del valle, dando frente al lugar donde se hallaban el Príncipe y los tres fugitivos del mundo oriental. El Príncipe pronunció unas palabras, que fueron escuchadas en silencio por la multitud.

—Parece que somos presentados —dijo Iruschov—. Estoy empezando a captar algunas modulaciones de su lenguaje y creo que no va a ser difícil que pronto pueda articular alguna de sus palabras.

Después del discurso del Príncipe, la multitud empezó a proferir gritos que, aun sin ser entendidos, demostraban claramente el agradecimiento de aquellas gentes hacia los extranjeros por hacer salvado la vida de su jefe. No obstante, Iruschov aconsejó a sus compañeros que no se desprendiesen de sus armas, por si acaso.

El Príncipe invitó a sus huéspedes a penetrar en una de las grutas. Después de pasar por estrechos conductos y sortear algunos desniveles peligrosos, los rusos se hallaron en un grandioso recinto semejante a las conocidas cavernas prehistóricas, pero de mucha mayor extensión. Allí guardaban aquellos individuos sus rudimentarios enseres, y tenían almacenadas sus reservas alimenticias y de pieles. Todo el recinto estaba impregnado de un desagradable olor y además del molesto humo de las hogueras que daban luz al interior.

—Es preciso que nos acostumbremos y no demos muestras de que nos molesta todo esto —advirtió Iruschov—. Podríamos perder el prestigio que tan inesperadamente nos hemos ganado.

En la vida de aquellos seres descubrió también Iruschov algunas muestras rudimentarias de arte. En los muros aparecían pinturas representando escenas de caza, de guerra, y figuras de animales y hombres; muy inferiores a las que se descubrieron en Altamira y otras grutas europeas a fines del siglo XIX.

El Príncipe cortó la curiosidad de los extranjeros, atrayéndolos hacia el fondo de la gruta. Allí, echados sobre lechos de hojarasca y pieles, estaban varios individuos de la tribu, al parecer heridos o

enfermos. Más tarde, Iruschov supo que eran guerreros heridos en lucha contra una tribu que dominaba un valle cercano; de momento sólo vio a varios hombres a los que era necesario curar para mantener su prestigio. El gran hechicero de la tribu se había declarado incapaz de hacerlo y las vidas de aquellos guerreros eran muy estimadas por ser jefes de grupo, o generales hablando en lenguaje militar.

Iruschov triunfó gracias a sus modernos medicamentos; los heridos sanaron casi con la misma rapidez que el Príncipe, y los tres extranjeros fueren considerados como una especie de seres sobrenaturales.

—Bueno, y con todo esto, ¿cuándo nos largamos de aquí? —preguntó a Iruschov uno de sus compañeros, al cabo de varios días de convivencia con los Hombres de las Nieves.

—Vosotros podéis hacerlo cuando os convenga —contestó el general—. Yo, me quedo indefinidamente.

La determinación de Iruschov se debía a que su plan de dominio, fraguado durante la fiebre del agotamiento y del frío, empezaba a tomar una siniestra forma en su maligno cerebro. Quería regresar a Oriente para dar un golpe de poder definitivo y hacerse dueño de la situación; para ello necesitaba un ejército que le fuese incondicionalmente fiel. ¿Y qué mejor ejército que el de los Hombres de las Nieves que sentían hacia él una adhesión rayana en el fanatismo? ¡Él no abandonaría a los que ya consideraba como súbditos suyos, porque había de constituir con ellos el ejército que le ayudase a conquistar el mundo para someterlo después a su tiranía!

Empezó estudiando el lenguaje de los Hombres de las Nieves y no tardó en dominarlo. Entonces pudo enterarse a fondo de muchas cosas referentes a ellos. Ramur, el Príncipe, era efectivamente el jefe supremo del valle, pero existían otros dos pequeños reines en valles inmediatos, estando todos en constante guerra entre sí. Ramur se consideraba como jefe legítimo del conjunto de los Hombres de las Nieves; pero los otros dos reinos le negaban sumisión y habían elegido jefes particulares.

Iruschov supo imponerse. Mediante sus armas atómicas y las reservas de medicamentos que aún le quedaban, se hizo dueño de los reinos rebeldes, castigó a sus jefes disidentes y los sometió al

mando de Ramur, que es como decir que los sometió al suyo propio. De este modo se convirtió en jefe de un ejército que se aproximaba a los dos millones de guerreros, ya que los Hombres de las Nieves se consideraban aptos para la lucha desde una edad casi infantil hasta otra bastante avanzada; de hecho, todos los varones de las tres tribus.

Naturalmente que, con un ejército equipado con arcos y flechas, no podía Iruschov presentar batalla a los que se le enfrentarían provistos de armas atómicas. Pero era un inconveniente de poca monta; bastaba con apoderarse de armas modernas e instruir luego a aquellos salvajes en su manejo.

Y el problema no era difícil. El exgeneral de Oriente conocía con exactitud la situación de grandes depósitos de armas situados en las inmediaciones de los montes Altai, al sur de Siberia. Todo era cuestión de realizar un audaz golpe de mano y apoderarse de lo que hiciese falta.

Habló de ello con el príncipe Ramur.

—Cédeme un destacamento de guerreros y te prometo hacerte dueño del mundo. Ramur. Tu raza recobrará el rango del que injustamente fue relegada hace milenios y te daré como vivienda, en lugar de tus fétidas cuevas, maravillosos palacios como jamás has pedido soñar.

El discurso surtió efecto en la primitiva mente del jefe salvaje; y al iniciarse el buen tiempo, al año siguiente de haber llegado Iruschov a los dominios de los Hombres de las Nieves, emprendió la marcha hacia el norte al frente de un centenar de guerreros. Los que fueron sus compañeros de fuga iban también con él; pero a Iruschov no le interesaba asociar hombres blancos a sus siniestros designios y ambos sujetos hallaron misteriosa muerte durante el curso de la expedición.

Dos grandes depósitos de armas modernísimas fueron asaltados y sus guarniciones pasadas implacablemente a cuchillo. A Iruschov no le interesaba que nadie pudiese propagar la existencia de los Hombres de las Nieves, para poder así causar mayor efecto cuando se decidiese a dar el golpe definitivo.

Fue preciso esperar bastante tiempo. Otros tres años transcurrieron hasta que los salvajes se encontraron en condiciones de usar las nuevas armas de modo eficiente y dar pleno rendimiento

como un ejército moderno e instruido. Durante este tiempo, Iruschov fue incubando su sed de dominio y el terrible odio que había contraído hacia sus semejantes. Se acostumbró a ser obedecido a la menor indicación; empezó a ejercitar sus prácticas de tiranía entre sus salvajes súbditos, a quienes castigaba a la menor vacilación o a la más leve falta de interpretación de sus órdenes.

No temía las reacciones de los salvajes porque se había sabido granjear la adhesión incondicional de sus principales jefes, especialmente del príncipe Ramur, a los que halagaba con falsas promesas que no pensaba cumplir. Y se había rodeado de una guardia especial, fanática y feroz, que no permitía que nadie se acercase a su persona. Ya no era el fugitivo derrengado que llegó al Himalaya y se mostró afectuoso con los salvajes, sino un sátrapa de los antiguos tiempos, ferozmente tiránico, al que contadísimos seres tenían el privilegio de poder mirar de frente.

Y un buen día dio principio la invasión de Oriente. Los planes de Iruschov se vieron favorecidos por el cansancio que el sufrido pueblo oriental sentía después de interminables décadas de sometimiento. A nadie se le ocurrió hacerle oposición. ¿Para qué? ¿Qué importaba que el tirano de turno se llamase Iruschov u otro nombre cualquiera? Sólo aquellos que circunstancialmente se beneficiaban del poder trataron de oponerle resistencia.

Pero la feroz presencia de los Hombres de las Nieves aterrorizó a todo el mundo. Aquellos seres primitivos manejando armas modernísimas, a quienes se había inculcado la idea de que sus enemigos les habían arrebatado un puesto que sólo a ellos les pertenecía, eran implacables en la lucha. Segaban vidas, incendiaban ciudades y destrozaban todo cuanto se oponía a su paso. Nadie comprendía la procedencia de aquellos hombres monstruosos, e Iruschov hizo correr la especie de que procedían de otro planeta, lo que acabó de aterrorizar a la población y las escasas huestes que se les enfrentaron.

Varias unidades aerotransportadas irrumpieron en Moscú y se adueñaron de los puestos de mando. Iruschov cerró toda comunicación con el mundo occidental y retuvo prisioneras a todas las representaciones diplomáticas, sin permitirles establecer contacto con sus respectivos países.

Nadie, en Occidente, supo lo qué estaba ocurriendo al otro lado

de la línea divisoria. Se pensó que la revolución era una de las tantas que se venían sucediendo en los últimos tiempos y que pronto se restablecerían las relaciones y los diplomáticos podrían informar de nuevo. Las únicas medidas de precaución consistieron en reforzar las guarniciones de la línea divisoria y dar la orden de alerta a cualquier eventualidad.

Algunas personas que consiguieron escapar dieron el nombre de Iruschov, como actual jefe del poder, y explicaron fantásticas versiones sobre su salvaje ejército, versiones a las que no se dio crédito por considerarlas fruto del terror.

Entretanto, Iruschov se había consolidado definitivamente. Su antiguo sueño de poder, cuando era un pobre fugitivo, se había realizado en gran parte: era dueño de la mitad del mundo. Todas las fuerzas de Oriente se le sometieron, le adularon y acataron sus caprichos, deseosos todos de sacar la mejor tajada del nuevo estado de cosas.

Pero Iruschov no era de los que se conformaban con una parte, pudiendo tenerlo todo. ¡Se había propuesto ser dueño absoluto del mundo y lo conseguiría! Y tras planear debidamente la acción, dio orden de ataque.

CAPÍTULO III

Los equipos de defensa costera actuaron con rapidez. Los gigantescos proyectiles que, lanzados desde el otro lado de la línea de demarcación, se dirigían contra las ciudades americanas del Atlántico, pudieron ser desviados y cayeron al mar a bastantes millas de la costa. El primer momento de peligro estaba conjurado y era de esperar que los aparatos de transporte de fuerzas no se atreverían a tomar tierra al no haberse producido el gran pánico que había de suceder a la destrucción de las ciudades.

El tono alarmante de las noticias disminuyó cuando las emisoras empezaron a informar que se había visto retirar a los transportes que se dirigían hacia América. Iruschov estaba haciendo marcha atrás, por lo menos de momento, y se conformaba con la conquista de Europa.

Referente a este último continente, las noticias que llegaban eran bastante contradictorias. Se luchaba en muchos puntos, pero, por lo visto, ninguno de los dos bandos había conseguido aún nada definitivo.

En el gabinete del profesor Ralston, los dos hombres seguían con atención las informaciones que les llegaban por la gran pantalla televisora. El padre de Lizzy se había recuperado de su desvanecimiento y parecía algo más dueño de sus nervios.

—Lizzy no ha muerto —le dijo Frank, para animarle—. Sólo se ha hablado de su desaparición, lo cual demuestra que no han encontrado su cadáver para justificar una noticia peor. Yo creo que la habrán capturado prisionera.

—¿Y qué es peor, Frank? —contestó Ralston—. ¿No se da cuenta de la presión que pueden ejercer sobre mí teniendo a mi hija como rehén?

—Pero no se atreverán a causarle ningún daño —repuso el joven —. Lizzy es una carta que les conviene guardar, pero en ningún

caso jugarla de modo definitivo. Si le causan algún daño pierden todas las esperanzas de que usted ceda.

Los dos hombres interrumpieron su conversación porque sonó el timbre del teléfono. Al descolgar el profesor el aparato se iluminó la pequeña pantalla visora que debía mostrar el rostro del conferenciante. Pero no lo mostró porque el individuo que llamaba se cubría la cara con un pañuelo y llevaba un sombrero calado que apenas dejaba entrever los ojos.

—¿Qué desea? —preguntó el profesor—. ¿Quién es usted?

—Si me interesara decírselo no me ocultaría, Ralston —contestó el enmascarado—. En cuanto a lo que quiero, le será fácil adivinarlo si ha estado al tanto de los últimos acontecimientos. Hay mucha gente interesada por los progresos que realiza usted en su arma llamada «Rayo de la muerte» y yo sirvo a quien le gustaría poseerla. ¿Me va entendiendo?

—¿Qué quiere usted decir?

—Su hija Lizzy ha cometido una locura y las locuras se pagan, Ralston. Usted tiene medios de evitar que a la chica le ocurra una desgracia irreparable, porque, por fortuna, puede entregar a cambio de su vida los planos de su invento.

—¡Bandido! ¡Esto es un miserable chantaje!

—¿Sí? No se me había ocurrido la palabra. Bueno, puede pensarlo hasta que yo vuelva a llamar. ¡La vida de su hija a cambio del «Rayo de la muerte», profesor Ralston! Y no se le ocurra tratar de hacerme una jugarreta, porque sería peor.

—¡Oiga…!

Fue inútil la insistencia del profesor. El otro había colgado el aparato y el visor se apagó, desapareciendo la enmascarada visión.

Frank había estado al tanto de la conversación.

—¿Qué le parece, Frank? —le dijo Ralston—. ¡Exactamente lo que yo me temía!

—De momento, parece que podemos contar con que Lizzy vive, y esto es una buena noticia, profesor. Hemos salido de la cruel incertidumbre.

—¿Usted cree? ¡Estamos peor que nunca! Porque supongo que se va a figurar que yo accederé a entregar mi invento a esos miserables.

—Desde luego que no. Pero podemos ganar tiempo, si usted

finge que lo medita y les pide plazo para tomar una determinación definitiva. Mientras se muestre usted indeciso, ellos no se atreverán a obrar contra Lizzy.

—Pero esto no puede durar indefinidamente, Frank.

—Claro que no. Bastará con que dure el tiempo que yo necesito para rescatar a su hija.

El profesor, emocionado, cogió al joven por los brazos.

—Frank —le dijo, con lágrimas en los ojos—. ¿Usted haría esto por mi pequeña Lizzy? ¿Ya sabe a lo que se arriesga?

—Mi profesión me obliga a correr algún riesgo de vez en cuando, y en algunas ocasiones lo hemos corrido juntos con usted y con «su pequeña Lizzy». ¿Qué me dice de nuestra famosa expedición al Himalaya? Por lo menos, ahora no pasaré tanto frío.

—Ahora es distinto, Frank. El peligro no está en el frío, sino en algo mucho peor. ¿Cómo se las arreglará para dar con su pista, en una retaguardia enemiga que debe estar plagada de esos monstruosos seres que hemos visto por la pantalla?

—¿Trata de disuadirme, profesor? —preguntó Frank, casi de buen humor.

—Oh, no, Frank. Se lo agradezco… y debo confesar que lo deseo y que no me atreví a pedírselo. Pero Dios es testigo de que no quisiera que para salvar a Lizzy le ocurriera a usted algo irreparable. Después de todo, tengo medios para salvar a mi hija sin que peligre nadie.

—¿Entregando los planos? No, profesor; si esta gente se apodera del «Rayo de la muerte», serán muchos miles las vidas inmoladas.

Frank Costain se despidió del profesor Ralston, tras recomendarle de nuevo que diese largas al asunto aparentando vacilación, y salió al exterior. El ascensor le llevó a la azotea de la casa.

Debemos aclarar que, a principios del siglo XXI, la salida de las casas se efectuaba normalmente por las azoteas. En ellas se aparcaban los rápidos helicópteros atómicos de los vecinos y desde ellas se trasladaban al punto deseado, entrando también por la azotea si se dirigían a otro edificio. El cielo de Nueva York estaba surcado por centenares de miles de estos velocísimos aparatos con los cuales los veinticinco millones de habitantes de la ciudad se

trasladaban de un punto a otro.

Los viajes más largos se realizaban con aparatos de transporte de propulsión atómica y aterrizaje vertical, que en muy pocas horas, a veces en minutos, trasladaban a los viajeros de un punto a otro del globo. En cuanto a las calles de la ciudad, era una delicia transitar por ellas; sólo algún que otro coche anticuado, de los que en otros tiempos se llamaron de modelo aerodinámico, y que causaba la misma sensación que sentía un ciudadano de 1950 al presenciar el paso de un carro tirado por caballos. El negocio de los grandes pozos petrolíferos se había hundido por completo.

Frank tomó su helicóptero y se lanzó al espacio, mezclándose con la multitud de aparatos que lo surcaban. A primera vista hubiese parecido imposible navegar entre tantísimas aeronaves que corrían en todas direcciones y no sufrir algún funesto choque con alguna de ellas. Pero todo estaba previsto en los modernísimos motores.

La cabina de mando iba equipada con una pequeña de radar que detectaba la presencia de otro aparato en su misma línea de vuelo; y automáticamente tan pronto aparecía un aparato en la pantalla, se producía el desvío, de forma que navegaba siempre con la pantalla limpia de señales y en consecuencia sin ningún otro aparato en la misma trayectoria. Como era obligatorio en todos los aparatos ir equipados de la misma forma, puestos una vez en vuelo se evitaban automáticamente unos a otros sin que fuera posible la existencia de un accidente pese a la grandiosa circulación.

En la aguja indicadora del cuadro de dirección, Frank señaló la situación del gran aeródromo de la ciudad y pulsó el botón de puesta en marcha. El helicóptero se elevó y sin que fuera preciso prestar más atención a su funcionamiento se detendría en el lugar señalado. No hacía falta ni siquiera mirar al exterior, puesto que la pantalla de radar se encargaba de la eliminación de todo peligro. El conductor, una vez señalada la dirección y puesta en marcha el aparato, pedía ponerse a leer o tumbarse a dormir si lo creía conveniente; el helicóptero, sin la menor desviación, le dejaría en el lugar deseado.

Pero Frank no estaba para leer ni para dormir. Pensaba en Lizzy, en su apurada situación, y ahora en su rostro se reflejaba la angustia que se había esforzado en disimular delante del padre de la

joven.

También pensaba en la línea de conducta a seguir. ¿Cómo se las arreglaría, una vez en Europa, para dar con las huellas de la muchacha y hacer algo para rescatarla?

Su vista se fijaba de modo mecánico en la iluminada pantalla de radar y en los pequeños puntos que aparecían de pronto y eran eliminados con enorme rapidez. También se fijaba en otra pantalla, junto a la anterior, que señalaba los aparatos que se aproximaban al suyo por la cola, alcanzándole en el vuelo. En el caso de estos últimos eran ellos mismos los que, mediante su propio dispositivo, debían apartarse de su línea de vuelo caso de alcanzar al helicóptero que tenían delante, cosa que no ocurría casi nunca.

Y de pronto, Frank se repuso de su abstracción al darse cuenta de un punto negro que permanecía obstinadamente en la pantalla de cola. Un aparato le estaba embistiendo y no variaba la dirección. ¿Cómo era posible?

—Este loco se me va a echar encima —murmuró Frank al ver que el punto se agrandaba sobre la pantalla y que se iba centrando cada vez más en ella—. ¿Se le habrá estropeado su radar?

Quiso advertirle. Hizo funcionar la radio de a bordo con una onda, calculada para la distancia exacta del aparato que le seguía, a fin de no molestar a los otros muchos que volaban cerca suyo, pero no obtuvo contestación.

—¡Diablos! —murmuró otra vez—. Esto no me agrada lo más mínimo…

La mancha de la pantalla se estaba agrandando, lo cual indicaba que su perseguidor ganaba terreno. Frank comprendió que se le iba a echar encima y obró con rapidez; pulsó el cambio de dirección y su helicóptero experimentó una leve sacudida, saltando a la derecha, casi al mismo tiempo que el otro, con velocidad de bólido, le pasaba rozando.

—Es una clara agresión —se dijo el explorador—. Hay alguien a quien no interesa que yo me traslade a Europa. Pero no comprendo… Porque si es cierto que pueden eliminarme de un choque, también lo es que quien lo produzca perecerá conmigo.

Miró al exterior y vio que el aparato atacante se elevaba, ganando altura por encima del suyo mientras trataba de colocársele casi perpendicularmente encima. ¿Es que iba a intentar un ataque

en picado como aquéllos que hicieron famosos los combates aéreos de la remota guerra de 1939?

Frank tardaría aún algunos minutos en llegar al aeródromo de Nueva York, situado a bastante distancia del límite periférico de la ciudad. Y a medida que se alejaba del centro era menos densa la nube de aparatos que surcaban el espacio, por lo que su agresor podría moverse con más libertad.

Vio que el otro se le lanzaba encima en una caída impresionante. ¡Su enemigo era un suicida, ya que era evidente que no saldría con vida del choque si llegaba a producirse!

Pulsó los mandos para desviarse, al tiempo que la verdad llegaba a su cerebro. ¡En aquel aparato no viajaba nadie! ¡Lo hacían mover por radio desde uno de los muchos helicópteros que surcaban el cielo neoyorquino, sin ningún peligro para los que lo manejaban! ¡Sólo él, Frank Costain, perdería la vida si llegaba a producirse el tremendo choque!

—¿Cómo no se me ocurrió antes, imbécil de mí? —se dijo el joven, sin reflexionar que aunque hubiese adivinado la verdad desde el primer momento no por esto habría disminuido el peligro de muerte—. ¿Y cómo han podido obrar con tanta rapidez estos desconocidos enemigos?

Nada podía hacer para contestarse a la segunda pregunta. Tal vez más adelante, si sobrevivía, podría aclarar el misterio; pero en aquel momento lo que precisaba con urgencia era salvar la vida, zafándose del tremendo acoso.

El aparato sin tripulantes caía sobre el suyo a una velocidad vertiginosa. Frank pulsó el mando para desviarse, pero el radar indicó la presencia de otro aparato en su nueva ruta y automáticamente se apartó, reintegrándose a la primitiva. En la frente de Frank aparecieren gruesas gotas de sudor. ¡Tenía encima a su enemigo y no podía desviarse! ¡El terrible choque iba a producirse dentro de fracciones de segundo!

* * *

Lizzy Ralston era una joven valerosa que en múltiples ocasiones había dado pruebas de firmeza y hasta temeridad ante los momentos de mayor peligro. Siendo casi una niña se acostumbró a acompañar a su padre en sus expediciones científicas en las que el

profesor llevaba en concepto de guía al explorador Frank Costain. Ralston y el padre de Frank, ya fallecido, fueron grandes amigos y siempre confiaron en que una boda entre los hijos sellara de modo definitivo la amistad que siempre presidió las relaciones entre los padres.

Luego, ya mayores los muchachos, eligieron profesiones distintas aunque con un fondo común de semejanza: él afán de aventuras y de recorrer el mundo, que con los nuevos adelantos se hacía cada vez más pequeño. Algunas veces habían coincidido en algunos puntos del globo, pero casi siempre actuaban por separado, cada uno en cumplimiento de su particular misión.

Pero se querían; sin que hubiese llegado a producirse una formal declaración amorosa, ambos sabían que sus vidas estaban destinadas a juntarse indisolublemente, no porque tal fue el deseo de sus padres, sino por el gran atractivo y admiración que sentían el uno hacia el otro. Por esto, cuando uno de ambos se encontraba en situación apurada, el otro no se tranquilizaba hasta saberle fuera de peligro y corría en su ayuda si era posible, como acababa de hacer Frank al enterarse del secuestro de la muchacha.

Iruschov no reparaba en los medios para conseguir su siniestro propósito de convertirse en tirano del mundo. Durante los meses que siguieron a su asalto del poder en Oriente y mientras planeaba la agresión contra el mundo libre, tuvo cuidado de organizar una vasta red de espionaje para adueñarse de los más importantes secretos de sus futuros enemigos.

Tuvo conocimiento de la nueva arma de guerra que ultimaba el profesor Ralston, llamada «Rayo de la muerte», e ideó la manera de apoderarse del secreto y utilizarlo para sus fines. Iruschov sabía que cuando el mundo reaccionase del pánico inicial producido por la presencia de sus fuerzas de choque, los Hombres de las Nieves, necesitaría elementos de combate más eficaces para someterlo a su voluntad. Y la famosa arma le daría la victoria definitiva.

La presencia de Lizzy como periodista de guerra facilitó las cosas. No resultaría difícil organizar un golpe de mano y apoderarse de la joven, para luego coaccionar al padre bajo amenaza de muerte, que Iruschov se hallaba dispuesto a hacer efectiva si Ralston se negaba a entregar los planos del «Rayo de la muerte».

Un grupo de sus salvajes auxiliares, convenientemente

instruidos, se encargó de la captura de Lizzy. Con lo que no contaba el déspota era con la decisión de Frank Costain de rescatar a la joven aún a costa de su propia vida. Si el explorador conseguía salvarse del atentado que sus desconocidos enemigos acababan de prepararle, el presunto tirano del mundo iba a ver su siniestro camino obstaculizado por la lucha de un hombre dispuesto a sacrificarlo todo en defensa del más puro y noble de los ideales.

* * *

Cuando Lizzy vio su «bunker» invadido por los monstruosos seres que habían conseguido romper aquel sector del frente, pese a su valor, no pudo evitar el terrible grito de angustia que oyeron cuantos tenían conectado su aparato televisor con la emisora que transmitía las escenas de la lucha.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha—. ¡Frank! ¡Frank! ¡Ven a salvarme!

Su llamada de auxilio a Frank no llegó a oídos del interesado porque ya uno de los salvajes había destrozado los aparatos transmisores con fuertes culatazos de sus armas.

Un oficial que se hallaba en el interior del «bunker» trató de hacer oposición, sin conseguir otras cosas más que su cráneo fuese destrozado de otro golpe. Lizzy se encontró sola ante los extraños invasores. Quiso reaccionar, apoderándose de una pistola, pero sus manos se vieron asidas por otras velludas y monstruosas.

Gritó de nuevo:

—¡Soltadme! ¡Fuera de aquí! ¡Frank! ¡Auxilio, Frank!

El monstruo la tomó en sus brazos como si fuese una diminuta muñeca. Sin preocuparse por los gritos ni por los golpes que le prodigaba Lizzy agitando brazos y piernas, la sacó del refugio y se dirigió hacia la retaguardia, protegido por los compañeros que le ayudaron en el asalto, los cuales destrozaron a varios soldados occidentales que se les interpusieron en el camino.

Lizzy se debatió, gritó, golpeó como pudo el cuerpo de su aprehensor, pero no consiguió nada positivo. El salvaje permanecía insensible a todo y los fuertes puñetazos que le pegaba la joven parecían no causarle la menor molestia. Por fin, Lizzy no pudo resistir más la fuerte crisis y se desmayó.

Cuando, recobró el conocimiento se hallaba encerrada en una

prisión, tendida sobre un rudimentario camastro. Tardó unos momentos en recordar lo que le había sucedido y cuando los últimos acontecimientos volvieron a su memoria, desesperada, estalló en un acceso de llanto.

Sus guardianes debieron oírla llorar, porque a los pocos momentos se abrió la puerta del calabozo y entraron varios hombres.

Lizzy se secó rápidamente las lágrimas. Aunque mujer, no quería que sus enemigos la viesen desesperada. Se levantó del camastro y acudió al encuentro de los recién llegados, un oficial y dos soldados del ejército de Oriente. La joven se tranquilizó en parte al no advertir la presencia de ninguno de los monstruosos seres que la habían capturado.

—¿Qué pretenden de mí? —preguntó con firmeza—. ¿Y con qué derecho me tienen encerrada?

El oficial inclinó la cabeza, en leve gesto de cortesía.

—Señorita, es mi deber comunicarle que ha sido hecho prisionera. Al retenerla nos asisten las leyes de guerra.

—¡Ustedes han atacado nuestras posiciones sin motivo alguno que lo justificara! —exclamó Lizzy, indignada—. ¡No se trata de un acto de guerra, sino de una salvaje agresión!

El oficial se inclinó otra vez, ahora con más flema.

—Nuestros puntos de vista no coinciden, señorita, pero no es mi propósito discutir este extremo. Tengo órdenes concretas que ejecutar y he venido para cumplirlas.

—¿Se refieren a mí estas órdenes?

—Por esto la he molestado, señorita. Tenga la bondad de seguirme.

—¿Adónde me ha de llevar?

—Al Mugar que me ha sido indicado. No puedo decirle más.

El oficial se apartó, indicando a la joven con su gesto que la precediese en la salida del calabozo. Pero Lizzy no se movió de donde estaba.

—No pienso dar un solo paso mientras no se me indique cuál es mi destino —dijo.

—Sentiría tener que emplear la violencia —repuso el oficial, sonriendo irónicamente—. El resultado sería el mismo, y a usted le ocasionaría muchas más molestias.

Lizzy comprendió que nada ganaría resistiéndose más. Si se negaba a seguir tendría que verse violentamente cogida por aquellos hombres o tal vez por alguno de los repugnantes monstruos que la habían raptado. Consideró más prudente obedecer, aunque ello significase dar un momentáneo triunfo a sus enemigos.

—Vamos —dijo—. Estoy dispuesta a seguirles.

—No esperaba otra cosa de su sensatez —contestó el oficial.

Salieron del calabozo y después de atravesar algunos pasadizos y vestíbulos se hallaron en el exterior del edificio.

Lizzy desconocía el lugar donde se encontraba y no tuvo tiempo de orientarse, porque un helicóptero les aguardaba a la puerta.

—Tenga la bondad de subir —le dijo el oficial, siempre con sus hipócritas modales—. Y le advierto que no haga el menor intento de fuga; sería desastroso para usted.

—Cualquier cosa me parecerá mejor que estar en sus manos —replicó Lizzy.

Pero subió al aparato. Aunque estaba dispuesta a todo, quería saber los motivos que sus enemigos tuvieron para capturarla antes de tomar una determinación.

El oficial se sentó a su lado y el helicóptero se puso en marcha. Lizzy meditaba acerca de su situación y el oficial se limitaba a vigilar todos los movimientos de la joven para intervenir al menor asomo de peligro.

El vuelo fue largo, lo que hizo suponer a Lizzy que se habían internado mucho en territorio oriental. Por fin el helicóptero se detuvo y el oficial se apeó, invitando a la joven a hacer lo pronto.

Se hallaban en un patio rodeado de elevados muros y frente a la fachada lateral de un antiguo palacio de típica construcción rusa, arte característico en que se había transformado en Oriente, a través de los siglos, el primitivo estilo bizantino. Lizzy pensó que la habían transportado a Moscú o a alguna de las otras grandes ciudades orientales. Pero no tenía medios para precisar cuál.

—Tenga la amabilidad de seguirme, señorita —dijo el oficial.

Era inútil resistirse porque, entre otras razones, el patio estaba plagado de soldados. Lizzy se dejó acompañar hacia el interior del palacio y atravesó multitud de estancias amuebladas con gusto anticuado, pero con refinamiento sibarítico. Y con muchos centinelas por todas partes.

Llegaron ante la puerta de una habitación, que el oficial abrió, cediendo luego el paso a su acompañanta.

—Entre, señorita —le dijo—. Ha llegado al final de su viaje… por ahora. Ésta es su habitación.

Cuando Lizzy hubo entrado oyó cómo el oficial cerraba con llave. Se encontró sola en una habitación arreglada con el refinado lujo de las que ya había visto, pero prisionera en definitiva. Comprobó que las ventanas estaban protegidas por fuertes barrotes para evitar cualquier intento de evasión.

No podía hacer nada más que esperar los acontecimientos.

CAPÍTULO IV

Frank realizó un postrer esfuerzo para esquivar el brutal choque a que le habían condenado sus desconocidos enemigos. Pulsó de nuevo el mecanismo de desviación y esta vez tuvo suerte porque la pantalla apareció limpia dé interferencias y el aparato obedeció al mando.

No obstante, le fue imposible evitar por completo el encontronazo con el helicóptero sin tripulantes, el cual descendía sobre el suyo a una velocidad vertiginosa. Le rozó por el lado derecho, lanzándolo contra las azoteas de las casas inmediatas.

Frank sintió la fuerte sacudida y probó aún a dominar el aparato antes de precipitarse al vacío. El radar se había apagado y la dirección no obedecía a las pulsaciones. ¡Iba a caer! ¡Iba a estrellarse contra el suelo desde una altura superior a los cien metros!

Notó el golpe mucho antes de lo que esperaba. Le pareció que todo se rompía en derredor suyo, y aunque realizó un supremo esfuerzo para agarrarse a la vida, que parecía escapársele, perdió la noción de las cosas.

No supo cuánto tiempo había estado desvanecido. Recobró el conocimiento todavía en el interior del helicóptero y pudo comprobar que, gracias al acolchonado de los asientos y techo, previsto para casos de choque, no había recibido daño de gran consideración. El golpe causó desperfectos sin duda en la parte exterior del aparato, pero afortunadamente el interior se mantenía en buenas condiciones.

Frank palpó su cuerpo para comprobar que no sufría heridas ni fractura de huesos. Respiró aliviado: sólo la fuerte sacudida del choque le había hecho perder momentáneamente el sentido, pero en lo demás se hallaba indemne.

Después de asegurarse de su estado físico, Frank indagó el lugar

adonde había ido a caer. Vio que se hallaba sobre la azotea de una casa, circunstancia que explicaba, muchas cosas. Su enemigo, al chocar de lado, le había desviado de la recta de la calle, mandándolo a una azotea: por esto el topetazo había tenido lugar antes de lo que Frank calculara, y por lo mismo, al ahorrarse muchos metros de caída, los desperfectos habían sido menores y su vida se había salvado.

De haberse producido el accidente en una época pretérita, la terraza sobre la que cayó Frank se hubiese hundido. Pero no ocurrió así entonces, ya eme por ser precisamente las terrazas de las casas el lugar destinado al aterrizaje y aparcamiento de los helicópteros particulares, se construían a prueba de accidentes como el ocurrido.

Frank se disponía a salir fuera de su destrozado aparato, cuando se dio cuenta de otro helicóptero que aterrizaba en la misma azotea. Por precaución permaneció dentro del suyo, sin moverse.

Y vio que del recién aterrizado se apeaban dos hombres. Dos sujetos completamente desconocidos para Frank, pero que se dirigieron hacia su destrozado helicóptero sin la menor vacilación y empuñando sendas pistolas atómicas.

No se trataba de policías de tráfico que hubiesen presenciado el accidente, pues en tal caso irían uniformados y su vehículo llevaría un distintivo especial. Eran, simplemente, bandidos. Sus enemigos; los que, precisamente desde aquel aparato habían impulsado al otro sin tripulantes a precipitarse contra el suyo. Frank les ovó hablar: una abertura que se había producido en la cabina al abollarse uno de los cristales inastillables, dejaba penetrar la voz.

—No se observa ningún movimiento —dijo uno de los bandidos —. Seguro que se habrá destrozado.

—Comprobémoslo, no obstante —repuso el otro—. Así podremos dar con seguridad la noticia de su muerte.

—Y si todavía alienta, nosotros cuidaremos de abreviar su permanencia en este mundo —añadió el que había hablado antes, indicando con un gesto el arma de que era portador.

Frank sintió un estremecimiento. Él iba desarmado y estaba por lo tanto en inferioridad de condiciones, aparte del número, para luchar contra aquella pareja de bandidos. Si les dejaba llegar hasta la portezuela del aparato le acribillarían sin compasión. Pocas muestras de ella habían ya dado al lanzarle encima un helicóptero

sin tripulantes.

Podía intentar salir por la portezuela del lado opuesto, pero había el inconveniente de que el aparato, destrozado y sin estabilidad, se movería al hacer él cualquier gesto y denunciaría a sus enemigos que seguía aún con vida.

Decidió esperar, tendido sobre el asiento en completa inmovilidad, como si estuviese muerto o desvanecido. Era la única posibilidad de ganar tiempo y poder hacer algo práctico.

Los dos hombres se acercaron y le contemplaron unos momentos desde el exterior.

—Parece que está muerto —oyó Frank que decía uno de ellos.

—Cuando le hayamos incrustado un par de estas píldoras no lo parecerá, sino que tendremos la seguridad de que lo está efectivamente —contestó la otra voz.

—Pues manos a la obra y acabemos pronto —repuso el primero —. Podría comparecer una patrulla de vigilancia y nos veríamos en un compromiso.

—Nada hemos de temer —dijo su compinche—. Con ocultar las pistolas y decir que hemos presenciado el accidente y acudíamos a prestar auxilio, nadie sospechará de nosotros. Vamos; ayúdame a abrir la portezuela.

Frank notó que el aparato se balanceaba. Los bandidos trataban de abrir, pero la portezuela, empotrada a causa del choque, se resistía a obedecer. Fueron momentos de angustiosa espera para el joven, que aguardaba con tensión de nervios el instante en que debía pasar a la ofensiva.

Por fin la puerta cedió y uno de los bandidos alargó su brazo armado por la abertura.

—Lo siento, Frank Costain, pero no entorpecerás la misión que nos hemos propuesto de obligar al profesor Ralston a entregar su «Rayo de la muerte» —dijo.

No tuvo tiempo de apretar el disparador del arma porque Frank, abandonando su inmovilidad, saltó como lanzado por un resorte y se apoderó del brazo homicida, al tiempo que impulsaba a su enemigo hacia fuera, rodando ambos por el suelo de la terraza.

—¡No sé si hubiese hecho algo para evitar que el «Rayo de la muerte» pasara a manos enemigas! ¡Pero sí te aseguro que lucharé mientras tenga aliento para salvar a Lizzy Ralston de sus raptores!

La pistola se había escapado de manos del bandido y por lo tanto ambos adversarios estaban desarmados y en igualdad de condiciones. Pero quedaba el otro, que se había retirado unos pasos y se disponía a utilizar su arma contra Frank, esperando tal vez para hacerlo que el joven ofreciese un blanco susceptible de no fallar el tiro. Estaban los dos hombres del suelo tan agarrados uno al otro, que el menor fallo hubiese podido herir al bandido en vez de al explorador.

Frank vio el peligro y se lanzó a conjurarlo. Soltó a su adversario y dando un par de vueltas sobre su cuerpo, como un rodillo, fue a cogerse a las piernas del otro, haciéndole perder el equilibrio al tiempo que disparaba. Un gemido dio a entender que la bala había hecho blanco, pero no en Frank, sino en su anterior adversario.

El hombre cogido por las piernas cayó a su vez al suelo. Perdió su arma y se inició entre ambos un cuerpo a cuerpo feroz. La lucha primitiva del hombre contra el nombre del siglo XXI y de todas las épocas pasadas y futuras; la lucha sin ayuda de armas de ninguna ciase, en la que prevalecen la mayor potencia muscular y la mejor preparación tísica.

Frank Costain era ducho en esta clase de combates. Sus misiones en alejados puntos del planeta le hablan forzado a enfrentarse en muchas ocasiones con gente de un estado de civilización bastante atrasado y careciendo él mismo de los ultrarrápidos medios de destrucción usados en el resto del mundo.

No obstante, el enemigo del joven explorador no era nada despreciable. Se trataba de un tipo bestial, corpulento, típica figura del granuja a sueldo y por lo tanto preparado para llevar a término su cometido del modo que fuese.

El bandido consiguió desprenderse de los brazos de Frank, agitando las piernas, y en un ágil salto se enderezó poniéndose nuevamente de pie. Frank no le fue a la zaga y se incorporó casi con la misma presteza que el granuja, de forma que cuando éste se dio cuenta no llegó a tiempo de esquivar un soberbio directo al mentón que le dirigió su enemigo.

—¡Te han pagado por asesinarme, granuja! —exclamó el joven —. ¡Pero seguro que no contabas con esta propina!

—¡Tengo por costumbre merecer lo que me pagan, y te lo voy a

demostrar! —contestó el bandido, reaccionando del golpe.

Y lanzándose como un ariete, dirigió su cabeza contra el estómago de Frank. No le alcanzó, porque el joven pudo esquivar el golpe por fracciones de segundo. Se apartó a un lado y la cabeza del bandido sólo encontró el vacío; pero antes de llegar a enderezarse otra vez, el canto de la mano de Frank le golpeó la nuca, abatiéndolo como un buey.

El bandido cayó pesadamente al suelo, perdida la noción de las cosas. Para Frank hubiese sido interesante reanimarlo y obligarle a hablar para poder hacerse con una pista sobre la bien montada red de espionaje a que sin ninguna clase de dudas pertenecía. Pero hacerlo significaba un retraso en la salvación de Lizzy. Dentro de dos horas todo lo más, Frank podía estar ya en Europa y las huellas de la muchacha estarían todavía frescas y sería fácil seguirlas para dar con su paradero. Si perdía tiempo en Nueva York, el destino de la corresponsal de guerra podía complicarse de forma irreparable.

En las terrazas de las casas se hallaban las cabinas de los teléfonos públicos. Frank llamó a la próxima Comisaría y dio una sucinta explicación de lo ocurrido para que la policía acudiese a hacerse cargo de los dos espías. Uno de ellos estaba herido y no podría escapar; en cuanto al otro, después del golpe de Frank tenía sueño para rato.

Después de esto, y sin esperar la llegada de la autoridad, el joven embarcó en el helicóptero de sus enemigos, ya que el suyo había quedado totalmente inservible. Y pocos minutos más tarde se hallaba en el aeropuerto, sin que ningún otro incidente hubiese turbado esta segunda etapa de su desplazamiento.

Allí se llevó otro disgusto, de mayor volumen aún que el de su lucha contra los espías. Entró en las oficinas de despacho de billetes y pidió un viaje para el próximo vuelo hacia Europa. Por lo regular salía un avión cada dos horas rumbo al viejo continente.

La respuesta que le dieron fue desalentadora:

—Han sido suspendidos todos los vuelos para Europa.

—¿Qué? —dijo el joven, como si hubiese oído mal—. ¡Tengan en cuenta que se trata de un caso de vida o muerte!

—Lo sentimos, pero las órdenes son terminantes. Hable con el jefe del aeropuerto si lo desea.

El jefe del aeropuerto se limitó a confirmar lo indicado por el

empleado.

—No se puede hacer nada, joven. Se trata de una orden del Estado Mayor en vista de la caótica situación en Europa. Mientras no se aclare allá la situación está terminantemente prohibido que salga ningún aparato.

Todo el esfuerzo realizado resultaba inútil. Frank ofreció fletar un aparato por su cuenta, suplicó, amenazó, sin conseguir otra cosa que ser a su vez amenazado con ingresar en la cárcel si no deponía su actitud. No quiso complicar las cosas y decidió esperar los acontecimientos mascando su impaciencia.

¡Y entretanto, la situación de Lizzy debía estar complicándose por momentos!

* * *

En Europa reinaba un angustioso pánico. Los Hombres de las Nieves, como fuerzas de choque del ejército invasor habían hecho su aparición en las grandes ciudades. Su primordial objetivo fueron las capitales de los principales países, cuya conquista podía desarticular en poco tiempo la defensa del resto del territorio.

Se había propalado la absurda noticia de que aquellos monstruosos seres eran habitantes de otro planeta y la población civil se había lanzado a la calle, tratando de huir de su presencia y sin conseguir otra cosa que abarrotar las principales vías impidiendo la rápida presencia de fuerzas militares propias.

Las feroces huestes de Iruschov se aprovechaban de aquellas circunstancias, ensañándose sobre la multitud de infelices que encontraban a su paso. Aquello no era lucha, sino una espantosa carnicería en la que salía a relucir todo el primitivismo de aquella raza desconocida. Y las tremendas matanzas aumentaban su prestigio, contribuyendo al mismo tiempo a aumentar el pánico.

París, la inmensa urbe de doce millones de habitantes, fue su principal objetivo en el continente.

Sus hermosas y amplias avenidas estaban llenas de cadáveres, de gente que huía sin saber adónde ir, y de monstruos que mataban a mansalva.

Escuadrillas de cazas sin tripulantes, dirigidos por radio, abatían implacablemente a todos los helicópteros que trataban de escapar de la ciudad. No existía la menor posibilidad de fuga. Y a las

ciudades que aún no habían conocido la presencia de los nuevos bárbaros les llegaban las patéticas descripciones de su paso, que las fuerzas de segunda línea de Iruschov cuidaban de propagar por todos los medios disponibles para prepararse de este modo un ambiente favorable.

Sólo resistían guarniciones aisladas. Fuerzas militares magníficamente disciplinadas, que sobreponían el cumplimiento de su deber al pánico a lo desconocido. Estas fuerzas, bien atrincheradas en sus campos de defensa, pudieron pronto comprobar que la invulnerabilidad de sus monstruosos atacantes era puro mito. Los vieron caer a montones, segados por las rociadas de proyectiles, y comprendieron que, aparte de su corpulencia y primitivismo, eran seres tangibles como otro cualquiera.

Pero se habla perdido la posibilidad de hacerlo comprender así a la población. En los ánimos de las gentes, presas del terror, pesaba más la presencia de los Hombres de las Nieves que cualquier noticia con visos de serenidad que les fuese transmitida desde los reductos fortificados.

Y la cruel batalla por Europa continuaba. Iruschov se apuntaba a su favor el primer tanto, no sólo por el desconcierto que había conseguido sembrar, sino porque además había conseguido resultados prácticos de gran importancia. La primera oleada de asalto había conseguido hacerse con algunos depósitos de armamento de primordial interés, que servirían para aliviar el descuido que a este respecto habían tenido los efímeros y sucesivos gobiernos que le habían precedido en Oriente.

Desde una de las posiciones conquistadas por sus fuerzas, el que en otros tiempos fue fugitivo general controlaba ahora la destructora acción de sus bárbaras huestes. A su lado, el príncipe Ramur, vestido con un lujoso uniforme que le sentaba mucho más ridículo que su primitivo taparrabos, escuchaba con estúpido ademán las palabras del tirano.

—París es ya prácticamente nuestro —le informó Iruschov, tras controlar el último parte—. Sólo resisten algunos fortines de su cinturón defensivo. Londres no tardará en caer, y lo mismo ocurrirá con el resto de las grandes ciudades. ¡Dentro de pocas horas toda Europa será nuestra!

Ramur no tenía una idea excesivamente clara de lo que eran

París, Londres y Europa, pero hizo un gesto que semejaba de asentimiento.

—Mi raza mandará en el mundo —dijo.

—Ocupará el rango que le corresponde… bajo mi dirección, claro —confirmó Iruschov—. Cuando nos hayamos consolidado en Europa iremos por América. ¡Allí está el verdadero peligro!

—¿Peligro? —preguntó el salvaje—. Para mis guerreros no existe el peligro.

—Te engañas, Ramur —repuso Iruschov—. En América existe un hombre maligno que pretende oponerse al triunfo de tu pueblo y ha inventado un arma destructora contra la cual nada podría hacer todo el valor de tus guerreros. Yo he podido saberlo porque tengo allá aliados a quienes he prometido cierta participación en el mando si me servían fielmente y me han facilitado los informes precisos.

—¿Y mis guerreros no pueden dar muerte a ese hombre? —inquirió Ramur.

—Tus guerreros no pueden ir a América mientras no poseamos Europa de modo firme. He tratado ya de mandar algunas avanzadillas, pero la prudencia me ha aconsejado demorar momentáneamente el asalto. No obstante, poseemos algo de mucho valor, que obligará a nuestro enemigo a facilitarnos la terrible arma de que te he hablado. ¡Su hija está en nuestro poder! ¿Comprendes, Ramur?

—Si este hombre es un guerrero como debe ser, dejará que sacrifiques a su hija, pero no te entregará el arma.

—Hablas como si tú fueses él, Ramur; pero no es lo mismo. Los hombres blancos desconocen el magnífico espíritu de lucha de tu raza y claudican ante una amenaza como ésta.

Ramur hizo un ademán de desprecio. En su pobre mentalidad no cabía la idea de que un hombre pudiese claudicar para salvar la vida de una mujer, aunque se tratase de su propia hija. Pero Iruschov sabía muy bien a qué atenerse y estaba seguro de poseer los planos del «Rayo de la muerte» y con ellos la posibilidad de realizar de modo definitivo sus sueños de poder y despotismo.

Se puso en comunicación con su cuartel general en la retaguardia:

—¿Qué noticias hay de América?

—El profesor Ralston ha pedido un plazo para meditar nuestra demanda —le contestaron.

—¡No se le debió conceder plazo de ninguna clase! —gritó Iruschov irritado. Como todos los tiranos, montaba en cólera ante el menor contratiempo a sus designios—. ¡Tenemos aquí a su hija y debe elegir rápidamente entre dar los planos o verla morir!

—Lo comunicaremos así a nuestros agentes en Nueva York —dijeron desde el otro lado de la transmisión.

—¡Mejor que no digáis nada! —ordenó Iruschov—. ¡Será su propia hija la que pida al profesor que entregue lo que le pedimos! La presión será mucho mayor cuando sea ella misma la que le suplique que le salve la vida.

La idea había germinado súbitamente en el maligno cerebro de Iruschov. Iría a ver a Lizzy en su prisión y la obligaría a ponerse en contacto con su padre. El tirano no dudaba del terror de la muchacha y estaba seguro del resultado de la patética escena.

—Vamos, Ramur —dijo—. Conocerás a esa mujer y si no conseguimos un resultado positivo te la entregaré para que tus guerreros le apliquen el castigo de vuestra tribu a los prisioneros de guerra.

—Ningún blanco, hombre o mujer, es capaz de resistir nuestros suplicios —comentó el salvaje, mientras se disponía a seguir a Iruschov.

Tomaron el helicóptero especial del nuevo detentador del poder en Oriente y protegidos por una nutrida escolta, emprendieron el vuelo hacia la fortaleza donde se hallaba prisionera Lizzy.

Hizo conducir a la joven a su presencia, asistiendo Ramur a la entrevista. Lizzy fue previamente informada de la personalidad de Iruschov, pero se mostró firme ante el tirano. En su cautiverio se había ido serenando y con la calma llegó la realidad a su cerebro. Comprendió el porqué del extraño trato que le daban sus enemigos, adivinando que todo ello tenía relación con la nueva arma inventada por su padre. También comprendió entonces la ligereza de su comportamiento al irse al frente de combate como corresponsal de guerra exponiéndose a ser capturada, como lo había sido, y dando así a sus enemigos la posibilidad de coaccionar a su padre. La hija de un hombre de ciencia de la importancia del profesor Ralston no tenía derecho a obrar de aquel modo. Pero el

daño estaba causado y era preciso atenerse a las consecuencias.

Tampoco atemorizó a Lizzy la presencia del salvaje Ramur. Al verlo grotescamente enfundado en su uniforme, la joven estuvo a punto de soltar una carcajada. Pero se mostró altiva, adoptando un ademán de desprecio.

—Le he mandado llamar porque deseo que hable usted con su padre.

—Me gusta la idea —contestó Lizzy—. Papá debe estar muy angustiado por mi situación.

—No imagine que voy a molestarme para facilitarle un intercambio de saludos, señorita —dijo el ruso, a quien la inesperada firmeza de la joven empezaba a poner de mal humor, haciéndole olvidar su hermosura—. Seré yo quien le indique lo que ha de decir a su padre.

—Puede ahorrárselo, porque ya lo sé. Usted quiere que suplique a mi padre que entregue su invento para que pueda yo recobrar mi libertad. ¡Pues bien, sepa desde ahora que no lo conseguirá!

—¿Sabe a lo que se expone con su negativa, jovencita? —La cólera de Iruschov iba en aumento a medida que constataba la decisión de Lizzy.

—Supongo que a ser asesinada —repuso ella—. Creo que lo sería de todos modos, y mi padre perdería su trabajo. ¿No es su oficio ser un asesino?

—¡Modérese y medite bien sus palabras! —rugió Iruschov.

—He tenido tiempo de meditar acerca de mi situación. Yo soy la única responsable de mi imprudencia y sabré pagar mi error. No me importa lo que me ocurra.

—¡Tengo medios para hacerla cambiar de opinión, se lo aseguro!

—Yo también le aseguro que no se atreverá a causarme daño alguno. Mientras me tenga viva podrá abrigar la remota esperanza de hacerse con el arma inventada por mi padre. Sacrificándome, lo pierde todo. ¿No es así, general Iruschov?

—¡Cállese! ¡No pasara mucho tiempo sin que me pida de rodillas que la deje hablar con el autor de sus días! ¡He quebrantado voluntades más firmes que la suya!

—Puede tortúrame. Sé cuáles son sus métodos y no me hago ilusiones. ¡Lo que sí afirmo desde ahora es que jamás oirá de mis labios una palabra de súplica!

Iruschov pulsó un dictáfono de encima de la mesa. Se iluminó la pantalla y apareció el rostro de un secuaz.

—¡Un látigo! —ordenó—. ¡Pronto!

Lizzy sintió un estremecimiento. Se había hecho el propósito de mantenerse firme, pero no pudo evitar un gesto de espanto al oír la orden de Iruschov. El tirano sonrió con cinismo.

—Lo siento, señorita Ralston. Mi deseo no hubiese sido tener que recurrir a estos métodos. Compréndalo.

Lizzy no contestó, porque temió que le fallara la voz. Entraron tres individuos, uno de los cuales era portador de un látigo de varias tiras; el famoso knut ruso, conservado en activo desde los tiempos medievales.

—Por última vez, señorita Ralston, ¿está dispuesta a comunicar a su padre lo que yo le ordenaré?

—¡Jamás! —contestó Lizzy.

—Le advierto que esto no será más que el preámbulo de lo que ha de sucederle —repuso Iruschov. Luego, dirigiéndose a sus secuaces, añadió—: ¡Sujetadla a aquella columna!

Dos hombres se adelantaron para apoderase de Lizzy. La joven quiso esquivarlos, tratando de huir, pero inútilmente; los dos verdugos le dieron alcance y la sujetaron fuertemente por los brazos, obligándola a seguirles hasta la columna señalada por Iruschov.

—¡Dejadme, miserables! —gritó la muchacha forcejeando por desasirse— ¡Algún día pagaréis este crimen!

Le contestó una carcajada sarcástica de Iruschov.

—¡Usted no verá ese día, jovencita! ¡Y piense que aún está a tiempo de rectificar!

—¡No conseguirá mi colaboración a sus malvados proyectos!

—¡Atadla! —ordenó Iruschov, loco de rabia. Había llegado a suponer que la joven cedería, aterrorizada por la perspectiva del cruel castigo; pero ahora estaba dispuesto a martirizarla hasta quebrar su firme voluntad.

Los secuaces obligaron a Lizzy a rodear la columna con sus brazos y le ataron las muñecas. El del knut blandió las tiras de cuero, pronto a iniciar el castigo. Y entonces ocurrió lo que ninguno de los presentes hubiese podido prever.

Ramur había estado contemplando toda la escena en silencio,

porque no tenía la menor idea de lo que se hablaba allí. Desde el momento en que apareció Lizzy, un extraño brillo asomó en sus ojos simiescos, hundidos en lo profundo de sus cuencas neandertaloides. No cesó en todo el tiempo de contemplar a la joven, y si Iruschov se hubiese fijado en él habría advertido en sus labios una extraña mueca que quería remedar una sonrisa de satisfacción. Pero Iruschov estaba absorto por sus propias ideas de quebrar la voluntad de la prisionera y ni siquiera se cuidó de traducir al salvaje las palabras que se estaban cambiando.

Y de pronto Ramur se levantó de su asiento, con expresión de terrible ferocidad en su semblante. Arrancó de un tirón el látigo de las manos del verdugo y de un tremendo empujón mandó al hombre contra uno de los muros de la estancia; se oyó un fuerte choque y el verdugo cayó al suelo sin sentido y tal vez con algunos huesos rotos.

El knut, en manos de Ramur, fue destrozado como si hubiese sido de papel. Luego rompió las cuerdas que sujetaban las muñecas de Lizzy a la infamante columna. La joven se aterrorizó más al verse libre y casi en brazos del salvaje, que si hubiese sentido el primer latigazo en sus espaldas. Exhaló un grito y cayó desvanecida.

Pero el más desconcertado de todos era Iruschov, que no comprendía los motivos de la actitud de Ramur. Se levantó, tratando de apaciguarlo, convencido de que había enloquecido repentinamente.

—¡Ramur! —le dijo en su dialecto—. ¿Qué haces? ¿No comprendes que tu actitud favorece a nuestra enemiga?

—No hay enemiga —contestó Ramur, mirando al ruso con la repentina ferocidad que habían adquirido sus facciones—. Ramur quiere a esta mujer.

—¿Qué…? —La situación era tan imprevisible, que Iruschov no la acababa de asimilar.

—Ramur quiere a la joven blanca —insistió el salvaje—. Si la atormentas, mis guerreros te retirarán su apoyo y lucharán contra ti.

Iruschov tuvo que tragar su cólera. El inesperado giro que tomaba la situación requería un estudio con la mayor serenidad posible. Comprendió que no conseguiría aplacar con razonamientos la repentina pasión del salvaje y juzgó prudente contemporizar…

por lo menos de momento.

Se acercó a Ramur y le pasó una mano sobre el brazo en amistoso ademán. En sus labios brillaba una hipócrita sonrisa.

—Cálmate, Ramur; no le sucederá nada a la joven. Debiste advertirme que la querías y yo no la hubiese amenazado ya. Te debo demasiado para negarme a complacerte.

Y su sonrisa se hacía cada vez más siniestra.

CAPÍTULO V

Frank Costain tuvo que esperar en Nueva York tres interminables días. Para conseguir permiso para dirigirse a Europa era necesario dirigirse a las altas esteras militares del país, alegando las importantísimas razones que motivaban la necesidad del viaje. El profesor Ralston le ayudó con su influencia y la solicitud fue cursada. Pero la autorización no llegó hasta transcurridos tres días.

El joven vivió alerta, ya que temía una reproducción del ataque que estuvo a punto de costarle la vida. Y al mismo tiempo, estuvo meditando un plan para desenmascarar a la organización de espionaje que, al servicio del enemigo, habían tendido sus redes en la gran ciudad americana.

La policía había capturado a sus dos agresores. Uno de ellos, gravemente herido, no estaba en condiciones de hablar; y el otro se había negado a hacerlo hasta el momento; amparándose en las benignas leyes del país, cine daban ciertas facilidades de protección a los maleantes.

Al día siguiente al del atentado, Ralston recibió una nueva llamada telefónica. Otra vez apareció en la pantalla un rostro cubierto con un pañuelo.

—Necesito conocer su decisión, profesor Ralston.

—Creo que tendré que acceder —contestó el padre de Lizzy—. Quiero mucho a mi hija y no podría seguir viviendo si por mi negativa le ocurriese alguna desgracia.

—Se va poniendo usted razonable. ¿Cómo podremos disponer de los planos?

—No lo sé todavía… Denme un poco más de tiempo para pensarlo.

—¡Imposible! —dijo el del pañuelo— Ha de ser hoy mismo, profesor.

—Yo le ruego…

—¡Es su última oportunidad! —Cortó el otro—. Si esta noche los planos no están en poder de nuestra organización, desconfíe de ver más a su hija.

—¡No! ¡No harán esto…!

—No lo haremos nosotros, porque la señorita no está en nuestro poder, sino en el de otras personas. Recibimos órdenes, profesor. Y ni siquiera podríamos evitar que sucediera lo que está ya decidido.

Ralston pareció vacilar. Tardó unos momentos en contestar a su interlocutor, como si una terrible lucha se estuviese desarrollando en su cerebro. Por fin, dijo:

—Está bien. Traicionaré a mi país para salvar a mi hija. Me convertiré en un réprobo, en un proscrito, pero Lizzy vivirá… Impongan sus condiciones.

—Veo que se pone razonable, profesor. Atienda: En la carretera 86, a doscientos kilómetros del límite de Nueva York, hay una vieja casucha solitaria y abandonada. Esta noche, a las doce, frente a dicha casa habrá quien le espere para recoger los planos. Cualquier indiscreción o intento de engaño serían fatales para usted y para su hija. ¿Entendidos?

—Estaré allá a la hora indicada.

Se cortó la comunicación y desapareció la imagen de la pantalla. El profesor colgó el aparato y quedó absorto en profunda meditación.

La casa indicada por el individuo del rostro tapado era un viejo edificio de madera construido el siglo anterior y se alzaba a muy poca distancia de la autopista. Las carreteras tenían ya muy poca circulación, puesto que la mayoría de los viajeros se trasladaban en autogiros particulares y tenían sus propios terrenos de aterrizaje en los puntos de llegada. Pero los Gobiernos habían considerado prudente conservar las vías, no sólo como orientación por el interior de los países sino porque además tenían aún utilidad para la gente del campo, que usaba anticuados medios de locomoción, como los automóviles de gasolina, y también porque eran imprescindibles para las necesidades militares.

A las once y media de aquella noche podía verse ya la silueta de un hombre cerca de la entrada de la casa y muy próximo al borde de la autopista. Se oyó el leve rumor del vuelo de una aeronave y la silueta de un autogiro se destacó de la negrura del cielo,

descendiendo pausadamente hasta posarse en el liso pavimento de la carretera. Por lo visto, el profesor, en su impaciencia por conseguir la seguridad de su hija, se había adelantado en media hora a la cita.

El hombre que observaba no varió de postura. No hizo el menor ademán; permaneció inmóvil, tal vez esperando ver quién se apeaba del aparato.

Pero nadie se apeó. Tres hombres, ninguno de los cuales era el profesor Ralston, estaban dentro de la cabina y observaban al desconocido, empuñando sendas pistolas atómicas.

—No se mueve —dijo uno de ellos—. Debe estar convencido de que es el profesor quien ha llegado y espera que salga a entregarle los planos. ¡Vaya desfachatez!

—¿Disparamos ya? —preguntó otro.

—Sería mejor capturarlo vivo. Nos interesa saber por quién trabaja y cómo se las ha arreglado para enterarse de nuestros proyectos y ocupar nuestro puesto.

—En tal caso, necesitamos acercarnos a él —dijo el que había propuesto disparar de buenas a primeras—. ¿Y si esto es lo que busca? ¿Y si nos tiene preparada una emboscada?

—Tienes razón. Disparemos y veamos qué reacción se produce cuando lo hayamos abatido. Pero hay que procurar herirlo solamente. ¿Comprendéis?

—Difícil va a ser esto, en plena noche —comentó el tercero de los bandidos—. Ya nos costará tomar buena puntería…

Se oyeron dos ligeros chasquidos, producidos por las pistolas al dispararse. El hombre de la casa no varió de actitud ni dio la menor señal de haber sido alcanzado. El que parecía jefe del grupo se indignó.

—¡Apuntad bien, idiotas! ¡Ni siquiera le habéis rozado!

Esta vez fue él mismo quien tomó puntería con todo cuidado. Oprimió el gatillo, surgió el tiro, y pareció que el de la orilla del camino se movía levemente. Pero siguió permaneciendo en pie y no efectuó ningún nuevo gesto.

—¡No puede ser! —exclamó el jefe de los del autogiro—. ¡Estoy seguro de haberle tocado!

—Salgamos de dudas de una vez y vayamos a su encuentro —sugirió uno de sus compañeros—. Si tratan de atacarnos, vamos

bien armados y sabremos defender nuestras vidas.

—Vamos —dijo el jefe.

Abandonaron el aparato y se aproximaron al individuo, que seguía en la misma posición, como esperándoles llegar.

—¡Levante las manos y no haga tonterías, amigo! —gritó el jefe —. Si ocurre algo, usted será la primera víctima.

El otro ni se movió ni contestó a la intimidación. Los bandidos empezaron a recelar que algo anormal estaba ocurriendo. El jefe se adelantó y apoyó el cañón de su arma en el costado del hombre; y entonces se dio cuenta de la realidad. No era un hombre, sino un muñeco; un maniquí, que alguien había colocado allí, sosteniéndolo de pie por medio de una estaca clavada en el suelo. Ahora se comprendía por qué no había sido abatido por los anteriores disparos.

—¡Nos han engañado! —gritó el jefe—. ¡Estad atentos, que algo se prepara contra nosotros!

Le contestó una voz conminatoria, desde el otro lado de la carretera:

—¡Están rodeados y será mejor que se rindan! ¡Es su única oportunidad de salvar la piel!

Estaban metidos de lleno en la emboscada que quisieron evitar. Ahora no tenían tiempo para correr hacia su aparato y huir con él. Había que luchar o entregarse. El jefe tomó una decisión.

—¡Vendamos caras nuestras vidas! —ordenó— ¡Fuego!

Lo malo era que no sabían el lugar exacto donde se hallaban sus enemigos. Varias balas silbaron peligrosamente cerca de sus cabezas.

—¿Se rinden? —preguntó la misma voz de antes—. ¡Podemos mejorar nuestra puntería!

Uno de los bandidos arrojó su pistola al suelo.

—No se puede luchar en estas condiciones —dijo—. Yo me entrego.

—¡Tú lucharás hasta el fin, de acuerdo con tus compromisos! —le replicó el jefe, apuntándole con su arma.

Pero el tercer bandido apuntó a su vez al jefe.

—¡Yo estoy de acuerdo con él! ¡Y si disparas, tú serás la segunda víctima! Tal vez esto me permita ser tratado luego con más benevolencia.

Ante la rebelión de sus propios secuaces, el jefe se vio forzado a arrojar su pistola al suelo. Y de la carretera empezaron a surgir sombras de hombres armados. Eran elementos de la policía y entre ellos se encontraba Frank Costain. Fue el joven quien se adelantó primero hacia los bandidos.

—Estaba seguro de que morderían el anzuelo, señores. Yo soy el que telefoneó esta tarde al profesor, con el rostro tapado, y esperaba esta visita. Todo fue idea mía.

—¿Usted?

—Adiviné que tenían algún medio para enterarse de lo que ocurría en el gabinete del profesor —prosiguió Frank—. De lo contrario, no se podría explicar el ataque de que fui víctima ayer. Entonces se me ocurrió quitarles el puesto. Llamé al profesor, convencido de que ustedes controlarían la comunicación y tendrían curiosidad por saber quién era el nuevo personaje interesado por los planos. Han caído en la trampa como inocentes polluelos.

El jefe de la banda de espías resultó ser un antiguo terrorista, ya detenido en diversas ocasiones, y que no había vacilado en ponerse al servicio de Iruschov cuando pocos meses antes sus agentes le propusieron el trabajo. Su captura desorganizó por completo la banda, muchos de cuyos elementos fueron capturados por la policía. Iruschov esperaría en vano las noticias de sus compinches sobre el «Rayo de la muerte».

Pero quedaba por resolver la situación de Lizzy, no escapando a nadie que ahora la joven correría más peligro que nunca. Los medios oficiales estaban excesivamente preocupados por la caótica situación de Europa y hasta por un posible intento contra América, para poder entretenerse en solucionar una situación particular.

No obstante, la eficaz intervención de Frank en la captura de la banda de espías sirvió para que se resolviera a su favor la demanda de una aeronave para trasladarse a Europa. Y al día siguiente le fue comunicada la autorización de partir.

Antes de hacerlo tuvo una entrevista con el profesor en su gabinete de trabajo. Ralston le mostró un aparato semejante a una pistola de pequeño tamaño.

—¿Sabe qué es este aparato, Frank?

—Por supuesto que no, profesor. Parece una pistola…

—Y lo es, Frank. Sólo que no se trata de una pistola corriente, de

carga atómica, sino precisamente de todo lo contrario. A esta pistola la podríamos denominar antiatómica, porque su misión consiste en eliminar la efectividad de las otras. Va cargada con una pila especial, cuya composición solamente conozco yo hasta el momento, y al apretar el gatillo no dispara proyectil de ninguna ciase sino que emite un tenue rayo de luz. Esta luz se filtra hasta el interior de cualquier mecanismo, a través del hierro que pueda protegerlo, y tiene la facultad del interrumpir el proceso de desintegración del átomo.

—¡Cielos! Esto es muy serio, profesor —exclamó el joven—. ¿La han probado ya?

—Todavía no, porque hasta hace pocos momentos no he conseguido dejar terminada la carga de la pila. Me he apresurado porque pensaba entregársela antes de su salida para Europa. Pero estoy convencido de su funcionamiento. Si dirige el rayo de luz contra cualquier arma o motor que funcione por medio de energía atómica, conseguirá paralizarlos instantáneamente. ¿Se da cuenta de las ventajas de lo que le entrego, Frank?

—¡Cáspita! ¿Y por qué no empieza a fabricarlas en gran escala?

—Porque debo apresurarme a concluir mi otra gran arma secreta, «El Rayo de la muerte», cuyas principales piezas se están ya construyendo en fábricas controladas por el Gobierno. Nos falta el tunstilo, metal que se ha de utilizar como carga, pero sabemos dónde se encuentra. Es posible organizar una rápida expedición al Himalaya, que ahora se hallará un tanto descuidado por nuestros enemigos, más atentos a lo de Europa.

—Sentiré no poder formar parte de la expedición, profesor.

—Usted ya tiene trabajo, Frank, y de gran importancia para nosotros dos. Salve a Lizzy dé las garras de esa fiera y los demás haremos el resto.

Se estrecharon las manos y Frank se llevó la nueva arma inventada por Ralston. Poco después se hallaba en el aeropuerto de la ciudad, donde le tenían ya preparado el aparato con que debía realizar la travesía del Atlántico. Era un aparato de gran radio de acción perfectamente equipado para sostener grandes combates aéreos.

—Es posible que se vea obligado a usar las armas, señor Costain —le dijo el jefe del campo—. Hemos puesto a su disposición uno de

nuestros aparatos de combate más modernos.

—Les agradezco la gentileza —contestó Frank—. Mucho más en estos momentos que al Gobierno le interesa tener concentrados todos sus medios de defensa.

—Usted supo hacerse acreedor a esta atención. Sólo me resta desearle mucha suerte y éxito en su empresa.

Frank subió a bordo del aparato, cuyo sistema de mandos era semejante al de los pequeños helicópteros, pero con capacidad para una extensión de vuelo mucho más considerable y a mayor velocidad. Momentos después volaba por encima del Atlántico.

Las costas de Europa se presentaron casi inesperadamente, apenas transcurrida hora y media de vuelo. Frank había ya elegido sobre el mapa el lugar donde tomaría tierra. Lo más próximo posible al sector del frente donde había sido capturada Lizzy, con el fin de poder establecer una pista lo más rápidamente posible.

Claro que esto presentaba sus dificultades, ya que la inesperada invasión había hecho variar por completo las líneas de batalla. Era muy posible que todo el territorio donde se luchó el primer día se hallase ya controlado por el enemigo. En tal caso, Frank elegiría el más adecuado según las circunstancias.

Cruzaba ya territorio europeo, habiendo dejado el mar a sus espaldas. Concretamente, se hallaba sobre Francia, país que atravesaba a velocidad vertiginosa en busca de la que fue línea de demarcación con el mundo oriental. Ignoraba quién era el actual propietario del territorio que tenía debajo, cuando inesperadamente lo supo, o por lo menos lo imaginó. Una granizada de disparos antiaéreos saludo su paso.

Las granadas estallaron con bastante aproximación y Frank notó que el aparato se balanceaba debido a la sacudida provocada por el desplazamiento de aire. Pero no ocurrió nada; fue todo cuestión de escasos segundos, ya que la velocidad de su aparato le alejó pronto del lugar desde donde le hostilizaban.

Las órdenes transmitidas por radio volaron más aprisa que él, puesto que pocos minutos después se vio interceptado por una escuadrilla de seis aparatos de combate. Eran aparatos tripulados y se dirigían rectos a su encuentro, Frank se preparó para la lucha; quitó del cuadro de mandos la dirección fija que había mantenido hasta entonces y manejó la palanca que permitía dirigir el aparato

según las necesidades del momento.

Sus enemigos se le acercaron, tratando de formar círculo a su alrededor. Empezaron a disparar sus ametralladoras y Frank notó el rebotar de algunas balas en el fuselaje. No se acobardó, pese a la superioridad numérica de sus contrarios, y les mandó a su vez rociadas de balas aunque sin conseguir un resultado práctico.

Los otros volvieron a la carga. Habían conseguido rodearle pese al esfuerzo en contra que realizó el joven americano. Iba a resultar difícil salirse de aquel círculo de fuego, y así lo comprendió Frank, que trató de abrirse paso como fuera.

Fue entonces cuando se acordó del arma que le había entregado el profesor Ralston.

—¡Ya casi me había olvidado de ella y nunca tendré mejor ocasión de probarla que en este momento! —se dijo.

Volvió a poner dirección fija para no tenerse que preocupar por la marcha de su aparato. Al hacerlo, estuvo a punto de estrellarse contra uno de sus enemigos, el cual no esperaba una reacción que parecía suicida. Luego notó de nuevo las balas que granizaban contra el aparato y algunas de ellas llegaron a incrustarse en la cabina, aunque sin efectos desagradables para Frank.

Y entonces tomó la pequeña pistola eme le entregara el profesor. Los seis aparatos habían emprendido su persecución y sus ametralladoras escupían balas constantemente. Frank apartó uno de los cristales de la cabina y eligió un avión enemigo al azar.

Apretó el disparador de la pequeña arma y vio un ligero chorro luminoso que salía del cañón. Era fácil precisar la dirección del chorro, ya que su propia luminosidad lo permitía. Y Frank lo hizo coincidir exactamente con el motor del aparato que había elegido como víctima.

Entonces sucedió lo imprevisto: imprevisto, por lo menos, por el tripulante del avión occidental. El motor se paralizó por completo y, perdida su estabilidad en el aire, el aparato cayó estrepitosamente al vacío. ¡La nueva arma secreta estaba resultando un éxito completo!

—¡El bueno de Ralston! —murmuró Frank—. Estuve a punto de ser derribado por esos granujas habiéndome facilitado él los medios para evitarlo. ¡Con qué gusto lo abrazaría si estuviese aquí conmigo!

Frank no perdió tiempo en más consideraciones. Los otros cinco aparatos seguramente no se explicaban los motivos de la caída de su compañero, mas no por esto dejaron de proseguir la persecución del americano, con mayor saña, si cabe. El joven eligió un nuevo enemigo y momentos después seguía la misma suerte del anterior. Y el fatídico chorro de luz tomó la dirección de un tercero, que fue a hacer compañía a los otros dos.

Media escuadrilla había sido derribada, aparentemente sin que Frank disparase un tiro. Los tres sobrevivientes no tenían medios de comprender a qué se debía todo aquello, pero lo que sí comprendieron perfectamente fue que las cosas iban por un terreno que nada les favorecía. Y de pronto, sin esperar otra demostración de Frank, cesaron en su persecución, dieron media vuelta y se alejaron a toda velocidad.

—¡Buen viaje, amiguitos! —les deseó Frank, de buen humor—. ¡Si no habéis quedado convencidos, acercaos otra vez por acá!

Ahora sabía que estaba en posesión de un arma de incalculable valor, que podía reportarle excelentes beneficios, tanto por su eficacia como por la sorpresa y desconcierto que su utilización sembraría entre sus enemigos.

Sin nadie que le interceptara el paso, volvió a preocuparse por el sitio donde debía aterrizar.

* * *

Ante la nueva situación creada por la actitud de Ramur, Iruschov consideró prudente contemporizar y aplacar del modo que fuese los enfurecidos ánimos del príncipe salvaje.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Ramur? —le dijo—. Yo no me hubiese atrevido jamás a castigar a una mujer en la que te dignabas posan los ojos, por muy culpable que fuese.

—La joven blanca no es culpable —repuso el Hombre de las Nieves—. Ramur la quiere convertir en princesa.

—Y lo será, no dudes de ello. Pero ahora se ha desmayado, sin duda a causa de la emoción que le ha producido verse favorecida por tu benevolencia. Es preciso cuidarla.

Iruschov dio orden a los dos secuaces que habían atado a Lizzy a la columna que ahora la recogiesen y la trasladasen a su habitación. Los hombres lo hicieron, atemorizados, bajo la terrible mirada de

Ramur.

—Vamos, Ramur —dijo luego el tirano—. La joven necesita descanso y es mejor que la dejemos sola.

Se fueron, dejando a Lizzy todavía desmayada, tendida sobre su cama. Iruschov tuvo cuidado de que se cerrara la habitación con llave, como de costumbre. A él también le había impresionado la belleza de la muchacha: pero su sentido práctico de las cosas le hacía anteponer sus intereses, especialmente su sed de dominio, a todas las demás pasiones. Primero, vencer: apoderarse de las armas secretas que habían descubierto sus enemigos, para consolidar su victoria. Luego, si la muchacha le seguía interesando, se quedaría de todos modos con ella.

Ahora le sería preciso utilizar otros procedimientos menos violentos, para no provocar de nuevo la irritabilidad, de Ramur. Intentaría, no obstante, distraer al salvaje de su pasión. Hasta cierto punto se consideraba culpable de lo sucedido.

—He sacado a ese monstruo de su caverna y es lógico que se haya enamorado de la primera mujer hermosa que le he puesto delante, prefiriéndola a las horribles harpías de su raza —se dijo—. Debí preocuparme de distraerle y hacerle conocer otras mujeres, en vez de llevarlo a los frentes de combate y hablarle de problemas que no es capaz de comprender. ¡Pero me enmendaré! Estoy seguro que dentro de muy pocos días habrá olvidado por completo a Lizzy Ralston. Mientras, cambiaré de procedimiento en cuanto al modo de tratar a la chiquilla. ¡Claro! ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Puedo obligarla a obedecerme sin tocar un solo pliegue de su ropa! No han de pasar muchos días sin que la vea mansa y sumisa obedeciendo todo cuanto yo le indique…

De nuevo la siniestra sonrisa apareció en los labios de Iruschov. Iba a poner en práctica la idea que había surcado en aquel momento su cerebro diabólico, y nadie podría acusarle luego de haber hecho la menor presión para forzar la actitud de su prisionera.

Aquel día Lizzy recibió su comida como de costumbre. Dos silenciosos servidores del castillo entraron en la habitación que le servía de cárcel y dejaron sobre la mesa una pequeña bandeja con el cubierto. En los planes de Iruschov no entraba hacer padecer hambre a la joven, por lo menos de momento y la comida no era

despreciable.

—Hoy, han añadido café —murmuró la joven cuando los servidores se hubieron retirado—. ¿Pretenderá Iruschov convencerme a base de buenos tratos, después de haberme amenazado con el látigo?

Al mencionar el látigo, Lizzy recordó la cruenta escena de la que algunas horas antes había sido protagonista y de la que estuvo a punto de ser víctima. La recordaba hasta el momento de la inesperada intervención de Ramur, después de lo cual ella se desvaneció y no recuperó el conocimiento hasta bastante después, ya en su habitación.

—No acabo de comprender lo ocurrido —prosiguió, para sus adentros—. De pronto, aquel monstruo se ha irritado y ha impedido que me azotaran. ¿Por qué lo habrá hecho? Entonces me asusté, pero ahora veo claro que intervino en mi defensa… ¡Oh, Dios mío! —Se estremeció ante la idea que acababa de ocurrírsele—. ¡No es posible! ¡Prefiero no pensarlo! ¡Antes mil muertes que…!

Se interrumpió y procuró alejar de su mente los tétricos pensamientos que se habían apoderado de ella. Sentía apetito y empezó a comer. Y el café humeante despedía un agradable olor…

Lo que no sabía Lizzy era que Iruschov estaba impaciente esperando el fin de su comida. Él era quien había dispuesto el servicio especial del café, y como se puede suponer no lo hizo para obsequiar a la prisionera.

—No notará nada —pensaba el tirano—. El café tiene el mismo gusto como si no contuviese droga alguna. Ella lo beberá, y entonces se iniciará el proceso… Su voluntad quedará aniquilada por completo… ¡Y no hay antídoto para esta droga! Mientras, procuraré distraer a Ramur. Sí aún recuerda a la muchacha, se la dejaré ver de vez en cuando y le prometeré entregársela tan pronto como nuestra campaña termine victoriosamente. Será el premio de su triunfo… Y para cuando esto ocurra, pueden suceder muchas cosas. Entonces Ramur y sus salvajes ya no me serán necesarios, sino que, todo lo contrario, constituirán un estorbo que será preciso eliminar.

De acuerdo con las órdenes cursadas, fueron a anunciarle que Lizzy había terminado su comida. Iruschov examinó el servicio y pudo comprobar que la taza del aromático café había sido apurada

por completo.

CAPÍTULO VI

En el tercer día de lucha la situación estaba prácticamente resuelta a favor de las huestes invasoras. La intervención de los Hombres de las Nieves como fuerzas de choque había sido una jugada maestra de Iruschov, ya que no sólo su presencia sino simplemente su anuncio, bastaban para que las poblaciones se lanzaran en masa a la calle, huyendo de las ciudades, tratando de refugiarse en los bosques y montañas, y sembrando un indescriptible caos en todas partes.

Para los efectos militares, los salvajes constituían una fuerza nada despreciable, que se batía con absoluto desprecio de la vida y era terriblemente feroz, sobre todo cuando se tenía que luchar cuerpo a cuerpo. Muchos de ellos caían antes de llegar a tal situación, pero cuando finalmente conseguían infiltrarse en las posiciones occidentales, los destrozos ocasionados eran inconmensurables. Desconocían el respeto al enemigo vencido; y el que osaba oponerse a su paso era prácticamente descuartizado por los enormes y férreos brazos de aquellos bárbaros.

El material era asimismo pulverizado. Fue preciso mandar grandes contingentes de soldados regulares detrás de los Hombres de las Nieves para impedir la total destrucción de los modernísimos armamentos, que a Iruschov le hacían falta para reponer sus propias perdidas.

Grandes depósitos cayeron en poder de los invasores. Y se cursó la orden de concentrar todo el material en las proximidades de la costa, para preparar más concienzudamente lo que no se pudo realizar el primer día. La invasión de América, y con ella la conquista total del mundo, del que Iruschov sería dueño absoluto.

En el siglo XXI sucedía lo que ha sucedido siempre y posiblemente seguirá

sucediendo mientras exista la Humanidad: el vencedor se ve pronto rodeado por una pléyade de amigos, entre los que se incluyen los mismos que poco antes habían intentado hacerle oposición, lados los que vieron con desagrado el asalto del poder por Iruschov, ahora aparentaban ser sus más leales auxiliares y emulaban por cumplir con mayor presteza sus órdenes. La tierra es muy grande y se puede sacar mucho del reparto.

El tirano esperaba sólo una cosa para dar la orden de ataque: que la droga suministrada a Lizzy hiciese sus destructores electos para que la joven, carente de voluntad, se aviniese a hablar con su padre y consiguiese de éste la entrega no sólo de los planos del «Rayo de la muerte», sino además de las primeras armas de tal clase fabricadas.

Estaba seguro de que el profesor, ignorante del estado mental de su hija, accedería a la traición para poder conseguir la libertad de la joven. La llamada debería realizarse a través de los servicios de espionaje que Iruschov tenía en América, especialmente en Nueva York. En esto fallaba; pero era tan reciente el desbaratamiento de la red de espionaje, que aún no había llegado a conocimiento del ruso.

Mientras tanto, los preparativos de invasión se proseguían con pasos agigantados.

* * *

Frank no tardó en darse cuenta que era perder el tiempo buscar un territorio dominado por las fuerzas de Occidente. No se luchaba ya en parte alguna, y en sus vuelos bajos pudo distinguir las caravanas militares que se dirigían a la costa para ser concentradas.

—Me hallo en territorio totalmente ocupado por el enemigo —pensó—. Debo decidirme a tomar tierra en cualquier parte, sin confiar más que en mi propia suerte ni esperar ayuda ajena. Y debo hacerlo lo antes posible, porque mi presencia aquí ha sido ya observada y pronto tendré enjambres de aparatos enemigos en mi persecución.

En varias ocasiones su vuelo fue saludado por baterías antiaéreas. No se encontró con nuevos aparatos enemigos porque tuvo la precaución de variar constantemente su rumbo, engañando a quienes pudieran observarlo.

Aterrizó sin dificultad en el claro de un bosque. Como el

aterrizaje, lo mismo que el ascenso, se efectuaban en vertical, no se necesitaba ningún espacio amplio para realizarlo. Este detalle permitid al mismo tiempo ocultar mejor los aviones.

—Bueno —se dijo Frank—. Si no me han visto descender, estoy a salvo. Nadie se preocupará de venir a buscarme en el interior de este bosque. Ahora me interesaría orientarme y saber la distancia exacta a que me hallo de fuerzas enemigas.

Hizo funcionar su aparato de radio.

—Trataré de captar algo, tanteando en todas las ondas —prosiguió—. Luego situaré sobre el mapa mi posición exacta.

Tuvo suerte, porque al poco rato de haber puesto en funcionamiento el aparato consiguió intervenir una emisión con clara apariencia de militar.

—Se están cursando órdenes… Esto que transmiten ahora es un parte de recuento de material… ¡Estos granujas se están preparando para un fenomenal ataque a América!… Bien; lo que me interesa ahora es averiguar la posición de este centro militar, y lo conseguiré fácilmente calculando sobre la onda de transmisión.

Frank realizó sus cálculos y luego, sacando un mapa de la región, señaló dos puntos sobre el mismo.

—Aquí es donde me encuentro yo —dijo, señalando uno de los puntos—. Y en este otro lugar se halla el centro militar que estaba transmitiendo. La distancia es de… cinco kilómetros. Debe estar casi a la misma salida del bosque y yo puedo situarme en sus inmediaciones en menos de una hora, apresurando el paso. Una hora es mucho tiempo, desde luego, pero no puedo exponerme yendo allá en avión.

Salió del aparato y lo cubrió rápidamente con ramas para evitar que fuese descubierto desde el aire. Luego se orientó sobre el terreno, tomó su pistola atómica, el arma secreta que le entregara el profesor y que tan buenos resultados le había dado, y se puso en camino.

No encontró a nadie durante su trayecto y al cabo de una hora se encontraba en las inmediaciones del puesto militar, bien oculto tras los últimos matorrales del bosque.

El puesto era una especie de campamento rodeado de alambradas, por las que seguramente circulaba corriente atómica, y un soldado estaba de guardia ante la entrada.

—No puedo tener yo solo la pretensión de conquistar ese puesto —se dijo—. Aún con el aparato del profesor no me sería posible reducir simultáneamente a toda la guarnición. Tendré que esperar acontecimientos.

Mientras aguardaba, no sabía exactamente qué, observaba el movimiento del interior del campamento.

—Aquí no se ven Hombres de las Nieves, los «cocos» de Iruschov. Seguro que debe tenerlos todos concentrados en la costa para su futuro ataque. Si me fuera posible avisar a las fuerzas de mi país. Pero antes he de salvar a Lizzy. Luego, tal vez aún llegue a tiempo, incluso de intervenir en la lucha…

Se interrumpió porque advirtió que un oficial se disponía a salir del campamento montado en una motocicleta. El vehículo terrestre era todavía utilizado por las fuerzas militares, aunque, naturalmente, modernizado y movido por energía atómica. Por las excelentes autopistas alcanzaba velocidades insospechadas y se usaba especialmente para la entrega de órdenes o partes escritos que habían sido previamente cursados por radio.

Al ver la motocicleta, Frank pensó que aquello podía ser la oportunidad que estaba esperando.

—Me interesa saber dónde radica el cuartel general de Iruschov. Allí me las apañaré para capturar a ese loco, y obligarle bajo amenaza de muerte a que me entregue Lizzy, esté donde esté. Es un método que me ahorrará trabajo y será muy eficaz, ya que esta clase de tipos aprecian su propia vida en relación inversa a lo que desprecian las de los demás.

La única carretera que salía del campamento se dirigía hacia la linde del bosque, al que rodeaba en un pronunciado recodo. Si Frank quería obrar contra el motorista debía hacerlo fuera del alcance visual del centinela, y por lo tanto, después del recodo.

Cruzó el espacio en diagonal, siempre protegido por la espesura, y se situó al otro lado del recodo antes que llegase el oficial, el cual no se había aún puesto en marcha cuando Frank emprendió la carrera.

Esperó a que apareciese el vehículo y cuando lo vio le dirigió rápidamente el chorro de luz de su diminuta pistola. La motocicleta se detuvo en seco y el oficial saltó por delante de ella.

El hombre no comprendió lo que le había ocurrido. Era muy

rara una avería en un motor atómico y estaba seguro de que el suyo había sido convenientemente revisado antes de salir. Medio aturdido por el golpe, se levantó.

Y entonces vio al desconocido, plantado en la carretera y apuntándole con un extraño artefacto parecido a una pequeña pistola.

—Un habitante del país que quiere imitar a los famosos «maquisards» del siglo pasado —pensó—. ¡Ya le voy a dar yo como se descuide!

Se echó al suelo, tratando de evitar el disparo que suponía que iba a efectuar Frank con su extraña arma. Al mismo tiempo echaba mano a su pistola, atómica.

—¡Ríndase! —gritó—. ¡Piense que aunque consiguiera matarme, no tardaría en ser cazado!

Frank no contestó. Seguía apuntándole de la misma forma, pero al parecer sin decidirse a disparar. El oficial lo aprovechó para actuar con su propia pistola.

Y entonces vio algo que le llenó de asombro. Del arma de su enemigo, en vez de un proyectil, salía un débil chorro de luz que se dirigía hacia su mano. Apretó el gatillo y la pistola no funcionó.

—¿Es posible? —dijo, intentando de nuevo disparar.

Entonces habló Frank.

—No pierda el tiempo, que su arma está inutilizada. Y ahora soy yo quien le insinúa que se rinda. Está en mi poder.

El oficial se levantó y arrojó la Inútil pistola. Pero era valiente y no estaba dispuesto a entregarse sin lucha. Sacó un cuchillo.

—¡Inutilízamelo también, o date por muerto! —gritó.

Ciertamente, el arma de Frank nada podía contra la acerada hoja. Pero sí sus puños. De un salto se plantó frente al oficial y le sujetó el brazo antes que pudiese manejar el cuchillo. Fue una lucha breve, en la que Frank puso de manifiesto su intensa preparación física. Un demoledor puñetazo a la barbilla acabó con la resistencia del oficial y con su noción de las cosas.

Frank lo arrastró hacia la espesura. Hasta aquel momento había tenido suerte de que nadie circulara por allí, pero no podía arriesgarse por más tiempo. Ocultó luego la motocicleta y las armas del oficial y se dispuso a reanimar a éste para interrogarlo.

Cuando el ruso se recobró, Frank le estaba apuntando con su

pistola.

—¿Dormiste bien, amigo? Confío que ahora te halles despejado para contestar a algunas preguntas.

—Le advierto que transcurrirá mucho tiempo sin…

—No vuelvas a lo de antes —cortó Frank—. Me lo sé ya de memoria y no tengo tiempo para perder. Di si prefieres contestar o quieres que te mate y vaya en busca de otro, ¡decide pronto!

El oficial adivinó en el tono de Frank que estaba dispuesto a cumplir su amenaza. Era valiente, pero no hasta el extremo de hacerse matar de un modo tan estúpido.

—¿Qué quiere usted saber? —preguntó.

—El lugar donde se halla el cuartel general de Iruschov.

—¿Piensa que es cosa fácil entrar allá?

—Soy yo quien pregunta. ¡Y contesta pronto, que el tiempo me urge!

—Está a mucha distancia de aquí. Me va a resultar difícil señalárselo sin un buen mapa de la región. Y yo lo sé porque actúo de enlace con el Estado Mayor, adónde me dirigía ahora para entregar un parte de material conquistado.

—¿Quién se encarga, en el Estado Mayor de este sector, de mandar los partes al cuartel general de Iruschov?

—El coronel Oblonski. El realiza frecuentes viajes al cuartel general.

—Bueno, muchacho. Ahora necesito inmovilizarte por algunas horas, o tal vez algunos días. Un par o tres de días sin comer se aguantan. Si en vez de esto prefieres una bala de mi pistola, te dejo elegir.

Frank se hizo señalar la situación del puesto de Estado Mayor y luego condujo al oficial a las inmediaciones de dónde había dejado su avión. Y allí lo dejó bien atado y amordazado, no sin antes haber tomado la precaución de vestirse con su uniforme, que por cierto observó que le sentaba bastante bien.

Luego volvió a la carretera y montó en la moto de su enemigo.

—Es preciso que me arriesgue si quiero conseguir resultados rápidos. Yo llevaré ese parte al coronel Oblonski.

Un cuarto de hora más tarde llegaba al puesto de Estado Mayor. El centinela le saludó militarmente, sin sospechar nada.

—El coronel Oblonski, pronto —dijo Frank—. Soy portador de

un parte urgente.

Fue introducido en el despacho del coronel, quien se extrañó al no ver al que esperaba.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Por qué no ha venido el teniente Ulricht?

—El teniente Ulricht ha sufrido un accidente, señor —contestó Frank—. Y me han designado a mí para ocupar su puesto. Mi nombre es Britoff, y fui destinado ayer a este sector.

Frank temblaba interiormente por si al coronel se le ocurría hablar por radio con el campamento para recibir confirmación de sus palabras. Tuvo suerte, tal vez porque había tal naturalidad en la situación que a Oblonski no le entró la menor sospecha.

—Ha llegado usted a tiempo. Dentro de unos minutos voy a salir para el cuartel general y podré entregar esta nueva relación de material conquistado al enemigo. Nos hace mucha falta, pues no debe usted ignorar que necesitaremos mucho para nuestras futuras operaciones contra América.

—No lo sabía, pero me alegro de que me hayas informado —pensó Frank. Luego, en voz alta, repuso—: ¿Alguna orden, señor?

—No. Puede regresar al campamento. Mañana a primera hora, usted o el teniente Ulricht estén aquí para recibir órdenes escritas sobre las próximas operaciones.

Frank saludó militarmente y salió al patio. Había terminado su misión como oficial, pero no la que se proponía realizar bajo su verdadera personalidad de Frank Costain.

En vez de dirigirse al lugar donde había dejado la moto, se dedicó a dar una vuelta por el patio. Su uniforme de oficial le protegía y nadie sospecharía de él.

Vio varios helicópteros y le fue fácil distinguir el del coronel, gracias a que los aparatos militares llevaban exteriormente los emblemas de los mandos a quienes pertenecían.

—El coronel se marchará dentro de pocos minutos —se dijo—. Debo aprovechar cualquier momento en que nadie se fije en mí para colarme dentro de su aparato. Esperaré a que aquel imbécil de allá dé la vuelta; es el único que puede verme… ¡Ahora!

Diez minutos más tarde, el coronel Oblonski se disponía a subir en su helicóptero para dirigirse al cuartel general. Se llevó la mayor de las sorpresas al ver que en su interior estaba el oficial que se le

había presentado como teniente Britoff, y que le apuntaba con una pistola atómica.

—Silencio, coronel —le advirtió Frank—. No haga el menor ademán que pueda comprometerme, o dejará automáticamente de pertenecer al mundo de los vivos.

—Pero ¿qué hace usted…?

—Cállese y entre. Charlaremos amigablemente.

El coronel obedeció y tomó asiento junto a Frank.

—Ponga en marcha el aparato. Como si no hubiese ocurrido nada.

—¿Adónde quiere ir?

—Precisamente al mismo lugar que usted. Procure no ponerse nervioso y equivocar la dirección. Sería lamentable… para usted, claro.

El coronel señaló la dirección en el cuadro de mandos y pulsó el botón de puesta en marcha. Segundos después el aparato sobrevolaba el puesto de Estado Mayor.

Frank miró al exterior.

—Se goza de una excelente vista desde estas alturas, ¿verdad, coronel?

—Le advierto que pretende usted realizar una gran temeridad, que puede costarle muy cara.

—Observo que todos ustedes se preocupan por el bienestar de los demás. Un rasgo muy elogiable… si fuese sincero.

De pronto Frank se dio cuenta de algo. Varios helicópteros militares sé habían elevado y rodeaban al suyo como si pretendiesen atacarlo. Miró amenazadoramente al coronel.

—¡Oiga! ¿Puede explicarme qué significa esto?

—Es mi escolta normal. Siempre viajo del mismo modo, especialmente cuando me dirijo al cuartel general.

—Pues ya les está ordenando que se vuelvan. Para este viaje me sobra llevarle a usted como compañía.

—¿Está seguro que le conviene que yo hable con ellos? Sospecharán que ocurre algo anormal; la escolta viene por disposición del propio Iruschov, que teme que pueda ser seguido a su puesto de mando.

La cosa se complicaba inesperadamente. Frank tenía intención de deshacerse de Oblonski más o menos del mismo modo que había

dejado al teniente fuera de combate. Pero con la escolta pegada a su helicóptero, le sería imposible proceder de la misma forma.

—De todos modos tendremos que luchar y, por lo tanto, cuanto antes se aclaren las cosas, mejor —dijo—. Hable con ellos y mándeles que se vuelvan.

—Está bien; lo haré.

Bajo la amenaza de la pistola de Frank, el coronel hizo funcionar el aparato de radio. Se iluminó la pantalla y apareció el rostro del jefe de la escolta.

—¿Llamaba, señor?

—Sí. He dispuesto que se retiren. Este viaje lo haré sin escolta.

—Lo siento, pero usted sabe que no puedo obedecerle en este aspecto. Hay órdenes superiores que lo impiden.

—Insista —dijo Frank, apartándose todo lo posible del radio de captación de la pantalla.

Aunque había hablado en voz baja, el otro notó cierta anormalidad a bordo del helicóptero.

—Perdone, señor. Pero ¿qué ocurre ahí? Me pareció como si alguien estuviese hablando.

—No; no es nada —dijo el coronel, ahora con verdadera angustia—. Le ordeno que se vuelva.

—Y yo, en cumplimiento de mi misión, le requiero para que aterrice inmediatamente para que pueda comprobar lo que pasa en su aparato. De lo contrario me veré obligado a atacar.

No había posibilidad de evitar la lucha. Frank lo comprendió así y no fue partidario de perder más tiempo.

—¡Corte, coronel! —ordenó, ya sin preocuparse de ser oído—. Puesto que quieren lucha, la van a tener.

—¡Pero esto es una temeridad! ¡Un auténtico suicidio! —dijo Oblonski—. ¿No se da cuenta de que ellos son seis y nos derribarán? ¿Es que no le importa morir?

—Sacrificaría gustoso mi vida en defensa de la causa que sirvo, porque la considero justa y noble —contestó Frank—. Pero creo que no será necesario llegar a tanto. He querido solamente evitarles un daño, porque estoy seguro de mi superioridad.

Y sin preocuparse más por el coronel, Frank sacó la pequeña pistola facilitada por el profesor Ralston y se dispuso a actuar contra los aparatos de escolta. El coronel le contempló, asombrado,

Al primer momento pensó que Frank se había vuelto loco, al pretender abatir seis helicópteros de combate con una ridícula pistolita de menor tamaño que las normales.

Pero cuando vio caer fulminado al primero de los aviones contra el que Frank dirigió el funesto chorro de luz, cambió de parecer. ¡Se encontraba ante un arma nueva, desconocida de todo el mundo, o por lo menos del oriental! ¡Algo que sin llegar a ser el famoso «Rayo de la muerte» se le parecía ya mucho, por lo menos en su aspecto paralizante!

Entonces el coronel tuvo una reacción. Al preocuparse por los aparatos de la escolta, Frank se había visto obligado a descuidar su vigilancia. Y había enfundado la pistola atómica en el cinto de su uniforme.

Con un gesto rápido, y antes de que Frank se diese cuenta, el coronel se la arrancó.

—¡Maldito espía, vas a pagar tu traición con la vida! —gritó.

El joven contraatacó fulminantemente. No tenía tiempo de volver su arma contra la pistola para impedir su funcionamiento, pero sí lo tuvo para arrojarse contra su enemigo con todo el peso de su cuerpo, evitando la bala que fue a chocar contra uno de los cristales inastillables de la cabina.

Entonces empezó un formidable cuerpo a cuerpo, sujetando Frank la muñeca del coronel para impedirle que efectuara nuevos disparos. La estrechez del recinto impedía libertad de movimientos a los dos hombres y la lucha era más bien un furioso forcejeo que un verdadero combate a puñetazos. Se imponía más la flexibilidad de los músculos que el peso y violencia de los golpes.

Los aparatos de la escolta aprovecharon la situación para lanzarse al ataque a placer. Una granizada de balas se estrelló contra el helicóptero del coronel y algunas de ellas penetraron a la cabina, afortunadamente sin destrozar nada esencial de los mandos. El aparato seguía volando normalmente, ajeno a la lucha que se desarrollaba tanto en su interior como desde fuera.

De pronto, Frank notó que su enemigo cedía en su tremendo esfuerzo por dominarle. Vio que se doblaba todo lo que el espacio permitía y notó sangre en su costado izquierdo. Una de las balas le había atravesado, destrozándole el corazón. El coronel estaba muerto.

El joven no perdió ni un segundo. Tomó de nuevo su arma secreta y actuó inmediatamente contra sus enemigos. Aquel que ofrecía mayor peligrosidad, fue el primero en precipitarse al vacío.

Siguió otro. Los demás trataron de separarse, no comprendiendo la causa de la caída de sus compañeros, ya que no habían podido apreciar reacción alguna por parte de las ametralladoras del helicóptero del coronel.

Pero Frank no les dio tiempo a que aclarasen el misterio. Esta vez le era necesario que ninguno de los aparatos pudiese regresar a su base, porque de hacerlo podría malograrse su misión. Antes les dio una oportunidad y no quisieron aprovecharla; ahora, era ya tarde.

Uno a uno, los tres aparatos que quedaban fueron abatidos. En él último momento intentaron reanudar el ataque, pero sin éxito alguno. Y Frank se vio por fin volando solo, con el cadáver del coronel a su lado.

—Ahora no me es ya necesaria su compañía —se consoló—. Como no ha sido modificada la indicación de ruta del helicóptero, él solo me llevará a mi destino.

Abrió una de las portezuelas del aparato y lanzó por ella el cuerpo del coronel.

—Siento tenerlo que hacer, pero no me puedo presentar en el cuartel general con un cadáver a bordo. La guerra tiene cosas así. Después de todo, yo lucho por la buena causa y ni siquiera he sido yo quien le ha dado muerte.

El helicóptero iba ganando terreno cada vez más hacia oriente. El viaje se hacía largo, pese a la velocidad que se conseguía por el sistema de motores atómicos.

—Me estoy metiendo en el corazón de Rusia —se dijo Frank—. ¡Vaya viajecito, si luego resulta que Lizzy está en Francia o sus proximidades!

El solitario castillo sé vislumbró en la lontananza y Frank comprendió que allí estaba el fin de su viaje al ver que el helicóptero empezaba a perder altura y tomaba la recta de la antigua edificación.

—No está mal el lugar. Bueno, Frank: mucho cuidadito, que ahora van a empezar tus dificultades en serio. Aquí no te valdrá el cuento de que vienes en sustitución de otra persona.

Realizó un profundo estudio de la situación, sacando las consecuencias de que no le convenía en absoluto meterse en la boca del lobo de buenas a primeras.

—Ahora ya sé dónde se halla Iruschov. Será mejor que aterrice fuera y penetre en la madriguera cuando me parezca la situación más propicia. Entretanto, si algún aparato o vehículo abandonan el lugar lo derribo sin contemplaciones y tengo así la seguridad de que Iruschov no se ha movido.

Quitó la aguja indicadora de ruta y puso la palanca de dirección a voluntad. Eligió en las inmediaciones del castillo un paraje abrupto y fue a tomar tierra en él. No encontró un espacio suficientemente llano y estuvo a punto de estrellarse. Pero resistió el choque y pudo finalmente abandonar el helicóptero sin novedad.

—Ahora es preciso que me oculte. No tardarán en salir en mi búsqueda, puesto que no hay duda que me han visto. No me ha sido posible evitarlo, porque de otro modo nunca hubiese llegado a saber el lugar de mi destino.

Estaba en lo cierto. Desde la fortaleza avistaron al helicóptero y lo reconocieron como el del coronel Oblonski. Y al darse cuenta de su extraño aterrizaje, cundió la alarma.

Un destacamento salió para localizarlo. Lo encontraron maltrecho por el choque contra el suelo y con las visibles señales de combate en toda su estructura. Lo que no pudieron localizar fue su ocupante. Frank había encontrado un buen refugio entre las quebraduras del terreno y allí permaneció oculto mientras duró la investigación de los soldados.

—Podrán pensar muchas cosas —meditaba—. Una de ellas, que el coronel halló la muerte por el camino y cayó al espacio, lo cual será cierto, y que como consecuencia de la lucha se modificó ligeramente la dirección y el helicóptero ha aterrizado aquí sin tripulante alguno, lo cual no lo será tanto.

Esperó el resto del día. Afortunadamente llevaba algunas reservas de alimentación sintética, que se llevó de Nueva York y que había tenido cuidado de guardar en los bolsillos de su guerrera cuando se puso el uniforme. Frank nunca fue partidario de la alimentación sintética; pero, por desgracia, en su vida aventurera, se había visto precisado a usarla más de lo que hubiese deseado.

—A mí que me den una buena chuleta asada para tirar de ella —

solía decir.

Sin embargo, aquel día estaba muerto de hambre y encontró excelentes las diminutas pastillas concentradas.

Por la noche se decidió a actuar. Se acercó a la fortaleza con enorme cautela, pero pronto se dio cuenta que su intento no podría realizarse. Grupos armados patrullaban por el exterior y toda la muralla del recinto estaba iluminada por potentes focos que lo harían visible instantáneamente apenas entrase en su radio de luz.

Excesivamente arriesgado. No porque tuviese miedo a lo que allí le pudiese ocurrir, sino porque necesitaba capturar a Iruschov si pretendía llevar a cabo su misión de salvar a Lizzy y comprendía que sus enemigos le darían caza mucho antes de haber conseguido nada positivo.

Decidió volver a su refugio.

—Otro día perdido —murmuró—. Éste lo paso, pero mañana por la noche he de resolver la papeleta. Se presente como se presente. Tal vez las precauciones adoptadas sean menores.

Y pasó otro día de angustia metido en parte en su refugio, y en otra observando la fortaleza. Tuvo la satisfacción de constatar que, por lo menos, nadie salía de allí. Iruschov seguía en su puesto, que era lo interesante para Frank.

Capítulo VII

Iruschov no se movía de la fortaleza, pese a lo necesario que le era inspeccionar personalmente los preparativos que se efectuaban en la costa atlántica, porque estaba pendiente de las reacciones de Lizzy.

La joven había tragado ya su tercera dosis de la funesta droga y sus tremendos efectos empezaban a notarse. Pidió un médico, alegando que se encontraba enferma, y fue el propio Iruschov quien acudió a visitarla, acompañado de Ramur que se había convertido en su sombra, temeroso de que nuevamente fuese empleada la violencia con la muchacha.

El salvaje se mantenía firme en su pasión y reclamaba constantemente al tirano el cumplimiento de su promesa. Iruschov había pretendido distraerle ofreciéndole una visita a las grandes ciudades occidentales, llenas de hermosas mujeres, cuya belleza ponderaba hasta el límite. La respuesta de Ramur era siempre la misma.

—Ramur visitará las ciudades cuando se lleve a la joven. Mientras, no se moverá de aquí.

Por su parte, Iruschov hubiese ya procedido contra el príncipe prehistórico; le retenía el temor de que alguno de sus jefes reclamase su presencia, y al no poderla hacer efectiva se produjese una rebelión general de los Hombres de las Nieves, que sería de incalculables consecuencias. Se veía obligado, por lo tanto, a apechugar con Ramur y sus caprichos.

Encontraron a Lizzy muy abatida. No era ya aquella joven retadora que dos días antes desafió a Iruschov hasta el último momento. En su rostro se reflejaba una mueca de angustia y tenía la cabeza inclinada hacia el pecho y la vista fija en un punto indeterminado del suelo.

Levantó la vista al entrar sus visitantes, pero no efectuó el menor gesto de inquietud ni de asombro. Los miraba como si no los

conociera y como si ni siquiera le importase su presencia.

—¡Los efectos de la droga están en plena actividad! —pensó Iruschov, radiante, al contemplar el estado de la infeliz muchacha—. ¡Ahora conseguiré lo que quiera! ¡Carecerá de voluntad para resistirse!

Súbitamente, Ramur le agarró por el uniforme.

—¡Tú has maltratado otra vez a la joven! —gritó furioso.

—¿Eli?… No, Ramur. Fíjate en ella. ¿No ves que está enferma?

—Tienes medios para curarla, como hiciste con los guerreros de mi tribu. ¿Por qué no la curas?

—Es lo que he venido a hacer, pero tú no me lo permites. Suéltame y verás como ella no se muestra disgustada. Otra sería su actitud si la hubiese maltratado como supones.

Aquellas palabras parecieron convencer al salvaje, porque soltó a Iruschov, quien, amablemente, se dirigió a Lizzy:

—¿Cómo se encuentra, señorita Ralston?

Ella había estado contemplando la pequeña escena de violencia sin que su impasibilidad cambiara en lo más mínimo. Contestó a la pregunta de Iruschov:

—Mi cabeza… Siento como si una argolla de hierro me aprisionase el cerebro. ¿Es usted el médico?

—Soy su amigo y esto basta. ¿Verdad que no siente ninguna aversión hacia mí?

—¿Por qué habría de sentirla? ¿Me ha causado usted algún daño? Yo, por lo menos, no puedo recordarlo.

—He venido a ayudarla, señorita Ralston. ¿No le gustaría hablar con su padre?

—Mi padre… ¡Oh! Si… Tal vez le pareceré tonta, pero me había olvidado dé él. ¿Dónde está mi padre?

—Su padre, el profesor Ralston, se encuentra en un apuro, señorita. Usted puede ayudarle a solucionarlo, rogándole que entregue determinados trabajos que yo le indicaré. Esta noche le pondré en comunicación con él. ¿Tendrá inconveniente en secundar mi interés en que todo se resuelva favorablemente?

—Haré lo que usted me pida. Siento ya verdaderos deseos de hablar con mi padre y ayudarle.

El éxito de la droga no podía ser mayor. Cierto que había costado convertir a la desgraciada joven en una autómata, casi una

demente, pero esta circunstancia no preocupaba en absoluto a Iruschov. ¡Lo importante era que ahora, sin coacción visible alguna, Lizzy pediría a su padre la entrega del codiciado invento y el viejo profesor se hallaría ante uno de los más cruentos dilemas de su vida!

Ramur se había apaciguado. Aunque no entendía las palabras que se cambiaban entre Iruschov y la Joven, se daba cuenta de la cordialidad existente entre ambos, confirmándose por lo tanto las manifestaciones del ruso de que no se había producido violencia.

—¿Comprendes ahora que la joven está enferma? —le preguntó Iruschov, en su dialecto.

—Sí, y nuevamente te requiero para que la cures.

—¿Cómo voy a dejar de hacerlo sabiendo lo mucho que te interesas por ella tú, mi mejor amigo? —Luego, dirigiéndose a Lizzy, repuso—: Ahora, descanse y no piense en nada, señorita; le hará mucho bien. Por la noche volveré a visitarla.

Salieron de la habitación. Iruschov iba a cerrar con llave, como de costumbre, cuando Ramur se opuso.

—¿Por qué la encierras? ¡Ella no es una prisionera!

—Tú siempre estás en lo cierto, Ramur. Toma, te entrego la llave para que veas mi buena fe.

Dejó la puerta entornada para inspirar mayor confianza al salvaje. En realidad, ya no era necesario encerrar a Lizzy. La joven podía circular libremente por el castillo si se le antojaba, con la completa seguridad de que no realizaría el menor intento para fugarse, a menos que alguien se lo sugiriese intencionadamente. ¿Y quién iba a sugerirle una fuga en aquel tenebroso antro?

Cursó órdenes al personal para que nadie molestara a Lizzy, deteniéndola solamente en el caso extremo de que tratase de escapar. Luego se preocupó por los acontecimientos del día, el más importante de los cuales era el no aclarado misterio del helicóptero del coronel Oblonski.

Desde Francia le indicaron que la salida de Oblonski y su escolta se había efectuado con toda normalidad. Luego se le notificó el encuentro de los aparatos estrellados contra el suelo, y el del propio cuerpo del coronel. No tuvo medios de aclarar lo ocurrido y se limitó a dar las órdenes de vigilancia en torno al castillo, especialmente por la noche.

Las fuerzas de invasión estaban ya preparadas y dispuestas a partir hacia América cuando se diese la orden. La operación no podía demorarse excesivamente, ya que de lo contrario fallaría el factor sorpresa, que era uno de los más valiosos, pero Iruschov quería ponerse en contacto con Ralston antes de dar la orden definitiva. Sus servicios de espionaje le habían informado detalladamente de la famosa arma denominada «Rayo de la muerte» y temía abocarse a un catastrófico fracaso si no conseguía por lo menos la seguridad de que tal arma no entraría en acción. En última instancia, se proponía pedir al profesor que retrasara la entrega de los últimos planos, amenazándole con dar muerte a su hija si no le obedecía.

Por la noche intentó ponerse en contacto con Nueva York. Había establecido con su red de espías una hora determinada, en la que ambas partes estarían atentas a cualquier llamada. No obstante, pese a sus reiterados intentos, no obtuvo contestación. Mascullando juramentos y maldiciones, tuvo que aplazar la situación hasta el día siguiente.

Fueron veinticuatro horas de nerviosa vela de armas. Constantemente llegaban a la fortaleza avisos de que todo estaba dispuesto y que se esperaba sólo la orden de iniciar el asalto. Iruschov temía que si no la daba, se exponía a perder el prestigio ganado entre sus generales y que alguno de ellos podía llevar su audacia hasta intentar un golpe de fuerza para derribarlo.

Pero, por otro lado, estaba la amenaza de la terrible arma de efectos desconocidos, que si entraba en acción y destrozaba a sus vanguardias podía ocasionar una revolución interior que daría al traste con sus sueños. Y mientras él se veía forzado a esperar, sus enemigos debían estar avanzando a pasos agigantados en la terminación del «Rayo de la muerte». El dilema, para Iruschov, era tremendo.

La única noticia buena que recibió durante el curso de aquel día fue que nada anormal se había producido en torno a la fortaleza. Por lo menos, parecía seguro que nadie intentaba atacarle directamente en su propio cubil. No obstante, ordenó que continuasen las precauciones.

Lizzy se había aprovechado de la libertad relativa para circular por el interior del castillo. Los centinelas la vieren deambular por

los salones y pasadizos, andando como una autómata, sin rumbo fijo, deteniéndose a veces para admirarse de cualquier nimiedad. Como había orden de no molestarla, nadie se preocupó por ella.

Por la noche, Iruschov la llamó.

—Espero que hoy podrá hablar con su padre, señorita —le dijo.

—Tengo muchos deseos de hacerlo —contestó la joven—. Y de decirle todo cuanto usted me indique, ya que me asegura que será en beneficio suyo.

—Sólo una cosa ha de decirle: recuérdelo bien. Que entregue los planos de cierta arma que está construyendo, o que en el peor de los casos los destruya.

—¿Por qué quiere usted que se destruyan esos planos?

—Porque de lo contrario me ocasionarían a mí un gran perjuicio. Y usted no quiere que se me perjudique, ¿verdad?

—¡Naturalmente que no! Usted es un buen amigo mío.

—Pues venga conmigo. Dentro de pocos minutos hablará con su padre.

Penetraron en la estancia donde se hallaba la instalación radiotelevisora. Iruschov tenía la seguridad de poder hablar aquel día con sus satélites de Nueva York. Cabía la posibilidad de que la noche anterior, por cualquier circunstancia imprevista, hubiesen abandonado la vigilancia; pero dos noches seguidas le parecían a Iruschov un descuido demasiado grave, que sus agentes no se atreverían a cometer, temerosos de las consecuencias.

Para dar mayor visibilidad a la pantalla, Iruschov atenuó la luz de la estancia, Y dio comienzo a las manipulaciones para la entrada en contacto. Lizzy estaba junto a él, esperando el momento de poder hablar. En cuanto a Ramur, que había penetrado con ellos en la habitación, se mantuvo algo apartado, limitándose a no perder de vista a Iruschov y a Lizzy.

Ramur seguía desconfiando de aquellas pantallas que de pronto se iluminaban y aparecían en ellas seres que se movían y hablaban, desapareciendo después misteriosamente. Podían mucho más sus primitivas supersticiones que las explicaciones que le había dado Iruschov para tranquilizarle, explicaciones que, por otra parte, el salvaje no había asimilado en absoluto. Por esto procuraba mantenerse a distancia y siempre en tensión, dispuesto a entrar en lucha al menor síntoma de alarma.

Los esfuerzos de Iruschov para establecer contacto resultaban vanos. La emisora clandestina de Nueva York se mostraba tan silenciosa como el día antes.

—Esperaremos unos minutos y volveremos a llamar —dijo a Lizzy—. ¿Recuerda usted bien lo que tiene que decir?

—Convencer a papá de la importancia que tiene para él la anulación de su trabajo y de las desgracias que podrían sobrevenirle si no lo hace —contestó la aleccionada joven.

—Bien, ahora intentaremos de nuevo comunicar.

Y en el preciso momento en que Iruschov se disponía a hacerlo, sonó una voz en la puerta de la habitación:

—¡Deja esto, miserable! ¡Ríndete y entrégame a Lizzy, o va a llegar el último minuto de tu traidora vida!

Frank Costain estaba allí, adentrándose con paso lento en la estancia y apuntando a Iruschov con una pistola atómica.

* * *

Aquella noche era la que Frank había elegido para entrar en la fortaleza, costase lo que costase. Salió de su refugio entre las peñas y se aproximó al recinto fortificado, pudiendo apreciar que las precauciones no habían sufrido sensible variación.

—De todos modos he de hacer algo para meterme ahí dentro —se dijo—. No puedo esperar indefinidamente, exponiéndome a que le suceda algo irreparable a Lizzy. Si no fuese por estos reflectores… La oscuridad me permitiría intentar algo con probabilidades de éxito.

Y entonces se le ocurrió la idea.

—¡Cielos, qué tonto he sido! Ayer mismo lo pude hacer. La electricidad de estos focos se produce por medio de energía atómica, y por lo tanto puedo intentar apagarlos mediante mi pequeña pistola… No es seguro que lo consiga, pero nada pierdo probándolo. Es muy posible que cada uno de los focos tenga su propio mecanismo especial de producción de corriente, en cuyo caso mi intento será un éxito.

Se acercó al recinto todo lo que le permitía la iluminación sin riesgo de ser descubierto. Entonces sacó su pequeño aparato y apunto a uno de los focos, el más cercano al lugar donde se hallaba. Surgió el pequeño chorro luminoso y el foco se apagó casi

instantáneamente. ¡Había tenido éxito!

Un sector de la muralla quedó a oscuras. Los servidores del foco se movilizaron para averiguar las causas de la avería, sin poderlas determinar. Sólo una cosa apareció como cierta: el foco no presentaba la menor señal de violencia y por lo tanto debía desecharse la idea de una agresión exterior. Era simplemente una avería; inexplicable, pero avería en definitiva.

Frank ganó terreno, aproximándose a una poterna del muro que recala en el sector oscurecido. Había estudiado el paso de las rondas y calculó que transcurrirían unos diez minutos sin que nadie apareciese por allí. No tenía más que enfrentarse con el centinela exterior.

El hombre, al quedarse a oscuras, intensificó su vigilancia. Vio una sombra que avanzaba hacia él y preparó su arma.

—¡Alto! ¿Quién va allá?

—Silencio, si no quieres morir —le contestaron.

El centinela no permaneció inactivo. Al tiempo que daba el alto preparaba ya su arma, dispuesto a disparar. Vio una tenue luz que se dirigía hacia él y pensó que era un disparo de su enemigo Pero al no sentirse tocado, apretó el gatillo de su arma atómica, y, con gran sorpresa, comprobó que el tiro no surgía.

Frank, en un par de saltos, se situó a su lado y le apuntó con una pistola.

—Si quieres morir, no tienes que hacer más que alzar un poco la voz —le dijo.

El hombre estaba asustado de verdad. Más que por la presencia de su enemigo, por el hecho insólito de haber podido éste paralizar su arma. Los medios de lucha desconocidos aterran siempre, aunque todos ellos no tienen mayor finalidad que el más primitivo conocido: causar la muerte.

—Me… me rindo —articuló el centinela en voz baja—. Pero no me mate.

—Eres sensato y vivirás si obedeces por entero mis órdenes.

—¿Qué pretende usted de mi?

—Entrar en la fortaleza y tener una amable charla con Iruschov. Tú me acompañarás a sus habitaciones.

—Yo… yo no sé dónde se encuentra…

—Entonces, prepárate a morir.

—¡No! —exclamó el centinela—. Yo le acompañaré, aunque luego tengan que castigarme… Intentaré huir, si usted me lo permite…

—Baja la voz y empieza tu cometido. ¿Qué hay al otro lado de esta poterna?

—Un patio interior y al fondo el cuerpo de guardia. Estando oscuro, lo podremos atravesar sin ser vistos.

—Adelante, pues.

Penetraron en el patio y avanzaron pegados al muro, procurando no ser vistos desde el cuerpo de guardia, caso de que alguien estuviese atento desde allí. Por fortuna, la principal preocupación de todos estaba cifrada en la famosa avería y pudieron alcanzar el edificio principal sin ser observados.

—Le advierto que pronto notarán mi desaparición de la poterna —dijo el centinela—. No respondo de lo que pueda ocurrir entonces.

—Ni falta que hace. Cuando esté yo charlando con mi amigo Iruschov, él mismo se encargará de que nadie se acerque a interrumpirnos, Tengo razones muy convincentes.

Y Frank mostró la pistola atómica que llevaba en una mano y la pequeña contra la energía atómica en la otra, ambas prestas a actuar al menor contratiempo.

—Procura que no tropecemos con nadie en el trayecto —añadió Frank—. Si hay jaleo, tú serás la primera víctima.

—Iremos por los pasadizos de servicio. En estas horas no es fácil encontrar nadie en ellos. A nosotros, los soldados, nos está prohibido entrar en las habitaciones del palacio, en las que existe una guardia especial. Tal vez se vea forzado a luchar con algún centinela.

—Es cuenta mía. Tienes experiencia propia en el modo de cómo elimino a los centinelas.

Salieron a una antesala en la que había un hombre dé guardia.

—Es la antesala del despacho del general —explicó el acompañante de Frank—. Este hombre pertenece a su guardia.

El guardián se dio cuenta de la aparición de los otros dos y echó mano a su arma.

—¿Qué buscan aquí? ¿No saben que está prohibido entrar en estas habitaciones?

Frank había ya inutilizado el arma de su nuevo enemigo, detalle que comprobó éste al apretar el disparador viendo que los otros en vez de retroceder avanzaban amenazadoramente hacia él.

—No se esfuerce, que el armatoste no funciona —le dijo Frank —. Pero el mío sí. ¿Se da cuenta de lo que puede ocurrir si se pone tonto?

La misma impresión de terror que se había apoderado antes del centinela de la poterna al comprobar la inutilización de su arma, se apoderó ahora del de la antesala al observar los mismos efectos.

—Anúncieme al general. ¡Pronto!

—No… no está ahora en el despacho.

—Lléveme adónde esté. ¡No puedo perder ni un segundo!

—Está en la cámara radio-televisora, al final dé este pasadizo… Con él se halla la señorita…

—¿La señorita? —exclamó Frank, jubiloso—. ¿Tengo tanta suerte que la encontraré aquí mismo?

No quiso saber más. Abrió el despacho de Iruschov e hizo penetrar en él a sus dos prisioneros.

—Ahora me veo forzado a poneros fuera de combate, muchachos. Supongo que preferiréis esto a una bala.

Aplicó sendos culatazos detrás de la oreja a los dos hombres y los dejó sin sentido en la habitación. Luego salió, cerrando y guardándose la llave.

Siguió por el pasadizo que le indicó el guardia de la antesala, hasta que dio con la cámara radio-televisora. Desde la puerta vio a Lizzy e Iruschov, cuyas siluetas se destacaban frente a la iluminada pantalla, en la penumbra del resto de la habitación. Reconoció al tirano por haber visto muchas fotografías suyas.

Y se adelantó hacia el centro de la cámara, empuñando sus dos armas. Iruschov quedó atónito, ignorando quién podía ser aquel desconocido que había conseguido penetrar hasta allí y le amenazaba con sus pistolas. Lizzy le reconoció al acto y en su rostro se manifestó una expresión de alegría:

—¡Frank! —exclamó.

Iba a correr hacia él, cuando Iruschov la contuvo, cogiéndola del brazo.

—¿Qué va a hacer, señorita Ralston? ¿No comprende que ese hombre es un enemigo?

—¿Un enemigo? ¿Frank un enemigo? —La joven parecía vacilar entre sus sentimientos y la pérdida dé voluntad que la droga habla causado en su cerebro. Y de pronto, exclamó—: ¡Cuidado. Frank!

El grito de aviso llegó tarde. Frank, atento a la joven y a Iruschov, no se había dado cuenta de la presencia de un tercer personaje en uno de los ángulos de la habitación. La escasez de luz hizo el resto. Y Ramur se había levantado repentinamente, adivinando el peligro. Se abalanzó sobre Frank al tiempo que éste se volvía, advertido por el grito de Lizzy.

Un manotazo del monstruo hizo saltar la pistola y otro golpe derribó a Frank por el suelo. Ramur iba a lanzarse sobre él para rematarlo, destrozándolo entre sus fornidos brazos, pero Iruschov se lo impidió.

—¡Cálmate, Ramur! Sujétalo nada más, pero no le causes daño de momento. Ya tendremos ocasión de darle su merecido. Quiero saber cómo ha podido llegar hasta aquí.

Frank se había medio desvanecido a consecuencia del golpe. Cuando se recobró estaba inmovilizado, sujeto por los terribles brazos del salvaje y comprendió que todo esfuerzo por desasirse sería vano. Además, ahora era Iruschov quien le apuntaba a él. Las tornas habían cambiado.

—¿A qué ha venido usted aquí? —le preguntó el ruso.

—¿Será preciso que se lo diga? —contestó Frank, con ironía—. A rescatar a Lizzy. Y no esté aún seguro de que me marche sin ella.

—De lo que debe estar usted seguro es de que no sé marchará… por lo menos con vida. En cuanto a la señorita Ralston, debo advertirle que si está aquí es por su propia voluntad.

—Le sabía cínico, Iruschov —repuso el joven—. Pero no hasta este extremo.

—¿Duda de mis palabras? La misma señorita Ralston puede confirmárselas —Iruschov se volvió hacia Lizzy—. Dígale la verdad a ese loco, señorita; ¿no es cierto que se halla entre nosotros por su propia voluntad?

—Así es, en efecto. Nadie me ha obligado a venir.

—¿Para qué está con nosotros?

—Para salvar a mi padre y hacerle comprender que ha de destruir su último invento.

Iruschov señaló a Frank.

—Y en cuanto a ese loco que ha venido a atentar contra mí, su mejor amigo, ¿qué castigo cree que le debemos aplicar?

—¡Oh! La más terrible de las penas —contestó la muchacha con decisión.

Frank no comprendía absolutamente nada. Le era imposible creer que Lizzy actuara de aquel modo, pero lo estaba viendo y era preciso rendirse ante la realidad.

—¡Lizzy! —exclamó, desesperado—. ¡Lizzy! ¿Es que ya no me reconoces a mí, a Frank? ¿A tu amigo? ¿Al amigo de tu padre?

—Usted fue mi amigo, pero ya no lo es. Sus malignas intenciones al venir aquí, han roto nuestra antigua amistad. ¡No quiero verlo! ¡Que lo saquen de mi presencia cuanto antes!

Iruschov sonreía con expresión de triunfo.

—Ya ve cuán equivocado está, amiguito. Y no olvide que los errores se pagan siempre.

Algo ocurría. Algo que Frank no podía adivinar y que forzaba a Lizzy a comportarse de aquel modo. Estudió detenidamente el rostro de la joven y vio su extraña expresión. ¡No, aquélla no era la Lizzy de antes! ¡Alguna siniestra coacción pesaba sobre su voluntad, forzándola a traicionar sus verdaderos sentimientos!

De pronto, Frank adivinó la verdad. Mejor dicho, se estremeció al creer haberla adivinado. ¡La droga! ¡El terrible veneno que aniquilaba la voluntad de los infelices a quienes se les suministraba, y contra el cual no había cura posible! ¡Si era cierta aquella suposición, la pobre Lizzy se vería condenada a vagar toda su vida, a merced del primero que consiguiese apoderarse de su mente! ¡No, no podía ser! ¡Era demasiado terrible!

Realizó un supremo esfuerzo y consiguió desasirse de los brazos que le atenazaban. Se abalanzó contra Iruschov, sin importarle la pistola que éste empuñaba.

—¡Miserable! ¿Qué has hecho de esta desgraciada joven?

No pudo andar más. La reacción de Ramur, al notar que la presa se le escapaba, fue inmediata. Un fuerte puñetazo a la cabeza, que por fortuna no le dio de pleno, le tendió en el suelo perdido el conocimiento.

Pocos minutos más tarde se hallaba encerrado en una lóbrega mazmorra del viejo castillo, sin que hubiese recobrado aún la noción de las cosas.

—Mañana se le juzgará sumarísimamente y le será aplicada la sentencia que recaiga —anunció Iruschov—. No se pueden tener contemplaciones con los espías.

Lizzy escuchó estas palabras con la mayor indiferencia.

CAPÍTULO VIII

El profesor Ralston entregó al director de la fábrica de material de guerra el plano de los últimos mecanismos que debían hacer funcionar el «Rayo de la muerte».

—El conjunto puede ya apreciarse —explicó Ralston—. Por su estructura, el arma se asemejará a los lanzallamas de las guerras del siglo XX

. Sólo que el chorro de fuego que brote de ésta tendrá potencia suficiente para derretir instantáneamente cualquier elemento que se le enfrente. Los tanques, aviones, o cualquier otra arma de guerra se convertirán al momento en masas en estado de fusión, ocasionando la muerte a todos sus tripulantes, si los llevan. También podrá emplearse contra edificios, en cuyo caso sufrirán la misma suerte y con ellos todas las personas que los habiten.

—¿No ha pensado usted que si esta arma cayese en manos de personas criminales, sus efectos serían catastróficos? —comentó el director de la fábrica.

—Peores que las antiguas bombas nucleares —repuso Ralston—. Porque aquéllas sé lanzaban hasta cierto punto al azar, mientras que ésta se dirigirá al objetivo sin posibilidades de error. Un destacamento de hombres armados con el «Rayo de la muerte», puede abrirse fácilmente camino en cualquier frente de batalla, pulverizando a todo lo que sé oponga y sin la menor posibilidad de reacción por parte del enemigo. Basta dirigir el chorro contra una trinchera o fortificación para que desaparezca todo signo de vida en su interior. El Alto Mando, por indicación mía, está ya preparando a un grupo de hombres de fidelidad a toda prueba, que serán los primeros a quienes se confíen estas armas. Si todo responde, su terminación es cuestión sólo de horas.

Sé trabajó a marchas forzadas para poder entregar las primeras armas en el plazo señalado. Entretanto, una expedición científica

había salido rumbo al Himalaya, donde se hallaban las minas del famoso metal descubierto por Ralston y que era imprescindible para el funcionamiento del «Rayo de la muerte».

Pero todo podía efectuarse con inusitada rapidez. Los aparatos de la expedición llegarían en pocas horas al Himalaya y aterrizarían exactamente en el lugar donde estaban los yacimientos, que Ralston cuidó de indicar sobre un mapa con toda precisión. Al cabo de otras pocas horas los primeros envíos de metal estarían ya en América.

Los hombres que habían de usar el «Rayo de la muerte» estaban ya preparados, y seguramente antes de que transcurriese otro día tendrían ya uno en sus manos y en perfectas condiciones de funcionamiento.

Sin sospecharlo, estaban ganando por la mano a Iruschov. El profesor se sentía satisfecho, especialmente desde la partida de Frank. Confiaba plenamente en el joven explorador y tenía la seguridad de que conseguiría rescatar a su hija. Muy distinto habría sido su estado de ánimo de haber conocido la verdadera situación en el remoto castillo donde se hallaba instalado el cuartel general de Iruschov.

* * *

Frank pasó todo el día siguiente encerrado en su calabozo. El juicio sumarísimo no se había realizado porque Iruschov se tuvo que ausentar para inspeccionar las fuerzas preparadas para el gran asaltó a América, y él era quien debía presidir el simulacro de tribunal contra el joven.

Frank ignoraba todo esto y, en realidad, no le importaba nada. Pasó todo el día sentado sobre el montón de paja que le servía de lecho, con la cabeza entre las manos y tratando de poner orden a sus pensamientos.

Una sola idea le dominaba, martirizándole, e imposibilitándole de fijar su atención en otras cosas: él estado de Lizzy. Aquella especie de idiotez, rayana en la demencia, de la que ya no podría librarse jamás. Al pensar en esto, todas sus ansias de lucha se desvanecían y comprendía que le tenía ya sin cuidado todo cuanto pudiese ocurrir.

—Lizzy —murmuraba de vez en cuando, saboreando el nombre —. Te han convertido en una loca; en un ser infeliz que ni siquiera

se enterará de que está en el mundo… Y todo esto, ¿por qué? ¡Para satisfacer la ambición del poder de ese monstruo, mucho más feroz que la horda de salvajes a los que manda!

Muchas veces, durante el curso de aquel día, sintió que las lágrimas le rodaban por las mejillas. Le entraron un pan y un jarro de agua, que ni siquiera tocó. Había perdido el apetito. Comer… ¿Para qué? No tardarían en fusilarlo, sin ninguna clase de dudas.

Por la noche se abrió por segunda vez la puerta de su calabozo. Frank ignoraba la hora que era y el tiempo que había transcurrido. No se preocupó por levantar la cabeza para mirar al que entraba.

Y de pronto, alguien se echó en sus brazos, sollozando:

—¡Frank! ¡Frank!

Se levantó de un salto, como si hubiese tenido un resorte en las piernas.

—¡Lizzy! —exclamó, admirado—. ¡Lizzy! ¿Es posible? ¿Estás bien?

—Tan sana como lo puedas estar tú, Frank. Ven; voy a sacarte de aquí.

Lizzy estaba emocionada, pero se esforzaba en dominarse seguramente porque la situación no admitía demoras. Frank quiso saber más.

—Pero, Lizzy; y… ¿y la droga?

—No tragué ni un miligramo.

—Entonces, tu actitud de ayer…

—Fue pura comedia, necesaria para que no sospecharan de mí. Te habías metido en un mal paso, Frank, y no viste a Ramur que iba a echarse encima tuyo. Quise advertirte, pero no llegaste a tiempo de anticiparte al ataque. Entonces tuve que seguir fingiendo para poder salvarte. Gracias a mi aparente idiotez, se me permitía circular libremente por el recinto.

Mientras hablaban, ambos jóvenes iban avanzando con cautela por el pasadizo de los calabozos. Lizzy entregó un arma a Frank.

—Toma esta metralleta. Puede hacernos falta.

—Eres la muchacha valerosa que yo siempre admiré, Lizzy.

Encontraron a un hombre tendido al pie de la escalera que desde el final del pasillo ascendía hasta el nivel del patio.

—¿Qué hace aquí ese hombre? —inquirió Frank.

—Es el centinela de los calabozos. Tuve que eliminarlo por dos

razones: porque me estaba vedado penetrar aquí, y porque él guardaba las llaves.

—¿Cómo conseguiste hacerles creer que tomabas la droga, Lizzy? Me tienes impaciente.

—Vayamos subiendo entretanto. Iruschov puso la droga en el café. El primer día estuve tentada de tomarlo, aunque me extrañó la novedad, pues en las comidas anteriores no me lo habían dado. La Providencia me inspiró, y en última instancia decidí tirarlo. Papá me había hablado algunas veces de esa droga, que se suministraba disuelta en alguna bebida sin cambiarle el sabor. Fui tirando el café consecutivamente y aparenté encontrarme mal para ver cómo reaccionaba Iruschov. Tuve suerte. Llegué a temer que hubieran instalado algún aparato televisor en mi habitación y que todo se frustrara, pero no fue así. Entonces seguí la comedia y ya ves el resultado.

Habían llegado al final de la escalera. En el patio no se divisaba ninguna sombra que hiciese sospechar que el enemigo estuviese alerta.

—He preparado un helicóptero con comida y armas de reserva. Sígueme.

Frank fue siguiendo a la muchacha sin dejar de estar alerta al menor movimiento sospechoso. Pero en el patio no se veía ningún soldado. El detalle no fue muy del agrado de Frank.

—No sé porque, Lizzy, pero me hubiese gustado más tener que habérmelas con un grupo de enemigos. Tanta soledad empieza a escamarme.

—Tal vez tengas razón. Sin embargo, mientras nos permitan llegar a las inmediaciones del helicóptero, ya tenemos bastante. Por otra parte, esta falta de movimiento puede deberse a que Iruschov está ausente. Ya sabes que en estos casos la disciplina se relaja un poco.

Andaban junto al muro y dieron la vuelta al edificio para llegar al patio donde se hallaba el helicóptero preparado por Lizzy.

—Hubiese sido más rápida nuestra huida si yo hubiese podido situar el helicóptero a la salida mismo del pasillo de los calabozos. Pero en tal caso tenía que elevarlo y me hubiesen visto.

—Comprendo que has hecho cuanto te ha sido posible, Lizzy. Ahora ya casi no me importaría que apareciesen enemigos. Estamos

llegando.

En efecto, habían doblado una esquina del edificio y la silueta del aparato se destacaba en la penumbra de la noche. Una carrera rápida y estarían a bordo.

Y fue entonces, cuando iban a emprenderla, cuando aparecieron los soldados. Parecía que habían estado controlando todos los movimientos de la pareja, porque echaron a correr hacia ellos sin la menor vacilación.

—¡Los soldados! —gritó Lizzy—. ¡Por allá!

Frank preparó su arma para tirar.

—¡Corre, Lizzy! ¡Entra en el helicóptero mientras yo te protejo!

No era momento para andarse con contemplaciones. Frank empezó a disparar hacia el grupo de hombres. Su entusiasmo y su apego a la vida habían resurgido al ver a Lizzy sana y salva, y en aquel momento se hubiese batido contra todo el ejército de Oriente, incluidos los Hombres de las Nieves.

Cayeron dos o tres soldados. Los demás se dispersaron para no ofrecer tanto blanco a sus tiros y replicaron a su vez. Frank percibió los silbidos de las balas junto a su cuerpo, sin que ninguna de ellas le alcanzase. Mandó una nueva ráfaga a sus enemigos y corrió hacia el helicóptero en el que había subido ya Lizzy.

La portezuela del aparato estaba cerrada, cosa que Frank no comprendió. ¿Cómo se le había ocurrido a Lizzy cerrar, en un momento en que se precisaba no perder un solo segundo?

Y cuando Frank se disponía a abrir apresuradamente, ocurrió algo que se explicó aún menos. El helicóptero empezó a elevarse, dejándole a él en tierra.

—¡Lizzy! —gritó—. ¿Qué haces, Lizzy? ¡Espérame!

Por toda contestación el helicóptero prosiguió su marcha ascendente, quedando Frank a merced de sus enemigos. De momento no supo qué hacer. Llegó a pensar que la historia que le contó la joven era pura fantasía de su trastornado cerebro y que realmente se hallaba bajo los efectos de la fatídica droga. ¿No podía deberse la actitud de Lizzy a una inspiración de sus enemigos?

Una bala que le rozó un hombro le devolvió a la realidad. Y la realidad era que tenía que defenderse si no quería que allí terminasen todas sus preocupaciones. Se echó al suelo y empezó a disparar con rabia. Consiguió hacer morder el polvo a otro soldado,

mientras los demás buscaban posiciones donde parapetarse.

Fue un leve respiro que Frank se decidió a aprovechar para buscar a su vez una posición más conveniente. Hasta aquel momento la oscuridad le había protegido, dificultando la puntería de sus enemigos. Si él tuvo más suerte se debió a que los Otros al ser más numerosos ofrecían más bulto. Pero acudirían más y él, en cambio, no podía contar con la ayuda de nadie.

Echó una mirada en derredor, tratando de descubrir algo que pudiese favorecerle. Hacia el fondo del patio distinguió las sombras de un grupo de helicópteros. ¡Si pudiese llegar hasta ellos!

No lo pensó más. Perdido por perdido, trató de ganar aquella última posibilidad de salvación. Perdida Lizzy de modo tan incomprensible, ningún interés le retenía en la fortaleza, sino que, todo lo contrario, necesitaba escapar de ella para meditar con calma su futuro plan de acción.

Sus enemigos disparaban un poco al azar, ya que su cuerpo pegado al suelo apenas podía distinguirse desde la distancia donde se hallaban ellos. Se levantó de un salto y echó a correr, teniendo cuidado de zigzaguear para tener mayores posibilidades de escapar a las balas.

Llegó al helicóptero sin que le hubiesen acertado. Como es natural, había elegido el más próximo de los varios que se hallaban en aquel lugar. Tiró de la portezuela y se encontró con una sorpresa. ¡En la cabina había un hombre! Aquel helicóptero iba tripulado, y tal vez ocurría lo mismo con los otros que estaban allí cerca.

Frank no se preocupó de comprobarlo. El tripulante del helicóptero había sido cogido de improviso. Tal vez vio correr a Frank hacia él, pero no adoptó a tiempo las debidas precauciones, o tal vez la carrera del joven fue más rápida de lo que otro pudo imaginar. El caso era que entonces estaba desenfundando su pistola del cinto. Frank llevaba su metralleta en las manos y no le dio tiempo para terminar la operación; disparó sin contemplaciones.

Cogió el cadáver por un brazo, tiró de él y lo echó fuera del aparato. Los soldados se estaban acercando a todo correr, en su persecución, chillando como energúmenos. Algunas balas rebotaron en el helicóptero, pero Frank había tenido cuidado de protegerse tras la abierta portezuela. No esperó más; se metió dentro y pulsó el

botón de puesta en marcha.

* * *

Aquel día había sido el señalado para el gran asalto de las fuerzas de Oriente contra el continente americano. Iruschov acudió a la costa para inspeccionar las tropas concentradas; pero una vez allí, los generales de su Estado Mayor le forzaron a una determinación.

Según ellos no era prudente esperar más. Los servicios de información del enemigo acabarían teniendo noticias de los preparativos, si no las tenían ya, y todo el esfuerzo se malograría.

Iruschov tuvo que acceder, de mala gana, para evitar la enemistad de los generales. Ellos no creían demasiado en la potencia del arma secreta que tanto temía el tirano, atribuyendo todo lo que de ella se decía a propaganda del enemigo.

Y la orden de ataque fue cursada. Se desechó el anterior sistema de lanzar grandes bombas dirigidas, porque los servicios de defensa costera de los americanos estaban demasiado bien organizados y se corría el peligro de un nuevo fracaso sin más ganancia que la de dejar adivinar las intenciones propias.

Se emplearía el mismo método de ataque que tan eficaz resultó en Europa. Las vanguardias del ejército asaltante las constituirían los primitivos Hombres de las Nieves, los cuales se encargarían de sembrar el terror entre la población civil de las grandes ciudades al presentarse inopinadamente. Con la gente obstruyendo calles y carreteras en su fuga de los monstruosos enemigos, se dificultarían los movimientos de tropas regulares, todo exactamente igual como había ocurrido en el Viejo Continente. No existía ninguna razón para que en América las cosas se produjesen de distinta forma.

Y las primeras oleadas de aparatos de transporte surcaron el espacio, emprendiendo la ruta a través del Atlántico. Pequeños cazas sin tripulantes daban escolta a los transportes para el caso de que los aparatos enemigos saliesen a su encuentro. Así ocurrió, en efecto, cuando dos horas más tarde el grupo destinado a Nueva York llegó a la vista de la gran ciudad.

No. fue una escuadrilla la que le interceptó el paso, sino un solo aparato que más que de combate parecía ser de reconocimiento. Los jefes de la oleada asaltante pensaron que al distinguirlos, el

minúsculo avión emprendería rápida fuga. Pero en vez de esto vieron con asombro que se dirigía apresuradamente a su encuentro.

Un verdadero suicidio. ¿Qué pretendía hacer aquel pobre avión desarmado, contra la nube que iba a cernirse sobre él? Desde el aparato que dirigía el grupo se hicieron evolucionar los cazas para abatir al ridículo enemigo.

El de reconocimiento continuó acercándose, y cuando las ametralladoras de los cazas sin piloto se disponían a funcionar, inició un ataque que sorprendió a todos. De uno de sus flancos brotó un chorro de fuego que se fue alargando hasta alcanzar la estructura de un caza el cual, al ser tocado, se convirtió en una enorme llama y se volatilizó por completo. No quedó de él ningún rastro.

Rápidamente el chorro ígneo fue al encuentro de otro atacante, que sufrió la misma suerte. No había posibilidad de reaccionar, porque la destructora labor del chorro de fuego era rapidísima. En pocos segundos desaparecieron todos los cazas, convertidos en nubes de humo.

Y la terrible arma destructora empezó a dirigirse contra los transportes sobrecargados de fuerzas de choque. Los Hombres de las Nieves contemplaban con ojos estúpidos la situación, tal vez sin darse cuenta del próximo y terrible fin que les esperaba. No les sucedía lo mismo a los jefes del grupo, quienes adivinaban ahora por qué el pequeño aparato de reconocimiento no había rehuido su encuentro.

Quisieron escapar, pero era demasiado tarde. El chorro de fuego les alcanzaría de todos modos, dada la proximidad del aparato enemigo. Fue una hecatombe sin grandilocuencia; en breves segundos la mortífera arma completó su labor sin que hubiera lugar a producirse las patéticas escenas que preceden inmediatamente a las grandes catástrofes. Los Hombres de las Nieves desaparecieron sin enterarse de nada.

Los jefes se esforzaron en aprovechar los últimos instantes para transmitir a sus bases el informe de lo que estaba ocurriendo. Lo consiguieron a medias. Fue el último impulso, casi mecánico, de la disciplina, y desaparecieron en plena transmisión. Después, nada; el aparato de reconocimiento voló solo, victorioso, por encima de las aguas cercanas al gran puerto de Nueva York.

Idéntico fin tuvieron los grupos que se habían dirigido a las otras grandes ciudades americanas de la costa atlántica. En Boston, Filadelfia, Washington. Baltimore, en todas ellas un pequeño avión de reconocimiento salió al encuentro de los invasores y en pocos segundos acabó con su inmenso potencial.

Aquellos pequeños aparatos iban equipados con las primeras armas secretas, ya terminadas, que salieron de la fábrica. ¡El «Rayo de la muerte» había entrado en acción! ¡El profesor Ralston, con su invento, había salvado a América de una terrible catástrofe!

* * *

Iruschov no esperó a que llegaran noticias de la expedición invasora. Inmediatamente después de haberse puesto en marcha las primeras oleadas de aparatos, emprendió el regreso a su cuartel general, donde confiaba aún poder resolver algunos asuntos de gran importancia.

Su principal obsesión se concentraba en el «Rayo de la muerte», arma sobre la que poseía informes fidedignos, contrariamente a lo que ocurría con sus generales, y temía que el enemigo llegase a tiempo de emplearla en última instancia.

Y pese al fracaso experimentado las dos noches anteriores al intentar ponerse en contacto con sus secuaces de América, no había perdido por completo la esperanza de conseguirlo. Tenía en su poder una carta importante, Lizzy, y estaba seguro de poderla jugar favorablemente un momento u otro.

Llegó a la fortaleza cuando empezaba a oscurecer. En aquel momento Lizzy había meditado ya su plan de fuga y se preocupaba de apoderarse de algunas armas aprovechando la distracción de los centinelas. La joven, puesta toda su atención en la labor a que se había entregado, no se enteró de la llegada del tirano y su escolta. El ruido de los helicópteros en su vuelo era tan tenue, que podía pasar desapercibido por cualquier persona que estuviese atenta a otra ocupación.

Pero Iruschov la sorprendió a ella. La vio deslizarse cautelosamente por el patio, aprovechándose de la creciente oscuridad, y llevando varias metralletas atómicas que depositó dentro del helicóptero que había dispuesto utilizar para la fuga.

—¡Diablos! —murmuró Iruschov—. ¿Qué clase de locura le

habrá acometido a esa chiquilla? ¿Para qué fin estará haciendo todo esto?

La siguió con cuidado. Presenció su ataque al centinela y empezó a sospechar la verdad.

—No hay duda que pretende liberar al americano. ¿Se habrá dejado subyugar por una influencia extraña durante mi ausencia, o me habrá estado engañando durante estos días?

Fuera lo que fuese, se hacía necesario impedir la fuga de la pareja. Meditó varios planes. Primero se le ocurrió emplear a Ramur para que destrozase a Frank tan pronto como hiciese su aparición en el patio. Inmediatamente desechó este proyecto. Era mejor no mezclar a Ramur en el asunto; el salvaje estaba en sus habitaciones, tal vez durmiendo, y a Iruschov le repugnaba cada vez más su forzada compañía.

Entonces ideó el plan definitivo. Ordenó que todos los soldados se retirasen del patio, para fingir que se facilitaba la fuga y dar mayor confianza a la pareja. Los soldados intervendrían en el último momento, cuando los fugitivos se creyesen ya salvados y con el helicóptero a su alcance.

Iruschov mismo se escondió en el interior del aparato, bien armado, y dio orden a su escolta que estuviese dispuesta, esperando órdenes radiadas.

Lizzy fue la primera de entrar en el helicóptero. Se llevó la gran sorpresa y un no menor susto al ver a un hombre en su interior. Pero no pudo gritar porque Iruschov le tapó rápidamente la boca con la mano y la dejó sin sentido de un culatazo tras el oído.

Luego elevó el aparato y se puso en contacto por radio con la fortaleza. Estaba seguro de que sus hombres acabarían con Frank rápidamente y entonces descendería él otra vez, ya restablecida la situación.

Pero la noticia que le comunicaron fue distinta a la que él imaginaba:

—¡El americano acaba de fugarse, después de haberse apoderado de uno de los aparatos de escolta!

—¿Eh? ¿Qué habéis hecho, imbéciles? ¡Perseguidle!

Perseguir a un helicóptero en plena noche era perder el tiempo. Se hubiese conseguido algo positivo mediante los focos de la fortaleza, si el aparato se hubiera limitado a evolucionar por las

inmediaciones de la misma. Pero Frank se alejó velozmente, saliéndose del alcance de toda luz, y fue preciso abandonar el intento por infructuoso.

—¡Regresad! —ordenó Iruschov a los aparatos que habían salido —. ¡Por lo menos, que no se ría de nuestra impotencia!

Él mismo descendió nuevamente al patio. La partida no se había perdido del todo, puesto que conservaba en su poder al personaje principal. Y ahora no se reiría de él; Iruschov se proponía hacerle pagar cara a Lizzy la burla de que le hizo objeto al fingirse sometida a los efectos de la droga.

—¡Si ese bestia de Ramur se opone, tanto peor para él! ¡Le eliminaré, pase lo que pase!

La entregó a los hombres de su guardia especial.

—¡Encerradla en un calabozo y que dos centinelas estén constantemente ante su puerta, con orden terminante de disparar contra todo aquel que se acerque! ¡Contra quien sea! ¿Me habéis entendido?

—Pero, si el príncipe Ramur… —se atrevió a objetar uno de los soldados.

—¡He dicho contra quien sea! —bramó Iruschov.

CAPÍTULO IX

Las fábricas especiales productoras del «Rayo de la muerte» trabajaban a ritmo acelerado. Cada minuto una nueva arma estaba terminada, dispuesta para ser entregada a los equipos especializados que desde hacía tiempo se venían preparando para su manejo.

En pocas horas se reunieron centenares de ellas y las altas esferas gubernamentales y militares consideraron llegado el momento de liberar a Europa de la cruel opresión a que la habían sometido las vandálicas huestes de Iruschov.

América había empezado defendiéndose, pero ahora iba a pasar a la ofensiva. La lucha que le había sido impuesta contra su voluntad terminaría con el exterminio de opresores y con el triunfo de la causa que enarbolaba la razón y la justicia en su bandera.

Los aparatos que habían de cruzar el Atlántico estaban ya dispuestos, faltando sólo equiparlos con el destructor artefacto que sembraría el pánico y la derrota entre sus enemigos. Y a medida que las armas salían de fábrica eran mandadas a toda prisa a sus puestos de destino. ¡Aquel mismo día que había visto las hordas prehistóricas volar hacia América para destruirla, vería las fuerzas de la liberación en su marcha rumbo a Europa para salvarla!

Los generales de Iruschov habían suspendido la salida de nuevas oleadas de fuerzas y estaban reunidos en consejo para determinar lo que se debía hacer. El intento de asalto a América podía darse definitivamente por fracasado y era preciso encontrar un responsable del fracaso.

—Hay un hombre en quien recae toda la responsabilidad —dijo mío de los generales—. Iruschov. Él ordenó el aplazamiento de la invasión, dando tiempo a nuestros enemigos de conocer nuestros planes y de prevenirse para frustrarlos.

Todos opinaban lo mismo, aunque hasta el momento nadie se había atrevido a decirlo. Pero alzada la primera voz de protesta, las

demás se desbordaron.

—¡Hay que exigir responsabilidades a Iruschov!

—¡Debemos procesarlo!

—¡Lo que se debe hacer es fusilarlo sin más requisitos!

—¡Es un traidor!

—¡Se ha vendido al enemigo!

La cosa se puso al rojo vivo. Al no salirle bien las cosas a Iruschov, perdía la adhesión de los que hasta entonces se fingieron sus incondicionales, y los que ayer le adulaban hoy se desgañitaban exigiendo su cabeza.

Se formó mía comisión de responsabilidades y se acordó ordenar la inmediata detención de Iruschov y su comparecencia ante un tribunal. La reunión se hallaba en plena euforia, cuando alguien penetró en la sala, gritando:

—¡Aviones enemigos! ¡Estamos siendo atacados!

Se produjo la desbandada general. Todos se apresuraron a salir para comprobar primero la magnitud del ataque y ver después sí había alguna posibilidad de contrarrestarlo.

Lo que contemplaron les heló la sangre en las venas. El ataque no era a base de grandes masas de aviones sin piloto, como se realizaba normalmente entonces, sino de pocas unidades de pequeño tamaño que lanzaban un mortífero chorro de fuego que destruía todo cuánto se ponía a su alcance.

¡El «Rayo dé la muerte»! ¡Era cierto que sus enemigos estaban en posesión de la discutida arma y la empleaban allí, ante sus propias narices!

Nada podía oponerse al terrible rayo destructor. En los primeros momentos les fueron lanzadas oleadas de cazas, que duraron todo lo más un par de minutos en el aire. El chorro de fuego, moviéndose en todas direcciones, los barría a medida que se iban alzando, sin que quedase el más leve vestigio de los aparatos destruidos.

Luego, los atacantes se dirigieron a los campos de aviación. Todos los aparatos posados en los mismos, instalaciones, depósitos de munición, barracones de fuerzas y hasta las mismas pistas, sufrieron los demoledores efectos.

Las grandes concentraciones de tanques, prestas a embarcar, fueron pulverizadas. De los modernísimos buques de transporte anclados en los puertos no quedó ni un trozo de hierro. Y los

aparatos portadores del funesto artefacto seguían evolucionando en busca de nuevos objetivos bélicos para destruir.

Aquella nueva arma tenía la ventaja de poder ser empleada exclusivamente de modo directo sobre los objetivos militares, sin el menor peligro para la población civil. Los habitantes de las ciudades costeras se llenaron de júbilo al presenciar la destrucción de los que durante pocos días habían sido sus funestos opresores. Muchos de ellos se lanzaron a la calle para atacar a los despavoridos soldados que, prácticamente sin armas, corrían en busca de refugio lejos de sus centros de concentración.

Y con la misma celeridad que había cundido el pánico pocos días antes, se propagaba ahora la noticia de la derrota por todos los centros del interior. En todas partes la población se lanzó a la lucha, queriendo colaborar cada habitante a la derrota de sus enemigos, aunque no fuese más que en una mínima parte.

Los prehistóricos Hombres de las Nieves dejaron de aterrorizar y las gentes se dedicaban a perseguirlos hasta conseguir su rendición o ponerlos fuera de combate. Europa fue de nuevo un caos, durante algunas horas, pero esta vez en sentido inverso; los que huían, los que lo temían todo, eran aquéllos que pocos días antes se habían presentado como dueños y señores.

Cuando todas las posibilidades de lucha fueron eliminadas por los aparatos portadores del «Rayo de la muerte», se presentaron las fuerzas regulares para implantar el orden y restablecer la normalidad. Aquellas guerras de corta duración, verdaderas guerras relámpago, permitían a los contendientes desplazarse en pocas horas a lejanas distancias gracias a la velocidad adquirida por los medios de transporte. Y Europa se vio rápidamente ocupada por soldados americanos con la misión de capturar los restos del antiguo ejército invasor.

No obstante, algunos núcleos consiguieron escapar a la hecatombe. Los aparatos portadores del «Rayo de la muerte» no podían destrozar la totalidad de los depósitos y campos de aviación diseminados por el inmenso país. Y varios generales pudieron aún reunir tropas suficientes y embarcarlas con la debida celeridad, evitando que cayesen en poder de los nuevos ocupantes.

No fueron muchas, pero sí las suficientes para regresar a su país de origen y tratar con ellas de derribar a Iruschov y aplicarle el

castigo de que a su juicio se había hecho merecedor. No era probable que los americanos iniciasen inmediatamente una acción contra Oriente. Antes deberían pasar unos días en Europa para cuidar que todo volviese a su cauce normal. Y entretanto se podrían iniciar negociaciones de paz, presentando a Iruschov como único culpable ele cuanto había sucedido.

Por lo tanto, se hacía precisa la captura del tirano.

* * *

Cuando Frank se vio libre de sus perseguidores, en su huida del castillo, empezó a pensar en lo que debía hacer.

Sus ideas se habían aclarado por lo que a Lizzy hacía referencia. Del mismo modo que él había encontrado un enemigo en el interior del helicóptero al tratar de emprender la huida, la joven debió encontrar otro en el suyo, explicándose así lo que antes le pareció incomprensible. Por lo tanto, no quedaba la menor duda de que Lizzy se hallaba fuera de los efectos de la droga.

—Lo que he de hacer es intentar por segunda vez salvarla —se dijo—. Lo más probable es que la hayan vuelto a conducir a la fortaleza. Luego, mi misión es penetrar otra vez en ella. En cualquier caso, tanto si está Lizzy como si no, es allí donde podré sacar una información.

Si en su intento anterior había sido relativamente fácil para Frank introducirse en el antro de Iruschov, ahora las dificultades eran bastante mayores. Aparte que se aumentaría la vigilancia, el joven había perdido la pequeña arma auxiliar que tan útil le fue al paralizar el foco y las armas de sus enemigos.

—Tal vez si me dirigiera ahora allí conseguiría aterrizar sin ser visto —pensó—. Ellos piensan que he huido y no sospecharán mi regreso con tanta rapidez.

La idea le pareció buena y la puso a la práctica. Varió el rumbo del helicóptero, haciéndole tomar la dirección del castillo.

No tardó en darse cuenta de lo inútil del intento. Desde lejos pudo apreciar los focos luminosos que surcaban el cielo en todas direcciones y que le descubrirían instantáneamente tan pronto como penetrase en su radio de luz.

Era preciso esperar. Frank no deseaba alejarse demasiado de aquel territorio y decidió detenerse en las cercanías, ocultándose,

como había hecho anteriormente. Había perdido su pequeña arma, pero estaba en posesión de un helicóptero que en un momento dado le podía ser de gran utilidad.

Descendió con precaución hasta encontrar un lugar donde el aterrizaje pudiese producirse sin peligro de desperfectos en el aparato. Al amanecer, con más luz, buscaría dónde poder ocultarlo y luego planearía su futura acción.

No pudo pegar el ojo en toda la noche. Pensaba en Lizzy y temía por ella. Si sus enemigos llegaban a descubrir que los había estado engañando, fingiéndose bajo los efectos de la droga, era muy probable que ahora quisieran tomar cumplida venganza. Incluso aplicarle el veneno por medio de inyecciones, en cuyo caso la joven no tendría ninguna posibilidad de evitarlo.

Cuando llegaron las primeras luces del nuevo día, Frank se dispuso a examinar el terreno para encontrar un sitio adecuado donde esconder su helicóptero. Y entonces vio algo que no se pudo explicar. Un centenar de aparatos de todos los tipos se dirigían hacia la fortaleza de Iruschov y eran recibidos desde allí con salvas de artillería antiaérea.

—¿Estaré loco? —se dijo Frank—. Esos aparatos son orientales y no es lógico que Iruschov los ataque. No lo comprendo…

Frank ignoraba los recientes acontecimientos y no podía saber que aquellos aparatos eran los restos de un poderoso ejército, que ahora se dirigía contra el cubil del depuesto tirano para castigarle por su fracaso.

Pero Iruschov estaba al corriente de todo. Durante la noche había recibido constantes comunicados sobre la situación y al mismo tiempo intimidaciones para que se entregase.

Contestó a los que le intimidaban, retándoles a eme vinieran a buscarle. Iruschov se creía aún fuerte, por lo menos en el interior del mundo oriental. Creía en la fidelidad de numerosas guarniciones, sin comprender que al perder su fuerza sería abandonado como lo fueron todos los que le precedieron en el poder.

Y se dispuso a resistir en su fortaleza en espera de poder salir victoriosamente de ella y adueñarse otra vez del país. ¡Pensaba que sólo se había producido un aplazamiento de sus grandes ambiciones de dominio; no su final definitivo!

De momento podía contar con la guarnición de la fortaleza. Dio orden de estar alerta a todo intento de ataque, y cuando se presentaron los aparatos que iban en su busca, fueron recibidos a cañonazos.

Los atacantes nevaban pocos explosivos. En su precipitada fuga sólo habían podido cargar unas pocas bombas, que fueron lanzadas contra las defensas del castillo, causando algunos desperfectos. Luego combatieron con las ametralladoras.

Las baterías antiaéreas consiguieron abatir bastantes de los aparatos atacantes; pero otros muchos aterrizaron en los patios, pese al fuego concentrado, y se inició la lucha en el interior del recinto.

Frank, entretanto, había tomado una decisión.

—No sé lo que ocurre ahí, pero una cosa es cierta: la sede de Iruschov está siendo atacada por fuerzas que visten su propio uniforme y va a ser muy difícil que se reconozcan los de uno y otro bando. Yo llevo uniforme de oficial y poseo un helicóptero —Frank seguía vistiendo el uniforme que arranco al motorista de la carretera—. Creo que si me mezclo con la masa atacante, me va a ser fácil introducirme con ellos en la fortaleza sin que nadie esté para preguntarme de dónde he venido. ¡Con sus discrepancias internas me van a facilitar el trabajo!

Pensado ya lo que tenía que hacer, lo llevó a la práctica sin pérdida de tiempo. Pasó a bordo del helicóptero, lo elevó, y fue a mezclarse entre la multitud de los que intentaban cruzar la barrera antiaérea de los defensores.

Algunas granadas hicieron explosión muy cerca de su aparato. Sin embargo, no sufrió daño alguno y cuando vio que otros helicópteros y aviones de transporte se posaban sobre los patios, Frank les imitó y tomó tierra junto a ellos.

Granizadas de balas llegaban de todas las direcciones. Muchos de los componentes del bando al que circunstancialmente se había adscrito Frank hallaron la muerte apenas pusieron pie en el suelo al desembarcar de sus aparatos. Otros tuvieron más suerte y emprendieron veloz carrera por el patio, disparando sus armas automáticas, y buscando un lugar donde parapetarse.

Frank salió de su helicóptero y se colocó entre dos aviones que habían aterrizado a su lado, protegiéndose de esta forma de los

disparos enemigos. Alguien preguntó a su lado:

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señor?

Eran dos soldados que, confundidos por el uniforme que ostentaba el joven, le habían romano por un superior. Aceptó su papel.

—No se muevan de aquí y vayan replicando al fuego —Contestó —. Ya les indicaré cuando tengan que avanzar.

Echó una mirada en derredor para orientarse. Los defensores disparaban desde puntos opuestos; unos lo hacían desde lo alto de la muralla exterior de la fortaleza, mientras que otros se hallaban en las ventanas y puertas del edificio principal. Algunos se hallaban en el patio, parapetados tras objetos de diversa procedencia. Los aviones que todavía se hallaban en vuelo, desafiando el fuego de los antiaéreos, ametrallaban a los combatientes de la muralla. Algunas piezas habían enmudecido ya.

Los combatientes del patio no tardaron en ser barridos por los atacantes y entonces empezó el verdadero asalto al castillo. Se concentró la lucha contra los defensores de las puertas, despreciando los disparos que llegaban procedentes de la muralla que, por otra parte, habían disminuido en intensidad.

A Frank le interesó aquel aspecto de la batalla. Su primordial objetivo era penetrar en el castillo para sacar a Lizzy de su encierro. El joven ignoraba que la habían encerrado en los calabozos y suponía que debía seguir en la misma habitación donde pasó la primera parte de su cautiverio.

Animó a los dos soldados que se habían puesto bajo sus órdenes.

—Vamos. Hay que forzar la entrada. ¡Adelante!

Y se unió al grupo de los que atacaban, siendo uno más en intentar romper la tenaz resistencia. Y no el que lo hacía con menor entusiasmo.

Iruschov empezaba a verse perdido. Había pedido socorro a guarniciones situadas en ciudades cercanas a la fortaleza y le contestaron con una negativa rotunda y amenazándole con pasarse a sus contrarios.

No podía contar más que con las fuerzas del castillo, inferiores numéricamente a las atacantes. Le hablan sugerido ya que se rindiese. Iba a ser muy difícil contener la avalancha que se les echaba encima y que invadía ya todos los patios. Los defensores de

las murallas no tardarían en sucumbir y las baterías antiaéreas habían perdido toda eficacia unas por destrucción y otras por la muerte de sus servidores.

—¡Hay que aguantar! —decía constantemente Iruschov—. ¡Al que me hable de rendición le levantaré la tapa de los sesos!

Estaba medio loco. Le era imposible comprender que su suerte era exactamente igual que la de aquellos que le habían precedido. Él se creía superior. Aún soñaba con rehacerse y con llegar a dominar el mundo. Aquel sueño insensato que se inició durante su tétrica fuga a través del Himalaya no le permitía pensar con normalidad.

Sus hombres resistían sin convicción alguna. Luchaban porque el enemigo no les daría ya cuartel, y era únicamente el instinto de conservación lo que les mantenía en la brecha.

Un oficial entró a hablar con Iruschov.

—Dominan todos los patios, señor. Están atacando las puertas del palacio y no se tardará en luchar en los salones. Tal vez aún estemos a tiempo de parlamentar.

—¿Parlamentar? ¿Quién habla de, parlamentar, manada de cobardes? ¡Luchad, que para eso os he estado pagando durante muchos meses!

—Pero, señor; comprenda…

El oficial no pudo terminar su frase. Iruschov empuñaba una pistola y en un acceso de cólera disparó contra el infortunado.

—¡Así acabarán todos los que hablen de rendición! —gritó, aunque no había nadie para escucharlo—. ¡Ya os lo avisé antes!

Pero la impotente rabia de Iruschov de nada servía para atajar a los asaltantes. Los defensores de las entradas sucumbieron en parte y los demás se vieron precisados a retirarse al interior. La lucha, como había advertido el oficial asesinado por Iruschov, pasó a las escaleras y salones.

Frank estaba satisfecho y temblaba al mismo tiempo. Estaba satisfecho porque veía abatirse el poder de su cruel enemigo y con ello la posibilidad de recuperar a Lizzy dentro de poco. Pero temía por la joven, que podía resultar muerta en el último momento por efectos de la lucha sin cuartel que se estaba desarrollando.

Entró en el palacio mezclado con el grupo asaltante, e inmediatamente se dedicó por su cuenta a recorrer habitaciones,

infiltrándose como pudo, disparando contra todo el que se le ponía delante, siempre confiando en hallar a Lizzy en alguna de las estancias donde penetraba. La suerte no le favorecía y el joven empezaba a desesperar.

Iruschov oyó desde su despacho el fragor del combate que se desarrollaba en la parte baja del palacio. Salió a ver el estado de la lucha y entonces empezó a darse cuenta de lo que su ceguera no le habla permitido apreciar hasta aquel momento, pareció como si bruscamente le hubiesen arrancado una venda de los ojos.

—Van a apoderarse del palacio —murmuró—. Esto es el fin. ¡Estoy perdido!

No podía confiar en nada ni en nadie. Sus enemigos estaban en todas partes; dentro y fuera del mundo oriental. ¡En su propio palacio! ¡Los pocos hombres que combatían aún por su causa iban a ser aniquilados de un momento a otro!

—Debo huir —se dijo—. No me cogerán; me ocultaré en cualquier parte, lejos de su alcance, y algún día he de volver para hacerles pagar esta traición. ¡Seré otra vez el amo! ¡No renuncio a ninguna de mis aspiraciones! ¡Ah, si yo tuviese una de aquellas armas poderosas que tanto he deseado!

El pensamiento en el «Rayo de la muerte» asoció a su cerebro el recuerdo de Lizzy. ¡Ella estaba aún en su poder! ¡Y mientras la tuviese no desaparecería la posibilidad de llegar a poseer un «Rayo de la muerte»!

—Huiré, pero me la llevaré a ella —dijo—. Está en los calabozos y puedo descender allí por una escalera que aún no ha sido conquistada, sin necesidad de salir al exterior… Luego puedo escapar por el pasadizo secreto. ¡Qué listos eran los antiguos al pensar en construir minas secretas para escapar de los castillos en caso de apuro! Pero debo apresurarme…

Sin acordarse más de los hombres que luchaban por defenderle, sin tener una sola mirada de compasión hacia ellos, Iruschov se perdió por un laberinto de pasadizos del piso alto hasta llegar a la entrada de una estrecha escalera. Descendió por ella; era una antigua escalera de caracol, de peldaños carcomidos por el tiempo, y al llegar a su final se encontró ante una puerta cerrada, Iruschov buscó una llave entre el manojo que llevaba consigo y la abrió, volviéndola a cerrar detrás suyo para evitar la posibilidad de que

nadie le hubiese seguido.

Se encontró en el pasadizo de los calabozos. Estaba desierto, como había supuesto Iruschov. Allí nadie había ofrecido resistencia y las fuerzas atacantes habían preferido concentrarse en el asalto al edificio principal, dejando las dependencias para cuando todo estuviese conquistado.

Avanzó por el pasadizo.

—¡Alto! —Le detuvo una voz.

Era mío de los dos centinelas fijos, establecidos por su orden ante la puerta de la celda de Lizzy. Le reconocieron al momento y le saludaron respetuosamente, tal vez por desconocer la verdad de la situación.

—Soltad a la prisionera —ordenó Iruschov.

Uno de los hombres abrió el calabozo y apareció Lizzy.

—¿Qué pretende usted de mí? —preguntó la joven.

—¡Sígueme! —Fue la seca respuesta de Iruschov.

—¿Seguirle? ¿Adónde?

—¡Adónde yo te lleve! ¡No debe importarte!

—¿Y nosotros, qué hacemos, señor? —preguntó uno de los guardianes, al ver que iban a quedarse sin misión allí.

—¿Eh? ¿Vosotros? —Iruschov los tenía delante y ya casi los había olvidado.

Llevaba en la mano la pistola. La levantó con rapidez y apretó el gatillo por dos veces. Los dos hombres cayeron.

Lizzy lanzó un grito de horror.

—¡Es usted un asesino! ¡Máteme también, pero no conseguirá que le siga!

—No me interesaban testigos de mi fuga. Ahora nadie sabrá adónde me he dirigido ni por dónde he salido del castillo. ¡Vamos, sígueme o te llevo a rastras!

—¡Jamás iré con usted! —contestó la joven, con resolución.

En aquel momento empezaron a oírse fuerte golpes contra la puerta por la que había entrado Iruschov. Alguien estaba en el otro lado y trataba de abrir sin conseguirlo. Lizzy tuvo un presentimiento.

—¡Frank! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Frank! ¡Estoy aquí! ¡Sálvame!

La furia de los golpes redobló. Iruschov estalló en una carcajada

histérica.

—¡Tu Frank no podrá romper esa puerta por muchos golpes que dé contra ella! ¡Vamos, decídete de una vez a seguirme!

—¡Nunca! ¡Me tendrá que matar aquí!

Iruschov levantó su arma para descargar un culatazo contra la cabeza de la joven. Puesto que no quería seguirle de buen grado se la llevaría en estado de inconsciencia.

Y en aquel momento, la puerta saltó astillada. Lo que a Iruschov le parecía imposible alguien acababa de conseguirlo. Un cuerpo rodó por el pasadizo, impulsado por la furia del empujón que acababa de dar; no se le pudo distinguir bien a causa de la semioscuridad reinante.

—¡Frank! —volvió a gritar Lizzy—. ¡Sálvame!

El individuo se levantó y su figura, al distinguirse, provocó dos exclamaciones simultáneas en Iruschov y en Lizzy; la primera de rabia y la segunda de terror. El individuo era Ramur.

Iruschov no se entretuvo. Alzó la pistola y disparó contra el salvaje. La bala hizo carne, pero Ramur continuó avanzando hacia la pareja.

Iruschov volvió a disparar. Debido a la proximidad se veía ya la sangre correr por él a la vez fastuoso y ridículo uniforme del monstruo. Pero Ramur no parecía resentido por las heridas. Llegó junto al caído tirano y le arrancó el arma de un manotazo.

El granuja pensó tardíamente en huir solo. Fue a correr, pero ya las enormes y velludas manos le sujetaban, impidiéndoselo. Entonces se revolvió contra su enemigo. Le golpeó como pudo el pecho, la cara, el vientre; le pataleó; todo ineficaz.

Ramur le estrechó por la cintura en un terrible abrazo y ya no pudo debatirse más. Sintió que le faltaba él aire; que se asfixiaba por momentos. Pudo gritar aún:

—¡Perdóname, Ramur! ¡Fue un error! ¡Te confundí con otro!

—¡Tú has maltratado a la joven! —contestó el monstruo—. ¡Ramur ha oído cómo gritaba!

El tétrico abrazo se hizo aún más fuerte. Iruschov ya no podía emitir una sola palabra. Se ovó un ruido siniestro, de huesos que se quebraban, y en la boca de Iruschov apareció la sangre. Luego Ramur le soltó y se desplomó como un pelele. Estaba muerto.

¡El que había querido utilizar a aquellos salvajes para aterrar

con ellos al mundo, acababa de morir en manos del jefe de la tribu! ¡Aquella sangre y aquellos huesos rotos eran todo lo que quedaba de unos sueños infames de poder y tiranía, alimentados durante años!

Lizzy estaba sin poder pronunciar una palabra por efectos de la emoción y del miedo. La joven veía que acababa de salvarse de un enemigo para caer en manos de otro más repugnante. Ramur se dirigió a ella y en su rostro simiesco se dibujó una especie de sonrisa afectuosa.

—Ven con Ramur —le dijo en su dialecto—. Tú serás la princesa de todos mis súbditos cuando regresemos allá, a nuestros dominios.

Trató de cogerla por una mano, pero ella le rechazó con asco.

—¡Suélteme! —Pudo decir—. ¡Déjeme! ¡Frank! ¡Ven a salvarme!

Ramur la tomó en sus brazos, levantándola para llevársela, pese a la oposición y a los terroríficos gritos de la joven. La quería, había luchado por ella, y no estaba dispuesto a dejársela escapar.

—¡Socorro! —seguía gritando Lizzy—. ¡Frank! ¡Frank!

Y en aquel momento apareció Frank por la escalera que subía al patio.

El castillo había sido conquistado por completo y Frank se convenció de que la joven no estaba allí. Entonces pensó en los calabozos; era su última oportunidad, a menos que al ser arrebatada de su lado en el helicóptero su desconocido enemigo la hubiese transportado a otra parte.

Nadie le tuvo que enseñar el camino de los calabozos, puesto que había estado encerrado en ellos. Se dirigió allí a toda prisa y cuando llegó a la entrada oyó los gritos de angustia de Lizzy, llamándole y pidiendo socorro.

Descendió las escaleras de un salto, con la metralleta preparada. Vio a Lizzy en brazos del monstruo y tembló, pensando que no Iba a poder disparar a menos que se arriesgase a herirla a ella.

Un ser verdaderamente inteligente se hubiese aprovechado de la ventaja. Pero Ramur hizo todo lo contrario: soltó a Lizzy y se preparó para enfrentarse con su nuevo enemigo.

Frank disparó a medida que se acercaba. Las balas penetraron en el pecho del salvaje, el cual tuvo aún fuerza para lanzarse sobre su enemigo de un formidable salto. Le hizo caer la metralleta.

Y entonces empezó un cuerpo a cuerpo feroz entre el ser

prehistórico y el hombre del
siglo XXI
. Si Ramur conseguía coger a Frank del mismo modo como había cogido a Iruschov la muerte del joven era segura pese a que el salvaje se estaba desangrando.

Pero Frank era un luchador bien preparado. Comprendió desde el primer momento que su principal cuidado había de consistir en evitar los golpes de su adversario, uno solo de los cuales le dejaría tendido sin conocimiento. Y empezó a pegar con técnica. Ramur no podía moverse con la misma agilidad a causa de su constante pérdida de sangre. Fue acusando los golpes, hasta que uno de ellos le derribó.

Trató aún de levantarse, pero ya no tuvo fuerzas para hacerlo. Volvió a caer, mientras la sangre se le escapaba por sus heridas, y con ella la vida. Frank no quiso cebarse con el vencido; se arrodilló junto a él para ver si podía auxiliarle, pero ya no hacía falta nada. Ramur, el príncipe de las Nieves, acababa de expirar. Muy pocos de sus súbditos le debían sobrevivir en aquellos momentos.

Frank se levantó y miró a Lizzy. La joven había contemplado el combate con el alma en un hilo, temiendo a cada momento que se reprodujese la escena que costó tan terrible muerte a Iruschov. Corrió hacia Frank y se echó en sus brazos.

—¡Frank! —Pudo sólo decir. Y se desmayó.

Poco más tarde, atendida por el explorador, se recuperaba.

—Todo ha pasado ya, Lizzy. Eres libre y vamos a ser felices. Considéralo como el despertar de una terrible pesadilla.

—No lo acabo de creer, Frank…

Salieron al patio. Los soldados vencedores estaban organizando de nuevo los servicios del cuartel general. Tal vez no transcurriría mucho tiempo sin que volviesen a luchar para deponer al que ahora subía a ocupar el puesto de Iruschov. Aquello era Oriente. A la pareja le interesaba reintegrarse a su país, a su paz y a su civilización.

—¿Crees que nos dejarán marchar? —preguntó ella.

—No necesitamos pedirles permiso. Hay muchos helicópteros en el patio y nos apoderaremos de uno al menor descuido. En Francia nos ayudarán a volver a nuestro país. Además, dejé allí el avión con que realicé mi viaje de venida y junto a él al propietario del

uniforme que llevo. Ya es hora que vaya a liberarlo si aún no lo han encontrado. Y ya lo sabes, Lizzy; yo no pienso permitir a mi esposa que se dedique al periodismo. En casa hay mucho trabajo.

—Y yo no pienso dejarte viajar… a menos que me lleves contigo. ¿Entendidos?

Se besaron, y aquello fue la firma del convenio.

Poco más tarde, los soldados de la fortaleza se dieron cuenta que un helicóptero emprendía el vuelo en dirección oeste. No pudo aclararse quién había nado la orden de partida ni qué misión se proponía llevar a cabo aquel aparato; pero a nadie se le ocurrió emprender su persecución. Había mucho trabajo que realizar.

En el helicóptero iban Frank y Lizzy. Detrás quedaba la pesadilla; Iruschov, con su efímero reinado de apenas una semana y cuyo nombre sería olvidado antes que transcurriera otra. Delante, toda una vida de felicidad.

FIN



SALVADOR DULCET ALTÉS (1914, Reus - Barcelona, 1987). Inició su carrera a principios de los años cincuenta, ejerciendo de guionista para las editoriales Exclusivas Gráficas Ricart, Favencia, Ferma e Hispano Americana, pero sobre todo para Toray. En los setenta, fue traductor en Ediciones Vértice. Fue un guionista y traductor de cómic y novelista español Firmó también como Jean de Luz, Roy Silverton o S. D. Haltes-Falmor.